

Los libros de  
**Otrolugar 2**

# Hechizada

Jacqueline West



Siruela

Los libros de Otolugar 2

# HECHIZADA

JACQUELINE WEST

Traducción del inglés de  
Denise Despeyroux

Ilustraciones de  
Poly Bernatene

 Siruela

Las Tres Edades

## Índice

Cubierta	
Portadilla	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
23	
24	
25	
26	
Créditos	



*Para Danny y Alex...  
con diez mil buenos recuerdos.*

JW







**T**odos los que vivían en la gran casa de piedra de la calle Linden acababan volviéndose locos. Eso era al menos lo que decían los vecinos. El señor Fergus le había hablado al señor Butler acerca de Aldous McMartin, el primer dueño de la casa, un viejo artista excéntrico que no vendió ni un solo cuadro y que solo salía de la casa por las noches. La señora Dewey y el señor Hanniman cuchicheaban sobre Annabelle McMartin, la nieta de Aldous, que había estirado la pata dentro de la propia casa a la edad de 104 años, sin amigos ni familiares que advirtieran su muerte con excepción de sus tres gatos gigantes, que tal vez habrían comenzado a mordisquearle la cabeza, o tal vez no.

Y ahora estaban esos tres nuevos propietarios, esos Dunwoodys, que al parecer ya habían comprado sus billetes para el tren de la locura.

Desde principios del verano, los vecinos de arriba y de abajo de la calle Linden se habían acostumbrado a ver a una niña callada y larguirucha jugando o leyendo en el patio trasero de la gran casa de piedra. La niña estaba normalmente sola, pero, de vez en cuando, aparecía un hombre con gafas gruesas y pelo fino, que sacaba la vieja cortadora de césped del cobertizo y cortaba una o dos hileras de hierba antes de detenerse a mirar fijamente el cielo y murmurar algo para sus adentros. Luego se apresuraba a entrar de nuevo en la casa, dejando la cortadora sobre el césped. A veces la máquina se quedaba allí durante días.

Y otras veces, una mujer de mediana edad salía de la casa y deambulaba por el césped, regando distraídamente las malas hierbas. La mujer también solía dejar las bolsas de la compra sobre el techo de su coche, de manera que una cascada de naranjas y cebollas salían botando calle abajo cada vez que ponía en marcha el vehículo. Los vecinos observaban todo esto y sacudían la cabeza.

Y de pronto ocurrió que una luminosa mañana de julio, la niña callada y larguirucha caminó hasta el buzón de la entrada con dos latas de pintura. Detrás de ella trotaba un gato salpicado de manchas de color y con una pecera sobre la cabeza. La casa se cernía amenazadora sobre ellos, con sus ventanas vacías y oscuras, vigilante. Mientras el gato esperaba, la niña se detuvo junto al bordillo y tapó con pintura el nombre de McMartin, que todavía estaba garabateado a un lado

del buzón, y después escribió el apellido DUNWOODY encima, en letras mayúsculas grandes y verdes.

La señora Nivens, que vivía en la casa de al lado y estaba fingiendo rociar sus rosas con un aerosol, observó a la pareja con mayor detenimiento. Su rostro quedaba completamente oculto a la sombra de su gran pámela, pero si alguien hubiera tenido la oportunidad de mirarla bien, habría visto sus ojos agudos e interesados.

—¿Listo para regresar de la órbita?—la señora Nivens oyó que la niña le susurraba al gato—. Preparámonos para reingresar en la atmósfera de la Tierra en cinco, cuatro, tres, dos...

Tanto el gato como la niña dieron un salto hacia delante, precipitándose por las escaleras del porche para cruzar zumbando la pesada puerta principal, dando un portazo tras ellos que resonó como un trueno.

Todo el mundo en la calle Linden estaba de acuerdo: puede que los Dunwoodys representaran una mejora en comparación con los McMartins, pero seguían estando claramente locos.

La niña callada y larguirucha se llamaba Olivia. De momento tenía once años, pero cumpliría doce en octubre. Para su último cumpleaños, sus padres le habían regalado una pila de libros, una caja de pinturas y una sofisticada calculadora gráfica que Olivia todavía no había usado para otra cosa más que para los videojuegos. Y tampoco es que fuera muy buena jugando.

El hombre que olvidaba la cortadora de césped y la mujer que olvidaba las bolsas de la compra eran los padres de Olivia, Alec y Alice Dunwoody, dos matemáticos que enseñaban en una universidad cercana. Solían tener las manos manchadas de tinta. Cuando se movían, el polvo de tiza se desprendía de su ropa y flotaba suavemente. Lamentablemente, el gen de las matemáticas no había llegado hasta la ramita de Olivia en el árbol de la familia. La única vez que Olivia había sacado un sobresaliente en un examen de matemáticas, el señor y la señora Dunwoody habían colocado el examen en el centro de la puerta de la nevera y luego se habían quedado frente a él, cogidos de la mano, sonriendo radiantes ante el papel como si este fuera la ventana a un mundo de magia y matemáticas.

Olivia no sabía mucho de matemáticas. Sin embargo, desde que se habían mudado a la calle Linden, había aprendido algunas cosas sobre magia.

Por ejemplo, Olivia sabía que mirando a través de unas viejas gafas que los McMartins habían dejado en la casa, junto con todas sus demás pertenencias (sus cuadros, sus libros polvorientos, sus tres gatos capaces de hablar, las lápidas de sus antepasados incrustadas en las paredes del sótano), una persona podía lograr que los cuadros pintados por Aldous cobrasen vida. Una persona podía meterse dentro de esas pinturas y explorar. Una persona —tal vez una persona callada, larguirucha y

solitaria— podía incluso devolver a la vida los retratos de Annabelle y Aldous McMartin y dejarlos entrar en el mundo real, poniéndose a sí misma y a todos sus seres queridos en un terrible peligro.

Aunque Olivia había logrado finalmente estar de nuevo fuera de peligro, también había conseguido romper las gafas. (Si Olivia hubiera sido en matemáticas la mitad de buena que era en romper cosas, sus padres se habrían sentido muy orgullosos.)

Por supuesto, Olivia se guardaba para sí las cosas que había aprendido. Si sus padres supieran que ella creía que su casa había estado asediada por brujos muertos —nada menos que brujos que salían de las pinturas—, probablemente la habrían llevado directamente a un hospital psiquiátrico. Los vecinos de arriba y de abajo de la calle Linden ya miraban a Olivia con cierta extrañeza, como si tuviera algún repulsivo sarpullido contagioso que no quisieran pillar. Le dedicaban sus tímidas sonrisas tensas, observando de soslayo la gran casa de piedra mientras tanto. Olivia desde luego no estaba dispuesta a confiar en ellos.

Había otra razón por la cual Olivia no le había hablado a nadie acerca de los gatos ni de los cuadros ni de los McMartins. Siempre ponía esa razón en segundo lugar, incluso dentro de su propia cabeza, pero la verdad era que sus secretos serían mucho menos divertidos si los compartía con alguien. Claro que una chocolatina sabía muy bien si te comías la mitad y le dabas la otra mitad a tu padre, pero era mucho muchísimo mejor comerte toda la chocolatina tú sola.

Así que Horacio, Leopoldo y Teodoro se esforzaban mucho por comportarse como gatos normales mientras el señor y la señora Dunwoody estaban cerca. Olivia nunca mencionó las gafas ni eso de entrar y salir de las pinturas. Y cada día, se quedaba durante un rato en el descansillo del primer piso, apretando la nariz contra el cuadro de la calle Linden, pensando en Morton, el pequeño niño en otro tiempo humano que ahora estaba atascado dentro, y pensando en sí misma, atascada fuera.

Como Horacio había dicho una vez, la versión pintada de la calle Linden era lo más cercano a un hogar que Morton podía tener. Sin una familia, ni un corazón latiente, ni un cuerpo capaz de crecer, Morton ya no pertenecía al mundo real. Pero como era alguien acostumbrado a tener todas esas cosas, tampoco podía pertenecer a un cuadro. Olivia todavía tenía esperanzas de encontrar un lugar al que él sí pudiera pertenecer, pero por mucho que pensara y apretara la nariz contra el cuadro, no había encontrado la manera de entrar dentro de la pintura por sí sola... ni tampoco la manera de ayudar a que Morton pudiera salir.

Así que, finalmente, todo el mundo en la gran casa de la calle Linden se había instalado en una tranquila rutina, como un grupo de planetas amistosos pero distantes que orbitaran cada uno alrededor del otro.

Olivia esperaba que sucediera algo interesante. Ella no lo sabía, pero la casa también estaba esperando algo.





A finales de julio, el tiempo se había vuelto caluroso y húmedo. El señor y la señora Dunwoody pasaban la mayor parte de las tardes de entre semana en sus despachos de la universidad, donde había aire acondicionado. Invitaban a Olivia a ir con ellos, pero a Olivia no le gustaban los despachos de sus padres, donde la gente hablaba con números en lugar de palabras, y donde no había nada que hacer más que identificar formas en las protuberancias del techo.

En una de esas largas tardes, Olivia tenía toda la casa para ella sola. Como estaba hecha de piedra y rodeada por un espeso follaje de viejos árboles, la casa nunca se calentaba mucho por dentro, sino que se mantenía húmeda, quieta y muy silenciosa, como una botella llena de niebla. El sol de la tarde empujaba franjas de color borrosas a través de los cristales manchados de las ventanas. Las sombras se extendían por debajo de los pesados sillones antiguos. Los marcos de los cuadros de las paredes brillaban débilmente. De pie en medio del silencioso y sofocante salón, Olivia miraba el cuadro de una pareja en la terraza de un café de París y se imaginaba deambulando por estrechas calles francesas, comiendo un cruasán, tirando migas a las palomas. Sonaba bastante divertido. Luego suspiró y, por enésima vez, tocó el lugar donde antes colgaban las gafas, alrededor de su cuello.

Subió por la escalera alfombrada que llevaba desde el vestíbulo hasta el piso de arriba. El cuadro del pequeño lago donde Olivia había encontrado el medallón de Annabelle McMartin brillaba suavemente en la pared que había a mitad de camino. Annabelle había intentado ahogar a Olivia en aquel mismo lago, pero hoy el agua parecía inofensiva, pacífica, incluso refrescante. Olivia soltó una ráfaga de aire a través de los mechones de pelo que tenía pegados en la frente y se imaginó metiendo los pies en el agua fría. Entonces recordó la sensación del lago arremolinándose en torno a ella, negro y aceitoso, mientras sus pies, al dar patadas, rozaban contra cosas frías y babosas, y las olas se alzaban por encima de su cabeza...

Subió a toda prisa el resto de las escaleras.

Al llegar al descansillo del piso de arriba, se detuvo ante el cuadro de la calle Linden. Se había parado ya tantas veces en aquel mismo lugar que la alfombra tenía

las pequeñas marcas de una chuleta allí donde sus pies presionaban. En el interior del cuadro, una colina verde y brumosa prolongaba sus ondulaciones hasta llegar a una versión antigua de la calle Linden, donde se alzaban, bajo una inmutable luz crepuscular, las mismas casas de ladrillo, madera y piedra que ahora ocupaban los vecinos de Olivia. Incluso sin las gafas, cosas que una vez habían pertenecido al mundo real –cosas que Aldous McMartin había escondido o atrapado– a veces parecía que se movieran en el interior de esos cuadros.

Forzando la vista, Olivia examinó la hilera de casas. Tal vez se tratara tan solo de un deseo, pero le pareció ver unas pequeñas figuras pálidas tambaleándose y desplazándose en la distancia. Tal vez Morton fuese una de ellas. Olivia apretó la nariz contra el lienzo, y luego saltó hacia atrás, sorprendida al notar que el cuadro se tambaleaba por el contacto. Cuando los Dunwoodys se mudaron a la vieja casa de piedra, todos los cuadros estaban pegados a las paredes como por arte de magia. Ahora, con los McMartins fuera de juego, podían empujarse y moverse como cuadros ordinarios, y Olivia todavía no se había acostumbrado a eso. Enderezó el cuadro de la calle Linden. Luego volvió a suspirar y entró en su habitación arrastrando los pies.

Horacio estaba durmiendo sobre el tocador de Olivia. Su largo cuerpo se mantenía en equilibrio a lo largo de la estrecha superficie, y el gigantesco plumero que tenía por cola se enroscaba delicadamente entre la colección de viejas botellas de refrescos de Olivia. El medallón de Annabelle, vacío de su retrato y su poder, estaba colocado alrededor del cuello de una de las botellas de refresco favoritas de Olivia: la de color verde brillante, cubierta de bultos que parecían al tacto como plástico de burbujas. Una vez, el medallón había estado alrededor del cuello de Olivia, y ella creyó que nunca se lo podría volver a quitar. Pero ahora que los McMartins se habían ido, el medallón era tan solo una más entre las cosas mágicas que se habían convertido en cosas normales.

–¿Horacio? –dijo Olivia.

El gato no se movió.

–¿Horacio? –dijo Olivia levantando más la voz.

–Hum –gruñó el gato.

Olivia retorció los pies contra las tablas del piso, armándose de valor.

–¿Serías tan amable de llevarme a visitar a Morton? –preguntó, manteniendo la voz tan quejumbrosa como pudo–. Hace muchos muchísimos días que no lo veo.

Horacio no respondió.

–He preguntado si serías tan amable...

–Te he oído, Olivia. Incluso a pesar de que estaba dormido, te he oído –Horacio volvió la cabeza muy ligeramente, y Olivia vio un ojo verde mirándola con rabia desde el reflejo del espejo–. Pídele a otro que te lleve.

Olivia lanzó un suspiro gigante. Luego salió de la habitación con paso fatigado,

echó una mirada al cuadro de la calle Linden y pasó a toda prisa ante el sitio vacío en la cima de las escaleras, donde antes estaba colgado el cuadro del bosque a la luz de la luna. Aquel espacio todavía resultaba un poco más amenazador que un simple espacio vacío en una pared. Bajó las escaleras a trompicones, pasó bajo el alto cielo raso y atravesó la cocina vacía, hasta llegar a la puerta del sótano.

Aunque Olivia ya estaba acostumbrada al sótano, no le tenía especial cariño a aquel lugar. Estaba siempre en penumbra y sucio, y lleno de arañas, e incluso aunque no pudiera verlas, ella sabía que las antiguas tumbas estaban allí, empotradas en las heladas paredes.

Olivia abrió la puerta y encendió la primera luz. Su débil brillo dejó ver una precaria escalera de madera que poco a poco iba menguando en la oscuridad.

–¿Leopoldo? –llamó Olivia, bajando las escaleras–. ¿Estás ahí?

Al pie de las escaleras, buscó a tientas la siguiente bombilla con una cadena colgando, pero parecía haber desaparecido. ¿No era ahí donde debería estar, justo al pie de las escaleras? Agitó las dos manos en el aire. La oscuridad del sótano parecía acentuarse, las paredes de piedra desprendían exhalaciones de aire frío y húmedo que provocaron un cosquilleo en la nuca transpirada de Olivia. Estaba a punto de renunciar, darse la vuelta y salir huyendo escaleras arriba cuando la palma de su mano topó con la cadena. Tiró de ella con tanta fuerza que la bombilla repiqueteó.

Un par de brillantes ojos verdes parpadearon en un rincón. Aunque esperaba verlos, le dio un pequeño vuelco el corazón. Luego, una voz ronca y familiar dijo:

–A tu servicio, señorita.

Olivia caminó de puntillas por el arenoso suelo del sótano, adentrándose en las sombras. El gigantesco gato negro se hallaba en su puesto sobre la trampilla tal y como lo había encontrado Olivia la primera vez que lo vio: rígido como una estatua y con su pelo negro y brillante como el petróleo. Mucho tiempo atrás, Annabelle McMartin había escondido la urna con las cenizas de su abuelo debajo de esa trampilla. Luego, no hacía demasiado tiempo –y con la ayuda involuntaria de Olivia– Annabelle había recuperado de nuevo la urna.

De pie ante la trampilla, Olivia casi podía sentir el viento del bosque pintado donde las cenizas de Aldous habían sido esparcidas, para arremolinarse en el cielo, susurrando a través de su piel como un millón de insectos negros mientras ella y Morton corrían hacia el marco del cuadro para ponerse a salvo...

Sacudió los brazos, para ahuyentar tanto los recuerdos como los insectos imaginarios.

–¿Qué estás haciendo, Leopoldo? –preguntó, agachándose junto a la trampilla y esforzándose para que los latidos de su corazón volvieran a la normalidad.

–Monto guardia –respondió el gato, inflando el pecho–. El precio de la seguridad es la eterna vigilancia, ya sabes.

–Pero ahí abajo ya no hay nadie.

Leopoldo abrió la boca como si estuviera a punto de discutir. Pero luego volvió a cerrarla. Se aclaró la garganta, prolongada y minuciosamente, antes de hablar:

–Un soldado nunca cuestiona sus órdenes.

–¿Pero quién te dio esas órdenes? –preguntó Olivia.

Hubo una larga pausa. Leopoldo, de pie en posición de firmes, miró tan fijamente hacia delante que sus ojos comenzaron a bizquear.

–No importa –se apresuró a decir Olivia, pues le preocupaba que Leopoldo pudiera hacerse daño si ponía más esfuerzo en seguir pensando–. Simplemente me estaba preguntando si me llevarías al interior de la pintura donde puedo visitar a Morton.

–Hum –dijo el gato–. Eso significaría abandonar mi puesto, señorita. Va en contra de mis reglas.

–Ya veo –asintió Olivia–. Bueno, y si en lugar de abandonar tu puesto nos quedamos los dos aquí, y quizás... ¿y si nos metemos por la trampilla?

Leopoldo agitó la cabeza violentamente.

–Eso es absolutamente *impasible*, quiero decir *impasable*. Quiero decir que NO.

Olivia se arrodilló en las frías piedras del suelo y le rascó la cabeza a Leopoldo, entre las orejas. Lentamente, esa cabeza comenzó a inclinarse hacia la mano de Olivia.

–Vamos –le insistió Olivia mientras Leopoldo entornaba los párpados–. Tú estarás conmigo todo el tiempo. Solo quiero echar un vistazo. Un vistazo pequeño, diminuto. Por favor...

Leopoldo se recompuso.

–Simplemente eso es imposible, señorita –dictaminó, recuperando su postura de soldado–. Estoy dispuesto a hacer muchas cosas por ti, pero no te permitiré ir bajo tierra. Y me temo que no puedo ASI.

–¿Así? ¿Así qué?

–ASI: Ausentarme Sin Irme –anunció Leopoldo, obviamente complacido por tener que explicarse–. Si tú quieres, a las quince horas podemos entretenernos jugando al Cluedo, aquí en mi base de operaciones. Siempre que yo pueda ser el Coronel Mostaza –añadió.

–¿A las quince horas? –repitió Olivia–. Mediodía son las doce, más una son las trece, más dos son...

–A las tres en punto –susurró Leopoldo para ayudarla.

–¿Y tenemos que jugar aquí abajo?

–Me temo que no puedo abandonar mi puesto, señorita. No mientras estés sola en casa.

Olivia miró a su alrededor las paredes de piedra con charcos de oscuridad en los

rincones. Una pequeña calavera tallada le devolvió la mirada desde la zona cercana a la lavadora.

–No te ofendas, Leopoldo, pero no me gusta bajar aquí.

–No es ninguna ofensa –dijo Leopoldo. Pareció quedarse pensativo durante un momento–. ¿Dónde está Teodoro?

Era una buena pregunta. Olivia no había visto a Teodoro en toda la mañana, y eso generalmente era una mala señal. La última vez que Teodoro desapareció durante dos días, Olivia y Horacio lo acabaron encontrando en el cobertizo del jardín, con un sombrero abombado de pirata y enredado sin remedio en una vieja hamaca, que él insistía en considerar su velero.

–¡El capitán Garranegra jamás se rendirá! –aullaba mientras Olivia lo sacaba de allí.

Ahora Olivia subió de dos en dos las escaleras del sótano, sintiéndose frustrada y un poco deprimida, y luego miró en torno a la cocina vacía.

–¿Teodoro? –llamó–. ¿Teodoro? –pero Teodoro no estaba allí, ni en el comedor, ni en el salón, y tampoco durmiendo sobre las frías baldosas del cuarto de baño en el piso de arriba.

Olivia atravesó el vestíbulo para entrar en la habitación rosa, donde el aire olía a polvo y bolas de naftalina, y donde se hallaba oculta la entrada al ático, detrás de un cuadro que representaba un antiguo arco de piedra. Olivia había tardado siglos en hallar la entrada al ático, incluso con las gafas. Sin las gafas, no podía usarla. Con un gruñido de frustración, aproximó los labios al lienzo tanto como pudo sin llegar a tocarlo y gritó, con toda la fuerza de sus pulmones:

–¡Teodoro!

No hubo respuesta.

Olivia regresó a la escalera y bajó hasta el porche principal. El aire cálido y cargado de humedad resultaba casi asfixiante, como si un extraño respirara cerca de tu nuca. Miró a su alrededor el césped descuidado. Los abundantes helechos se agitaban en sus cestos colgantes, esparciendo su intenso aroma por el aire. El viejo columpio del porche, sujeto a sus cadenas, se movía ligeramente. No había nada más que se moviera. Frunciendo el ceño, Olivia se volvió hacia la puerta. Y entonces fue cuando las vio.

Sobre los tablones grises y arañados del porche, las huellas verdes de las patitas de un gato destacaban como un semáforo. Olivia se arrodilló y tocó las huellas de patas. Estaban hechas de pintura... pintura todavía lo bastante fresca como para mancharle los dedos. Se puso en pie y miró detenidamente a su alrededor. Al final de los escalones del porche, estaba desparramada la caja de pinturas que le habían regalado por su cumpleaños. El tubo de pintura verde estaba abierto y rezumaba un rastro que se extendía a través del largo césped hasta el patio trasero.

La curiosidad ahuyentó de una sacudida el aburrimiento y la frustración que

hasta entonces había en la mente de Olivia. Hasta donde ella sabía, los gatos nunca se alejaban de la casa. Incluso cuando Olivia los sacaba fuera, ellos volvían zumbando hacia las puertas como imanes peludos. Si Teodoro se había marchado, no había modo de saber con qué problema se encontraría. Lo único seguro es que se encontraría con alguno.

–¿Teodoro? –llamó Olivia.

No hubo respuesta.

Era difícil localizar las huellas de pintura verde sobre la hierba verde. Olivia tuvo que ponerse a cuatro patas y forzar la vista, pero aquí y allá distinguía manchas verdes en un diente de león o la mitad de la huella de una pata sobre una hoja seca.

Aquel rastro de pistas la condujo hasta el final del patio trasero de los Dunwoodys, donde los viejos arces extendían sus abundantes sombras sobre el terreno cubierto de musgo. Todavía a gatas, Olivia advirtió una mancha de un verde brillante sobre las hojas del seto de lilas que separaba la propiedad de los Dunwoodys de la propiedad de los Nivens. Olivia miró entre las hojas para estar segura de que no se hallaba por ninguna parte la silueta de la señora Nivens, coronada por su sombrero para el sol, y luego se escurrió a través de las ramas.

–¿Teodoro? –llamó por lo bajo. Pero no había a la vista ningún gato en el perfecto césped de la señora Nivens, ni en sus parterres de flores, ni sobre las ramas de sus cuidados ciruelos.

Olivia merodeó a través del patio de la señora Nivens, donde altos matorrales y una valla separaban el césped del callejón. La señora Nivens, que estaba recortando cupones en su salón, advirtió una silueta borrosa moviéndose a través de sus hortensias, pero llegó a la ventana demasiado tarde como para ver nada, a excepción de un temblor delator junto a la frontera de abedules de la señora Dewey, que ocupaba la casa contigua.

Olivia se agachó dentro del enredo de troncos de abedul con la corteza pelada, buscando a su alrededor la siguiente pista. Si algo le habían enseñado los libros de misterio (y estos habían enseñado a Olivia mucho más de lo que ella creía) era que siempre había otra pista que encontrar, si es que el detective sabía dónde mirar. Y, como suele suceder, la siguiente pista estaba justo ante las narices de Olivia.

Una larga cola verde, con el pelaje manchado de muchos colores, se asomó retorciéndose entre las hojas que había encima de ella. Olivia alzó la vista. Posado sobre las ramas estaba el resto de un gato pintado de verde.

–¡Teodoro! –exclamó Olivia–. ¿Qué estás haciendo?

El gato miró por encima de su lomo.

–Shiii –silbó–. No delates mi identidad. Llámame por mi nombre en clave: agente I-800.

Olivia bajó la voz.

–¿Qué es lo que ocurre, agente I-800?

–Sube aquí y te hago un resumen rápido.

Olivia se subió a la rama más baja del abedul. Teodoro se apartó a un lado para hacerle sitio y dejó unas cuantas manchas verdes más sobre la corteza blanca del árbol.

–Va a ser interminable el trabajo de quitarte esa pintura del pelo –susurró Olivia.

–El camuflaje era necesario –respondió Teodoro con un acento ligeramente británico, volviendo su cara con franjas verdes hacia el patio trasero de la señora Dewey–. A veces un agente secreto debe hacer cosas desagradables en el nombre del deber –se pasó una pata por la nariz, para frotar una gota de pintura–. Aquí está la información. Máximo secreto. Clasificada. Solo para tus oídos.

–Entiendo –susurró Olivia.

–Un elemento extranjero se ha infiltrado en el territorio del hogar.

Olivia pensó en la tabla de elementos químicos que colgaba en el aula de ciencias de su último colegio. ¿Sería extranjero alguno de ellos? Suponía que muchos de ellos vendrían de otros países.

–¿A qué te refieres? ¿Algo como un lituano?

–Como eso –dijo Teodoro, apartando una rama frondosa para que Olivia pudiera dar un vistazo a través.

Por debajo de ellos, en el sombreado patio trasero de la señora Dewey, había un chico sentado ante una mesa de picnic de madera. Tanto la mesa de picnic como el chico parecían bastante desgastados y sucios. El chico era bastante pequeño, delgado y de piernas largas, con un pelo castaño oscuro rizado y peinado en varias direcciones. Llevaba unas gafas de montura gruesa y una camiseta gris con el dibujo de un dragón. Estaba pintando un castillo en miniatura con un pincel diminuto, y fruncía un poco el entrecejo, tal y como hace la gente cuando trata de enhebrar una aguja.

–¿Qué es eso? –preguntó Olivia.

–Ese es el elemento extranjero. El infiltrado. El espía.

El chico dejó el primer pincel y cogió otro todavía más diminuto. Aplicaba toques ligeros en los bordes del castillo. Olivia advirtió que tanto la mesa de picnic como el chico estaban salpicados con puntitos de pintura, pero el castillo en cambio estaba imaculado.

–¿Qué te hace pensar que es un espía, agente I-800? –susurró al oído del gato.

–¡Simplemente míralo! –silbó Teodoro–. La sonrisa viciosa. Los ojos astutos.

Olivia se inclinó hacia delante, tratando de ver mejor al chico. Y, en ese momento, el chico se dio cuenta de que estaba siendo observado. Dejó de retocar el castillo. Lentamente alzó la vista hacia las hojas verdes y doradas del abedul donde se hallaban sentados Olivia y Teodoro, mirándolo fijamente.

–¡Rutherford! –aulló una voz.

El cuerpo redondo de la señora Dewey, que parecía un enorme muñeco de nieve

con aquel vestido ceñido de verano, apareció trotando a toda prisa a través del césped.

–Rutherford Dewey –dijo enojada la señora Dewey–, ¡mira lo que estás haciendo con mi mesa de picnic! ¡Y con tu camiseta! –la señora Dewey arrebató el diminuto pincel de las manos del chico–. ¿No te he dicho que tenías que extender periódicos sobre la mesa? Ve ahora mismo a lavar la camiseta antes de que se seque la pintura.

El chico lanzó una última y silenciosa mirada al árbol. Sus ojos se encontraron con los de Olivia. Durante un momento que pareció interminable, los dos se miraron fijamente, ambos tratando de no pestañear. Luego, la señora Dewey agarró al chico por los hombros y lo obligó a dirigirse apresuradamente hacia la casa.

Teodoro dejó escapar la respiración.

–Ha estado muy cerca, Olivia –dijo–. La próxima vez será mejor que te pintes antes de una operación encubierta.



**T**eodoro, todavía de verde y con la prohibición de entrar en la casa hasta que ya no estuviera de ese color, pasó la noche en los escalones del porche. A la mañana siguiente no había dónde encontrarlo.

Olivia sabía que probablemente se escondía en algún lugar cercano, posponiendo un baño durante el mayor tiempo posible, así que se instaló en el porche trasero, tratando de leer un libro de Sherlock Holmes mientras Horacio dormitaba sobre un alféizar y Leopoldo vigilaba el sótano. Habría preferido explorar antes que leer, pero, una vez más, los dos gatos que no estaban de color verde habían usado excusas cuando les pidió que la llevaran a Otrolugar.

Al principio no le gustaba tener que pedírselo a ellos. Olivia era el tipo de niña que prefería subirse a una pilade sillas tambaleantes para alcanzar un estante antes que pedir ayuda, tal vez porque tenía mucha más práctica en sufrir caídas que en hablar con la gente. Antes, cuando tenía las gafas, podía ir donde quería y cuando quería, sin tener que pedirle permiso a nadie. Ahora tenía que suplicar el favor a tres gatos malhumorados. Eso hacía que le picara todo el cuerpo solo de pensarlo.

Era otro día húmedo y perezoso. La calle Linden estaba empapada de sol, con su césped verde brillante y sus jardines florecientes. Detrás de la gran casa de piedra, sin embargo, el césped se veía sombrío y sucio. Altísimos árboles lanzaban una red de sombras sobre el desordenado jardín. En una esquina lejana, cerca de la pila de desechos, un pedazo de tierra desnuda y sucia señalaba el lugar donde Olivia había enterrado el cuadro del bosque, con Annabelle MacMartin todavía atrapada dando bramidos en su interior. Parecía una tumba reciente. Y no importaba dónde se moviera Olivia para encontrar una zona de luz, pues la sombra de la casa parecía seguirla. Una o dos veces, se había quedado dormida al sol para luego despertar bajo la sombra húmeda, con la cara pegada a las páginas de un libro.

Estaba apenas despegando la mejilla de *Un estudio en escarlata* por tercera vez cuando advirtió una ráfaga de movimiento a través del patio trasero. Gateó hasta el borde del porche. Detrás del césped, en lo profundo de los descuidados matorrales de cerezos silvestres, crujió una rama.

Olivia dejó el libro sobre las escaleras y avanzó de puntillas a través de la hierba.

—¿Qué tenéis que decir ahora? —silbó una voz desde los cerezos... una voz con

un ligero acento británico. Olivia se agachó cerca de los matorrales.

–¿Así que os negáis a hablar? –oyó decir a Teodoro–. Bueno, tenemos maneras de animaros a hacerlo. Tal vez desconchemos esa adorable pintura... ¡así! –se oyó el pequeño sonido de una pata golpeando metal–. ¿Seguís sin hablar? Oh, sois un grupo de cabezotas, ¿verdad? Pero tenemos más trucos en la manga...

–¡Ajá! –gritó Olivia, apartando las ramas del cerezo con ambas manos–. ¡Te encontré!

–¡Aaaah! –gritó Teodoro, tan sobresaltado que se cayó hacia atrás.

–¿Qué demonios estás haciendo, Teodoro?

–¡Agente I-800! –farfulló el gato, luchando por ponerse en pie. Las manchas de pintura se habían secado, y su piel quedaba erizada en algunas partes y en otras completamente aplastada. Pequeñas hojas y ramitas colgaban de él como los adornos de un árbol de Navidad–. Estaba interrogando a estos espías enemigos, pero se niegan a revelar sus secretos –Teodoro se volvió hacia sus prisioneros con una mirada encendida de odio.

Olivia siguió los ojos de Teodoro. Entre las ramitas de cerezo había en pie una fila de figuritas metálicas. Eran miniaturas de caballeros, algunos a caballo, otros sujetando sus espadas en alto. Las miniaturas habían sido cuidadosamente pintadas, hasta en los más diminutos detalles. Teodoro tenía razón en una cosa: no hablaban.

–¿De dónde sacaste esto? –preguntó Olivia, aunque ya se había hecho una idea bastante acertada de la respuesta.

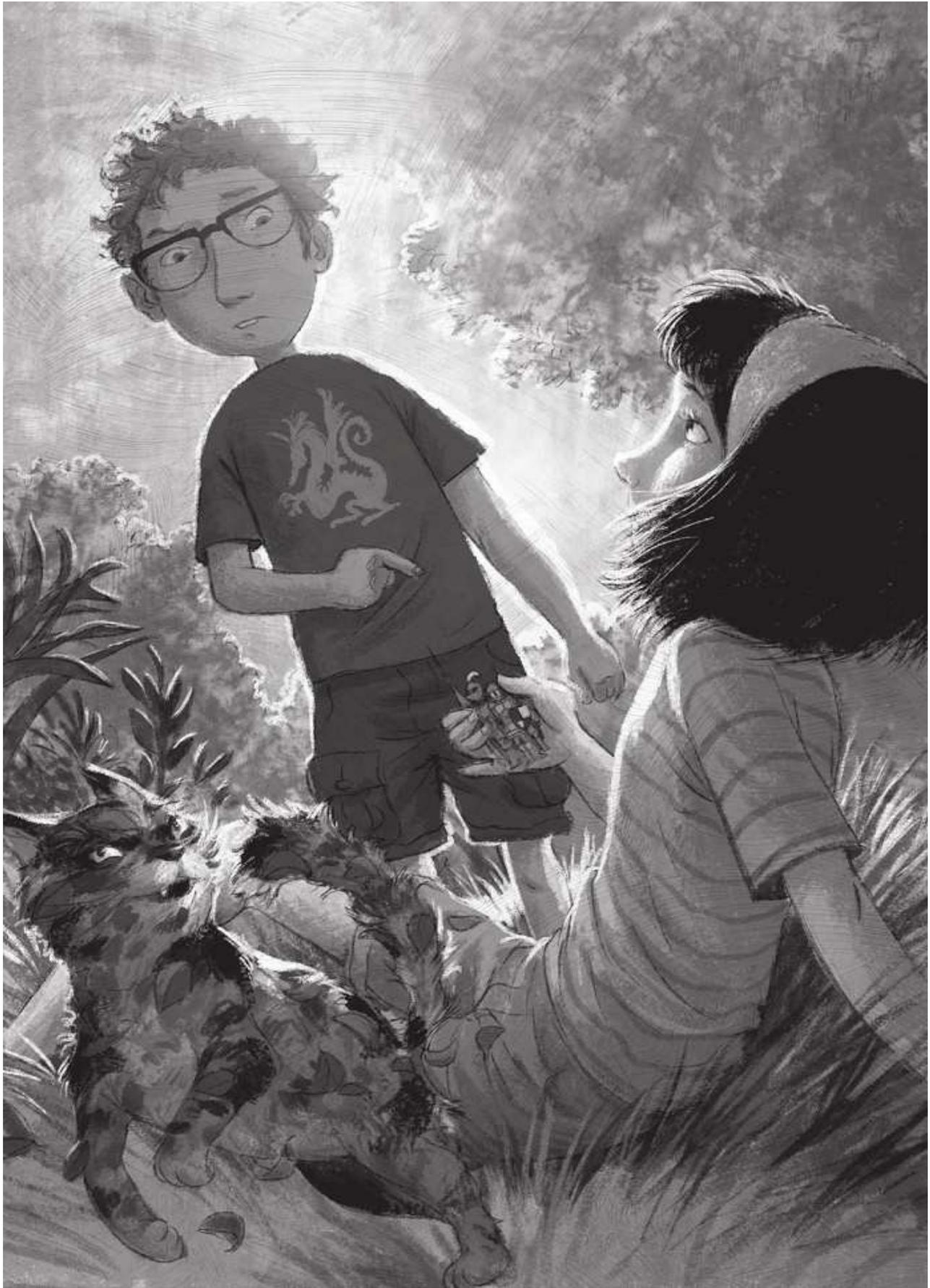
–Fueron capturados en territorio enemigo –dijo Teodoro. Se acercó unas pulgadas a Olivia, con los ojos muy abiertos–. Quién sabe qué peligrosos secretos nos están ocultando.

Olivia miró las figuritas. Ellas le devolvieron la mirada con inocencia.

–Disculpa –dijo una voz.

Ahora fue el turno de Olivia para caerse de espaldas. Teodoro dio un salto hacia los cerezos y se encaramó a las ramas de un manzano cercano.

Olivia alzó la vista. De pie junto a ella se hallaba el chico del patio trasero de la señora Dewey. Estaba ligeramente más limpio que el día anterior, pero todavía tenía ese aspecto de haber salido apresuradamente de la cama a horas intempestivas. Su pelo castaño tenía copetes de rizos despeinados y de punta. Llevaba una camiseta distinta. Esta también tenía un dragón.



–Creo que tu gato se llevó mis miniaturas –dijo el chico con una voz veloz y ligeramente nasal.

–Supongo... quiero decir... ¿te refieres a estas? –Olivia levantó las figuritas y se las ofreció al chico con las puntas de los dedos, con cuidado de no tocarlo–. Lo siento.

–Soy un experto en la Edad Media –soltó el chico–. Bueno, en la Edad Media en la Europa occidental, principalmente Bretaña y Francia. Soy también un semiexperto en dinosaurios. Mi favorito en este momento es el plesiosaurio. Antes me gustaba el brachiosaurus –que es el más largo de los saurópodos–, pero ahora estoy más interesado en los dinosaurios acuáticos. ¿Has oído hablar del celacanto?

Esas fueron las palabras que dijo el chico. Las dijo tan rápido que a Olivia le sonaron más bien así:

«Antes me gustaba el brachiosaurus-  
que es el más largo de los saurópodos-  
pero ahora estoy más interesado-  
en los dinosaurios acuáticos-  
¿has oído hablar del celacanto?».

–¿De qué canto? –dijo Olivia.

–Celacanto –repitió el chico. Se balanceaba atrás y adelante sobre sus pies mientras hablaba–. Un fósil viviente. Un celacanto fue atrapado por un pescador cerca de Sudáfrica en 1938, cuando todo el mundo creía que se habían extinguido hacía millones de años. Yo tengo la teoría de que hay muchas otras especies de dinosaurios supervivientes en las profundidades del océano, pero simplemente no los hemos encontrado todavía.

–De acuerdo –dijo Olivia muy lentamente.

–¿Y de ti qué me cuentas? –dijo el chico–. ¿Cuáles son tus intereses? Detrás de los cristales borrosos de sus gafas, sus grandes ojos marrones pestañeaban ante Olivia, expectantes.

Olivia pensó rápidamente. Le gustaba leer historias escalofriantes mientras bebía Tang directamente de la lata. Le gustaba coleccionar botellas de refrescos que nadie había probado en cuarenta años. Le gustaba decorar piedras lisas con laca de uñas. Pero todas esas cosas sonaban en cierto sentido extrañas cuando las decía en voz alta. Por eso, como el chico continuaba mirándola fijamente, dijo al fin:

–Mi casa pertenecía antes a unos brujos.

Al instante, ella misma no podía creer que hubiera dicho esas palabras. Si el universo tuviera un botón para rebobinar, Olivia definitivamente lo habría pulsado. De hecho, le habría gustado mucho, muchísimo, rebobinar hasta el momento en que el chico había dicho «disculpa» y ella se había caído de espaldas.

El chico enderezó sus gafas borrosas.

–Interesante –dijo–. ¿Qué tipo de brujos?

–¿Qué tipo...?

–Brujos blancos, brujos verdes, brujos negros...

–Negros –dijo Olivia con seguridad.

–¿Cómo los descubriste? ¿Había libros de registros o diarios? ¿La casa fue examinada por un experto en ocultismo?

–No... –dijo Olivia–. Dejaron todas sus cosas aquí.

El chico dejó de sacudirse. Miró con firmeza a Olivia, con sus ojos grandes y de un marrón muy oscuro.

–Interesante –dijo de nuevo, pero esta vez más lentamente–. ¿Encontraste su grimorio?

–¿Grimorio? –repitió Olivia.

–Su libro de conjuros.

Olivia pestañeó.

–No.

–Deberías buscarlo –dijo el chico–. Todo brujo tiene uno. Puede contener información muy importante.

–Podría ser –dijo Olivia, sintiéndose un poco enfadada porque no se le había ocurrido antes a ella.

Mientras tanto, una voz en su cerebro gritaba: ¡POR SUPUESTO! Si hallaba el libro de hechizos de los McMartins, ¡tal vez pudiera encontrar una nueva forma de viajar a Otrolugar! Quizás podría incluso fabricar sus propias gafas mágicas. Tal vez hubiera alguna pista sobre cómo ayudar a Morton. El corazón de Olivia comenzó a acelerarse.

El chico levantó la figurita de un caballero, y la hizo girar a la irregular luz del sol.

–Parece que este tiene la pintura un poco desconchada –dijo–. Será mejor que lo repare –bruscamente, se dio la vuelta y se dirigió hacia el seto de lilas. Luego se detuvo y volvió la vista hacia Olivia–. Me llamo Rutherford –dijo.

–¿Como el presidente? –preguntó Olivia. Olivia había memorizado todos los presidentes cuando tenía seis años, después de que sus padres le compraran un mantel individual con todos los nombres y retratos de los presidentes. Rutherford B. Hayes (número 19) tenía una barba puntiaguda, y estaba justo al lado de Ulysses S. Grant (número 18), que tenía una barba ligeramente menos puntiaguda.

–No. Como Ernest Rutherford. El padre de los físicos nucleares. Ganó el Premio Nobel en 1908. Mis padres son científicos. Están en Suecia, investigando.

En la mente de Olivia hubo un destello de identificación.

–Mis padres son matemáticos –dijo. Y antes de poder detenerse, sonrió al chico. Fue una sonrisa lenta y torcida, una especie de sonrisa-mueca, pero al fin y al cabo una sonrisa–. Yo me llamo Olivia.

El chico le devolvió la sonrisa.

–Ya lo sé –dijo. Luego se metió entre las lilas y desapareció.

–¡TRAIDORA! –chilló una voz desde el manzano. La cabeza verdosa de Teodoro asomó entre las hojas–. ¡Traidora! ¡Chaquetera! ¡Benedict Arnold!

Olivia se puso de pie y se sacudió la parte trasera de los pantalones cortos.

–Teodoro...

–¡AGENTE I-800! –aulló el gato. Se movió hecho una furia a lo largo de la rama, por encima de la cabeza de Olivia–. ¿Cómo puedes vendernos al enemigo de esta manera? ¿Cómo puedes dar la espalda a tus propios compatriotas?

–Teodoro... quiero decir, agente I-800... baja de ahí. Podemos hablar de esto, pero no aquí. ¿Qué pasa si alguien te oye?

–¿Y qué si alguien me oye? –los ojos de Teodoro la miraban atónitos–. ¿Y qué si alguien me oye? ¡Podrías ser juzgada en un consejo de guerra! ¡Exiliada! ¡Encerrada en prisión de por vida!

–¿Por devolverle al chico las miniaturas que tú le robaste?

–Por devolvérselas al maestro espía, dirás –Teodoro se encogió sobre la rama y miró a Olivia intensamente–. Escúchame. No te fíes de él. No te creas nada de lo que te diga. Y no confíes tampoco en esa mujer con la que está.

–¿La señora Dewey?

–Ella no es lo que parece –susurró el gato–. Ninguno de ellos lo es.

–Teodoro, esto es una locura. Baja ahora mismo para darte un baño.

Teodoro miró fijamente a Olivia durante un momento. Luego se dio la vuelta hacia el tronco del árbol y trepó hasta las ramas más altas.

Olivia puso los ojos en blanco y se dirigió de vuelta hacia la casa. El libro seguía abierto sobre el porche, pero la brisa había movido las páginas y ella había perdido por completo el punto de lectura. No se sentía con ganas de leer algo sobre Sherlock Holmes justo ahora.

Tenía ganas de leer otra cosa.



La biblioteca era la habitación más grande y polvorienta de la vieja casa de piedra. Tenía una enorme chimenea enmarcada con azulejos que parecía no haber sido usada desde hacía años, un cuadro de unas chicas bailando en una pradera (Olivia sabía de primera mano que no eran tan amigables como parecían), unas destartadas escaleras con ruedas, y un mobiliario magullado revestido de terciopelo, cuyo relleno se escapaba por los agujeros a través de los cojines como gruesas telarañas grises. Las paredes de la biblioteca estaban flanqueadas por estanterías que iban desde el suelo hasta el techo, y cada pulgada de las estanterías estaba llena de libros. Olivia suponía que a una persona le llevaría unos cien años leerlos todos. Claro que eso era prácticamente lo que había vivido Annabelle McMartin.

La mayor parte de los libros eran muy viejos. Estaban forrados con tela o con piel, y las palabras de color dorado en sus lomos estaban deterioradas. A Olivia le encantaba leer, pero no ese tipo de libros. Tenían títulos como *Exploración minuciosamente concienzuda de la fascinante vida de los caracoles* o *La desdichada historia de una doncella que salió sin su estola*. En una ocasión Olivia había cogido un libro titulado *Pájaros salvajes: cómo vestirlos*, pensando que allí hallaría algunas buenas sugerencias para capturar pájaros y confeccionar para ellos trajes diminutos, pero el resto del título, que no cabía en la cubierta y había tenido que imprimirse en la primera página, era: *Un tratado de los más modernos métodos de rellenar y coser aves de caza. Contiene sesenta grabados coloreados a mano de los más deliciosos platos junto con valiosísimas sugerencias para cocinar en el hogar*. Olivia había dejado el libro de lado.

Ahora se hallaba de pie en el medio de la biblioteca y sentía el polvo haciéndole cosquillas en la nariz. Si los McMartins habían dejado atrás un libro de hechizos – un *grimorio*, lo había llamado el chico–, tendría sentido que estuviese ahí, con todos los demás libros. El recuerdo de la luminosidad de los ojos de Rutherford Dewey cuando ella había soltado esas palabras –*mi casa pertenecía antes a unos brujos*– hacía que todo el cuerpo de Olivia le picara por la vergüenza. ¿Por qué había dicho eso? ¿Por qué le había dicho nada? Olivia se agarró dos mechones de pelo y estiró. *Estúpida*, se dijo a sí misma. *Estúpida, estúpida, estúpida*.

Miró alrededor de la biblioteca. Un libro importante y secreto podía mezclarse fácilmente con otros miles. Todo un libro lleno de los planes y hechizos de los McMartins podría estar justo ahí, ¡oculto a la vez que totalmente a la vista!

El problema era por dónde empezar.

Olivia sabía que los libros no guardaban ningún orden en particular. No estaban colocados por orden alfabético ni por materias, como en las bibliotecas de los colegios. Libros sobre plantas de las que nadie había oído hablar estaban colocados al lado de libros sobre políticos de los que nadie había oído hablar, y como tenían la impresión de los lomos borrada, era preciso abrir la mayoría de los libros para asegurarse de lo que había dentro.

Olivia arrastró la escalera con ruedas a lo largo de la pared hasta el extremo derecho de la habitación. Se subió al escalón más alto, se agarró con firmeza del estante superior y extrajo el primer libro. Una capa de polvo le manchó los dedos al darle la vuelta. *Linaje de los zares rusos*, decía la cubierta. Olivia abrió el libro. Un hombre con un sombrero que parecía un pastel peludo le devolvió la mirada. No había hechizos que encontrar allí.

El siguiente libro, *Cuentos para aterrorizar a niños insolentes*, resultó un poco más interesante, pero no era lo que Olivia estaba buscando. Pasando las páginas de cada libro y deteniéndose aquí y allá, Olivia fue recorriendo lentamente el estante hasta llegar al otro extremo. Estaba hojeando un ejemplar de *Avances verdaderamente maravillosos en la manufactura de las cuerdas canadienses* cuando una voz procedente de abajo la sobresaltó y casi le hace caer de la escalera.

–¿En qué andas metida? –preguntó Horacio mientras Olivia se tambaleaba y se aferraba a la estantería por seguridad.

–Solo estoy... mirando –dijo Olivia.

Horacio se acomodó en la alfombra oriental.

–Sí, supongo que eso es lo que hace uno normalmente con un libro y un par de ojos –dijo–. ¿Estás *mirando* alguna cosa en particular?

–Algo así –dijo ella lentamente–. Horacio... ¿los McMartins tenían... un grimorio? Ya sabes... ¿algún tipo de libro de conjuros?

Horacio alzó la vista hacia Olivia, con sus incisivos ojos verdes escudriñando los de ella.

–¿Por qué quieres saber eso?

–Solo por curiosidad.

Horacio pestañeó.

–Olivia, ¿acaso pretendes matarme?

–¿Cómo?

–Ya sabes: «La curiosidad mató al gato».

Una pequeña sonrisa asomó a la comisura de los labios de Olivia.

–Horacio, ¿estás haciendo una broma?

Horacio encogió su lomo casi con timidez y se examinó las patitas.

–Entonces... –trató de sonsacarle Olivia, mirando con las pestañas entornadas al gigantesco gato naranja–, ¿hay o no hay un grimorio en alguna parte?

Horacio suspiró. Se desplomó sobre la alfombra, estirando su cuerpo entero como un paréntesis naranja y peludo, y luego extendiendo también cada una de sus patas individualmente. Con los huesos realineados, rodó hasta colocarse en posición de esfinge y alzó la vista hacia Olivia.

–Había un libro de hechizos, sí –dijo–, aunque era un registro incompleto de las cosas que podían hacer los McMartins. Digamos que hay ciertos tipos de magia que no pueden aprenderse en un libro. Sea como sea, no he visto el libro de hechizos desde hace más de setenta años. O Aldous lo escondió, o Annabelle lo destruyó, en cualquier caso dudo mucho que puedas encontrarlo.

Naturalmente, eso hizo que Olivia tuviera todavía más ganas de encontrarlo.

–Pero vosotros los gatos erais sus ayudantes –argumentó–. ¿No deberíais saber dónde ha ido a parar algo tan importante como su libro de hechizos?

–Precisamente. *Éramos* sus ayudantes. Las cosas dejaron de ser cálidas y amistosas entre los McMartins y nosotros tres mucho antes de que el libro de conjuros desapareciera. Aldous todavía podía obligarnos a obedecer, pero ya no confiaba en nosotros –Horacio se dio la vuelta, toqueteando una mancha de sol en la alfombra con sus patitas–. Y ahora, sugiero que escuches un viejo dicho sabio y no le busques las pulgas al gato.

–Eso se dice de los perros –corrigió Olivia.

Horacio, ya en postura de hacer la siesta, la ignoró.

Sujetándose fuerte a la escalera con una sola mano, Olivia la hizo desplazarse por la pared hasta el siguiente tramo de estanterías y sacó los dos primeros libros: *Un tremendo escándalo* y *¿Qué haremos con Hortensia?* Olivia se dejó caer sobre un escalón. Estaba rodeada de estanterías completamente abarrotadas, que cubrían las paredes de la biblioteca desde el suelo hasta el techo. Aun en el caso de que los títulos de los antiguos lomos se hubieran leído con claridad, los McMartins habrían sido sin duda lo bastante inteligentes como para esconder un libro de hechizos en el interior de unas tapas que no le correspondieran. Olivia misma había hecho eso algunas veces. Un libro de misterio en colección de bolsillo encajaba perfectamente dentro de su libro de texto de matemáticas.

Le había llevado unos quince minutos revisar los libros de un solo estante. Había cuatro juegos de estanterías en cada una de las paredes cortas, y seis estanterías en las paredes más largas, dispuestas entre dos altos ventanales, la chimenea y el cuadro de las niñas retozando en la pradera. Cada estantería incluía nueve estantes. Si sumaba y luego multiplicaba el total de estanterías por el número de minutos que había tardado con un solo estante... Los números corrían dentro de la cabeza

de Olivia y chocaban unos con otros como un grupo de jugadores de fútbol ciegos. Le llevaría *muchísimo tiempo*.

Sacó el siguiente libro, inhaló una ráfaga de polvo, y estornudó hasta que pudo ver manchitas.

–Eso es una cosa buena que tienes, Olivia –murmuró Horacio desde abajo en la alfombra–. No te dejas derrotar.

Olivia se frotó la nariz, que le picaba, y volvió al trabajo.

El sol lanzaba rayos de color melocotón a través de los ventanales de la biblioteca cuando entró el señor Dunwoody, silbando «Orugas» alegremente para sí. «Orugas» era la canción especial del señor y la señora Dunwoody. La habían bailado el día de su boda, y de hecho probablemente la estaban bailando en la foto colocada sobre el escritorio del señor Dunwoody, donde Alec y Alice, más jóvenes, se sonreían el uno al otro en medio de una diminuta pista de baile, con románticas luces reflejadas en los cristales de sus gafas grandes y redondas. Ahora, en cambio, la señora Dunwoody llevaba lentillas.

El señor Dunwoody se acomodó en la silla de su escritorio. Horacio salió enfilado de la habitación.

–No creo que yo le guste a este gato –dijo el señor Dunwoody.

–No le disgustas –dijo Olivia, colgada como una araña erudita en lo más alto de un rincón–. Es solo un poco... reservado.

El señor Dunwoody alzó la vista sobresaltado.

–Oh, hola, Olivia. No sabía que estabas ahí.

–¿Entonces con quién estabas hablando?

El señor Dunwoody observó el techo pensativo.

–Es una pregunta válida.

Olivia se sacudió un poco de polvo de los dedos.

–Papá, ¿cuántos libros crees que hay en esta habitación?

–¿Una estimación aproximada? –el señor Dunwoody examinó las paredes–. ¿20 unidades de estanterías, con 9 estantes en cada una, y una media de 45 libros por estante? 8.100 libros, más o menos.

Olivia pasó las yemas de los dedos por una fila de lomos desgastados como si estuviera tocando un piano mudo.

–¿Y si una persona tarda 30 segundos en mirar cada libro, solo pasando las páginas? ¿Cuánto tiempo le llevaría mirarlos todos?

El señor Dunwoody se recostó felizmente en su silla.

–30 segundos por libro suman 243.000 segundos, equivalente a 4.050 minutos o a 67 horas y media.

–Es lo que me temía –dijo Olivia–. Muchísimo tiempo.

–«Muchísimo tiempo» es relativo –dijo el señor Dunwoody–. El tiempo en sí

mismo es relativo.

Olivia, a quien le habían dicho ese tipo de cosas con la misma frecuencia en que a otros niños les dicen que se laven los dientes, asintió obedientemente.

–Bueno, ¿no crees que es la hora de cenar, aquí y ahora, en el tiempo del mundo real?

El señor Dunwoody olfateó el aire.

–A juzgar por el aroma que viene de la cocina, yo diría que sí.

–Bien –Olivia se bajó de la escalera con rigidez, irritada en más de un sentido. Probablemente no estaba cerca de encontrar el libro que buscaba, y todavía peor, el recuerdo de su propia voz soltando eso de «Mi casa pertenecía a unos brujos» a un perfecto desconocido le hacía sonrojarse intensamente cada vez que lo revivía. ¿Por qué demonios le había contado a ese chico su mayor secreto?–. Papá –dijo Olivia mientras ella y su padre caminaban por el pasillo en dirección al sabroso olor de lasaña–, si le dijeras un secreto a alguien y no estuvieras seguro de poder confiar en que esa persona guardará el secreto, ¿qué es lo que harías?

–Hum –dijo el señor Dunwoody–. Eso es complicado. La gente es tan impredecible. Sin embargo, diría que el curso de acción más seguro consistiría en equilibrar la ecuación.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Olivia, visualizando dos números saltando en un subibaja.

–Si supieras algo de esa otra persona que él o ella quisiera mantener en secreto, entonces sería menos probable que él o ella contara tu secreto, arriesgándose a que tú contaras el suyo.

–¿Eso es como una especie de chantaje? –preguntó Olivia, apartando su silla de la mesa.

–Yo más bien diría que es como la tercera ley de Newton –dijo el señor Dunwoody, estirando cuidadosamente su mantel individual hasta que quedara en paralelo respecto al borde de la mesa–. Cada acción tiene una reacción opuesta de igual proporción.

–Ya he estirado los manteles, cariño –dijo la señora Dunwoody, acercándose a la mesa con la fuente de la lasaña.

–Sí, querida. Pero ya sabes lo que me pasa con las líneas paralelas.

La señora Dunwoody sonrió.

–Sientes que su perfección les da su identidad.

–Y eso es también lo que me pasa contigo –dijo el señor Dunwoody, besando a su esposa el dorso de la mano.

Olivia suspiró y dejó caer la cabeza hacia su plato de la cena.



Olivia apenas pudo dormir aquella noche. En su cerebro repicaban breves ensueños en los que un montón de libros giraban en remolino y había mensajes escritos al revés en los espejos. A veces los mensajes decían cosas como *El libro de conjuros está en el blobquepo*, u otras cosas sin sentido que no ayudaban en absoluto. Otras veces el mensaje decía *Mi casa pertenecía a unos brujos* y cuando Olivia miraba, el mensaje se reflejaba de un espejo a otro y a otro, desplegándose en una enorme red de palabras repetidas. La red se enredaba a su alrededor. Ella estaba allí pegada, clavada en aquel lugar, y le era imposible escapar. Solo el libro podía ayudarla. La mantendría a salvo. Salvaría a Morton. Tenía que encontrarlo antes de que lo hiciera otro. Ella se agitaba y pataleaba, con el corazón acelerado por el pánico: el LIBRO aceleraba sus latidos, haciendo eco dentro de su propia cabeza. *El LIBRO. El LIBRO. El LIBRO. El LIBRO.*

Algo dejó escapar un fuerte siseo.

Olivia se despertó de una sacudida y descubrió que había estado pateando salvajemente las sábanas. Horacio, a quien le gustaba dormir a los pies de la cama, la miraba con odio desde el suelo.

–Lo siento, Horacio –susurró Olivia–. Estaba teniendo una pesadilla.

–Ya veo –bufó el gato–. Bueno, no te preocupes por mí. Aunque es más difícil caer de pie cuando estás dormido.

–Lo siento –susurró Olivia otra vez.

Horacio saltó de nuevo sobre el colchón, manteniéndose alejado de los pies de Olivia.

–Hoy hice una estupidez –dijo Olivia, cogiendo en brazos a Hershel, su raído oso marrón, y apretándolo fuerte contra su clavícula.

–Me lo imaginaba –murmuró el gato.

–Y ahora no puedo dormir, porque no puedo parar de pensar y pensar en eso.

–Suenas muy productivo –dijo el gato, colocándose de nuevo entre las mantas.

–Se trata de ese chico que vive con la señora Dewey –continuó Olivia mientras Horacio soltaba un suspiro exasperado–, él es quien me habló del libro de hechizos. Pero solo me preguntó por el libro de hechizos porque... –la voz de Olivia se redujo a un murmullo... porque yo le hablé de los McMartins.

Horacio se giró rápidamente.

–¿Qué es exactamente lo que le dijiste?

–Solo le dije que antes vivían aquí unos brujos. Ni siquiera le dije sus nombres – Olivia frotó la cabeza de Hershel con su barbilla, algo que normalmente resultaba muy reconfortante. Esa noche no lo era–. No sé por qué le dije nada de nada.

Por un momento, Horacio miró a través de la ventana. La luz de la luna se reflejaba en sus ojos, haciéndolos brillar como delicados fuegos.

–¿Has dicho que ese chico está viviendo con la señora Dewey?

–Sí. Se llama Rutherford Dewey.

–Entonces yo no me preocuparía mucho por eso –dijo Horacio, acariciando las mantas con el hocico.

–¡Pero yo estoy preocupada! –dijo Olivia–. Sigo pensando y pensando en eso – empujó a Horacio suavemente con los pies–. Horacio, yo no voy a volver a dormirte. ¿Podemos visitar a Morton? Solo un ratito. Por favor...

Horacio se apartó de los pies en movimiento de Olivia.

–Por favor...

El gato miró a Olivia con dureza.

–Si te llevo, ¿me prometes que me dejarás pasar el resto de la noche sin sacarme a patadas de la cama?

–Sí. Incluso dormiré de costado.

–Bien –Horacio saltó al suelo de madera con ligereza y salió al trote por la puerta. Olivia se apresuró tras él, pero dio la vuelta tan solo por un momento para meter a Hershel bajo las mantas.

Los rayos de luna que entraban a través de las ventanas distantes proporcionaban la única luz de la habitación. Horacio se movió sin hacer ruido sobre la gruesa alfombra. Olivia fue de puntillas detrás de él, escuchando los crujidos y movimientos de la casa, empleando el menor espacio posible al moverse en la oscuridad.

Se detuvieron delante del cuadro de la calle Linden.

–Sujétate –le ordenó Horacio. Olivia se agarró a su cola. En el momento en que sus dedos se hundieron en la piel del gato, Olivia vio cómo la pintura cobraba vida. La suave brisa formaba ondas en la hierba empañada. A lo lejos, las luces de las casas parpadeaban. Horacio saltó por encima del borde inferior del marco, arrastrando el brazo de Olivia tras él. Con esa familiar sensación de deslizarse en el interior de una cálida gelatina, Olivia pasó la cabeza a través del marco, luego los hombros y finalmente el cuerpo entero se derrumbó hacia delante, por encima del marco inferior del cuadro, dentro de la pintura.

Aterrizó en la hierba cubierta de rocío del otro lado. El marco flotaba en el aire por encima de ella. Horacio, que naturalmente cayó de pie, ya avanzaba por la

suave colina verde en dirección a la calle, donde unas pocas lámparas brillaban como faros de bienvenida. Olivia se puso en pie y se apresuró tras él.

Era siempre la hora del ocaso en el mundo de Morton. Una débil niebla crepuscular empañaba la versión pintada de la calle Linden, que no se volvía nunca ni más oscura ni más luminosa. En esta calle nadie tenía que ir nunca a la cama, ni entrar a cenar o a ponerse el pijama. De hecho, como la mayoría de personas del cuadro habían sido engatusadas directamente en sus camas y traídas desde allí al lienzo de Aldous McMartins, ya llevaban el pijama puesto.

La primera vez que Olivia había visitado ese cuadro, la calle guardaba una quietud escalofriante, y había rostros que se asomaban a observarla con desconfianza a través de las mirillas de las puertas cerradas. Ahora esos rostros la miraban y sonreían. A través de muchas de las cortinas echadas se captaba el suave brillo de las velas o las lámparas. Había incluso unas pocas personas sentadas en sus porches bajo la niebla plateada, meciéndose suavemente en sus hamacas. Un anciano con un gorro de dormir levantó la mano para saludarla. Olivia le devolvió el saludo.

Horacio trotaba delante de ella, sobre el pavimento. Pasó junto al lugar vacío donde habría estado la vieja casa de piedra si Aldous McMartins la hubiera pintado, y siguió hasta la alta casa grisácea que había justo al lado.

–¡Voy a cogerte! –gritó alguien.

Olivia pegó un salto. A Horacio se le erizó la piel.

Se oyó el sonido de risas desde una esquina de la alta casa gris. Instintivamente, Olivia se agachó en la hierba cubierta de rocío, tratando de no ser vista. Un momento más tarde, un niño pequeño vestido con un camisón largo salió corriendo desde un lado de la casa, jadeando y riendo, agitando las manos como si tratara de atrapar algo que flotara en el aire justo delante de su cara. Su pelo casi blanco tenía mechones de punta, y su rostro parecía una luna sonriente.

Al dar al aire vacío un puñetazo salvaje, el niño tropezó con el dobladillo de su camisón y cayó despatarrado sobre la hierba, riendo.

–Está bien –declaró, volviendo a ponerse en pie. La hierba donde había aterrizado se enderezó también–. Por esta vez tú ganas.

Olivia pestañeó con fuerza. Escudriñó por entero el césped, pero no pudo ver a nadie más que al chico con su camisón blanco. ¿Con quién estaba hablando?

–Eso significa que ahora me toca a mí –anunció el niño al patio vacío mientras correteaba hasta la reja del porche principal–. Contaré hasta cien. ¡Preparados, listos, ya! –apoyó la cara entre los brazos y empezó a contar.

Olivia y Horacio intercambiaron una mirada dudosa. Después de dar un lento vistazo al patio una vez más, Olivia se dirigió de puntillas hacia los escalones del porche.

–¡Psss... Morton!

–Veintiocho... ¿qué? –el niño del camión blanco levantó la vista y una sonrisa apareció en su rostro redondo y pálido–. ¡Olivia! –exclamó. La sonrisa desapareció–. Me has hecho perder la cuenta.

–Lo siento. ¿Estás jugando al escondite?

–Sí –Morton sonrió satisfecho, bajando a saltitos los escalones del porche–. Me toca a mí.



Olivia miró de nuevo a su alrededor. La persona más cercana que pudo ver fue una anciana en una mecedora en el porche de la casa contigua, a varios metros de distancia. Ella desde luego no parecía estar escondiéndose.

–Pero, Morton, ¿con quién estás jugando?

–Con mis amigos –dijo Morton, dejando un silencio final que remarcaba que era evidente.

–Yo no veo a nadie aquí –dijo Olivia.

–Por supuesto que no los ves –dijo Morton–. Son invisibles.

–¿Invisibles? –repitió Olivia–. ¿Te refieres a que son... imaginarios?

Morton se encogió de un solo hombro. Se agarró al poste más bajo de la barandilla del porche y se columpió de un lado a otro.

–Tal vez. Pero de todos modos juegan conmigo. Juegan conmigo más de lo que juega otra gente que sí *puedo* ver –lanzó una mirada en la dirección de Olivia.

–Morton, sabes que las gafas se rompieron. Ya no puedo venir aquí siempre que quiera. Tengo que conseguir que uno de los gatos me traiga –Olivia miró por encima del hombro el bulto encrespado que era Horacio, que en ese momento se estaba acicalando los bigotes.

Morton empezó a columpiarse con movimientos tan amplios que Olivia tuvo que apartarse.

–Mis verdaderos amigos vienen a jugar conmigo siempre que yo quiero, porque saben que yo no tengo... –Morton interrumpió de golpe su balanceo y alzó la vista hacia las oscuras ventanas de la gran casa vacía. Olivia casi podía oír las palabras «una familia» suspendidas en el aire, pero Morton no acabó la frase. En lugar de eso, giró en redondo y señaló hacia el patio–. Ronald está escondido por allí, debajo de ese porche. Charlotte Harris es la que está detrás de esos arbustos, y Elmer Gorley siempre lleva un pijama de cuadros. ¡Podéis venir, chicos! –gritó en dirección a la calle.

Esperaron, Morton sonriente y Olivia frunciendo el ceño, mientras los amigos invisibles de Morton se acercaban.

–Esta es Olivia –dijo Morton al patio vacío–. Os he hablado de ella... Sí, es la que me ayudó a deshacerme del Hombre Viejo.

–¿Que yo te ayudé? –lo interrumpió Olivia.

Morton la ignoró.

–No, ella no sabe cómo –continuó, en respuesta a una pregunta que Olivia no había oído–. Todavía no lo ha descubierto. Así que seguimos aquí metidos hasta que lo consiga. Además –dijo, bajando la voz en un susurro e inclinándose hacia un oído invisible–, no creo que realmente lo esté intentando. La mayor parte del tiempo, probablemente no estará haciendo más que cosas de niña. Jugando a las muñecas. Arreglándose el pelo.

–¡Yo no tengo muñecas! –protestó Olivia.

Morton soltó una risita tonta, como si alguno de sus amigos imaginarios hubiese dicho algo divertido. Miró a Olivia, tapándose la sonrisa con una mano.

–Sí, lo es, ¿verdad que sí?

–Bueno –dijo Olivia en voz alta, apoyando los puños cerrados en las caderas–, he venido aquí *en mitad de la noche* solo para verte. Podría estar en mi cama ahora mismo, cómoda y calentita. Pero supongo que no era necesario que viniera. Con todos esos nuevos amigos tuyos, supongo que ya no tengo que preocuparme por ti.

–Yo no creo que realmente te preocupes por mí –dijo Morton en voz baja.

–¡Por supuesto que lo hago! –dijo Olivia, lanzando los brazos hacia arriba–. Paso todo el tiempo pensando en cómo ayudarte.

–Pero no estás aquí todo el tiempo –Morton estudió una zona del terreno empañado–. Y yo sí que estoy. Todo el tiempo.

–Sabes que no puedo estar aquí, Morton. Si permanezco demasiado tiempo, yo también me quedaré encerrada aquí.

Eso pareció turbar a Morton por un momento. Olivia podía ver cómo trabajaba su barbilla mientras su rostro pasaba de triste a enfadado y finalmente a indiferente.

–Lo sé –dijo al fin, con aspereza, sacudiendo la cabeza de manera que los mechones de pelo blanco se agitaron–. Es por eso que tengo estos otros amigos –miró por encima del hombro–. Se quedarán conmigo hasta que... hasta que pase algo.

Olivia arrastró los pies. La hierba pintada se apresuró a enderezarse allí donde ella la aplastaba con sus pisadas.

–De verdad lo estoy intentando, Morton.

Morton asintió, pero no la miró a los ojos.

–Bueno, voy a empezar a contar hasta cien otra vez.

–Oh –dijo Olivia, sorprendida. Dio un paso hacia atrás. Morton había sido gruñón e incluso rudo en el pasado, pero nunca había estado demasiado ocupado para ella–. Supongo... –dijo, y no supo qué más decir a continuación. Apartó la vista de la casa de Morton. Al otro lado del césped, destellaban dos brillantes ojos verdes, observándola–. ¡Espera! –ella se volvió hacia Morton, que de nuevo la miraba desde el lugar donde estaba contando. Disimuló los sentimientos heridos en su rostro y puso una expresión que pretendía ser neutra y práctica–. En realidad solo he venido a preguntarte algo. Cuando vivías en la casa de al lado de los McMartins, ¿viste alguna vez a Aldous o Annabelle con un libro de conjuros?

Morton dio un pequeño salto ante la mención del nombre del Hombre Viejo, y para no perder la costumbre, alzó los ojos al cielo. Su suave tono entre violeta y azul no había cambiado.

–Me refiero –dijo Olivia– a si los viste con algún libro que pareciera realmente antiguo, extraño o especial –Morton ya estaba sacudiendo la cabeza, pero Olivia

continuó-. Tal vez un libro con símbolos en la portada, o con tinta de un color extraño...

-No -dijo Morton-. No lo creo.

-De acuerdo -dijo Olivia-. Una cosa más. ¿Has conocido alguna vez a alguien con el apellido Dewey?

-Por supuesto que él no conocía a los Deweys -soltó Horacio, que había aparecido repentinamente junto a la espinilla de Olivia-. Los Deweys no se mudaron aquí hasta unos cincuenta años después de la muerte de Aldous McMartin -el gato suspiró-. Olivia, yo me voy. Si tú prefieres quedarte aquí y convertirte en pintura, tú misma -caminó con afectación hacia la acera-. De hecho, sería agradable tener toda la cama para mí.

-Voy contigo -dijo Olivia, apresurándose detrás del gato. Se volvió para hacer un gesto de despedida a Morton, pero él estaba contando de nuevo hasta cien, con el rostro oculto entre las manos.

Olivia siguió a Horacio calle abajo y por la suave pendiente verde del campo. Por delante de ellos, el marco del cuadro centelleaba suavemente en el aire cargado de niebla. Ella miró por encima del hombro la hilera de casas. Morton había desaparecido, presumiblemente en persecución de algún amigo invisible, pero su gran casa gris todavía se erguía en su sitio, y su vacío hacía eco con preguntas.

-Horacio -comenzó Olivia, bastante lentamente-. Morton... ¿tenía padres? Quiero decir, tiene que haber tenido padres, ¿verdad?

-Bueno, no brotó de una bellota -dijo Horacio. Cuando Olivia se limitó a pestañear, el gato soltó un suspiro-. Sí, Olivia, tenía padres.

-¿Y qué les pasó? -la mente de Olivia cayó en la cuenta de los años y trató de recordar la edad de Aldous, la edad de Annabelle y la edad de Morton cuando Aldous lo atrapó dentro del cuadro. Luego restó todos esos números al año en que estaban ahora mientras iba trotando colina abajo a través de la niebla. Aunque llegó al resultado de la ecuación, estaba segura de que 1822 no era la respuesta a su pregunta-. Deben de ser ahora muy pero que muy viejos, ¿verdad?

Horacio alzó las cejas.

-Sí, ciento veinte años es una edad bastante avanzada para los seres humanos -dijo arrastrando las palabras.

Olivia disminuyó el paso. La niebla se arremolinaba en torno a sus tobillos, llenando los agujeros que dejaban sus pasos.

-Entonces ellos... ¿ellos están muertos?

Horacio se detuvo a su lado. Miró a lo lejos, hacia el marco del cuadro colgante, y respondió:

-No puedo decir con absoluta seguridad lo que les sucedió.

Olivia caminó de costado alrededor del almohadillado gato naranja para poder

verle la cara. Horacio no la miró a los ojos. De hecho, parecía claramente incómodo. Sospechosamente incómodo.

–¿Aldous les hizo algo? –preguntó Olivia, con creciente seguridad–. ¿Tú les hiciste algo?

Los ojos de Horacio se endurecieron.

–Bueno, los padres de Morton hicieron un poco de alboroto en el vecindario cuando su pequeño desapareció de la cama en mitad de la noche –dijo secamente–. Ya sabes cómo pueden ser los padres. Demasiado sobreprotectores. Aldous necesitaba quitarlos de en medio antes de que atrajeran demasiada atención hacia la familia McMartin.

Olivia se agachó frente al gato, bloqueándole el camino. Lo miró fijamente a sus ojos verdes hasta que él le devolvió la mirada y su expresión fría y sarcástica comenzó a derretirse.

–No sé exactamente qué les pasó –dijo Horacio tras un largo silencio–. Creo que... se prescindió de ellos. *Él* prescindió de ellos.

–¿Prescindir de ellos? –Olivia se imaginó a los padres de Morton girando en el desagüe de un viscoso triturador de basura. No era una imagen agradable. Estudió de nuevo el rostro de Horacio. Él le devolvió la mirada con una sensibilidad inusual en sus brillantes ojos verdes.

Olivia soltó pesadamente la respiración. Volvió a mirar las luces centelleantes ya atenuadas en la distancia.

–Si no tiene una familia, es bonito que al menos tenga algunos amigos aquí –dijo–. Aunque sean invisibles.

Horacio le dirigió una mirada afilada.

–Es bonito que creas que es bonito.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Quiero decir que a alguna gente no le gusta compartir a sus amigos. Especialmente a la gente que solo tiene uno.

–Yo no tengo solo uno –discutió Olivia–. Tengo más de uno –se miró los pies desnudos–. Te tengo a ti.

Una diminuta sonrisa se desenroscó en el rostro de Horacio.

–Ya veo –murmuró el gato, dando palmaditas a sus bigotes–. Muy bien –alzó la vista hacia Olivia, con la sonrisa de nuevo bajo control–. Pero yo nunca voy a jugar al escondite contigo.

–Está bien –dijo Olivia.

Juntos saltaron a través del marco del cuadro.

Olivia no podía dejar de pensar en Morton y sus *otros* amigos mientras se metía en la cama y colocaba a Hershel junto a ella en la almohada. Incluso en sus sueños, vio el rostro de Morton. Lo vio de pie ante su enorme casa vacía, sin un padre ni una madre que lo esperaran dentro. Lo vio correr a través de campos llenos de

niebla, persiguiendo a un amigo que no estaba allí, mientras ella se hallaba atascada en el exterior de su mundo, sin una entrada por donde acceder.

Tenía que encontrar ese libro de hechizos para poder ayudar a Morton. Tenía que encontrar algunas respuestas. Y tenía que encontrarlas *pronto*.



*Para un mejor resultado, aplicar las sanguijuelas en el interior de la garganta usando un vaso de sanguijuelas o una pluma de cisne larga,* leyó Olivia, e inmediatamente comenzó a toser. Empujó *Los saludables efectos de la sangría* de nuevo a su lugar en lo alto del tercer juego de estanterías, que era lo más lejos que había podido llegar después de toda una mañana de búsqueda en la biblioteca. Al otro lado de la habitación, las chicas danzarinas del cuadro de la pradera parecían reírse de ella. Olivia supuso que, si pudiera verlas, las caras de los amigos invisibles de Morton habrían tenido la misma expresión.

Las palabras de Morton la noche anterior continuaban aguijoneando su mente como la picadura de un mosquito. Ella todavía no había conseguido resolverlo. Por mucho que Olivia odiara admitirlo, Morton tenía razón. No había ideado un plan, no había manera de encontrar el libro de hechizos y tenía la cabeza abarrotada de cosas que quería o necesitaba saber. «¿Qué demonios será un vaso de sanguijuelas?», murmuró para sí.

–Un vaso de sanguijuelas es un vaso largo tipo tubo, una especie de tubo de ensayo –dijo muy deprisa una voz por debajo de ella–. Un pedazo de papel enrollado se puede usar con el mismo propósito. Las sanguijuelas se han usado en medicina durante miles de años, incluyendo los tiempos medievales, es por eso que yo lo sé todo sobre ellas. De hecho, la palabra *sanguijuela* viene de la antigua palabra inglesa que se usaba para *médico*.

Olivia se quedó helada, tratando de guardar el equilibrio en la parte más alta de la escalera. En el extremo más lejano de la habitación, apiñados de pie junto a la puerta de la biblioteca, estaban la señora Dunwoody, la señora Dewey y Rutherford Dewey. Todos alzaban la vista hacia Olivia. Por supuesto era Rutherford el que acababa de hablar. A su lado, la señora Dewey esbozó una sonrisa desganada. La señora Dunwoody parecía un poco perpleja.

–Olivia, ¿ya conoces a Rutherford, verdad? –dijo la señora Dunwoody. En comparación con Rutherford, la señora Dunwoody parecía hablar a cámara lenta. Olivia asintió, mordiéndose la lengua–. Va a pasar la tarde aquí contigo.

En el interior de Olivia, algo comenzó a gritar. Se mordió la lengua con más fuerza.

–Tengo una cita en la ciudad –explicó la señora Dewey, embutida dentro de una chaqueta rosada que se ajustaba a su cuerpo igual que un globo aerostático se ajusta a su balón de aire–. La señora Nivens estará fuera toda la tarde, y además he pensado que sería mucho más agradable que Rutherford pasara el día con alguien de su edad, para variar –dirigió a su nieto una mirada significativa–. Rutherford puede manejarse con algunos amigos jóvenes *normales*.

Olivia se mordió el interior de una mejilla.

–Bueno –dijo la señora Dunwoody alegremente–, es más que bienvenido. Tómese todo el tiempo que necesite, señora Dewey –y las dos mujeres salieron de la biblioteca, dejando a Rutherford y a Olivia a solas.

Rutherford caminó hasta el centro de la habitación. La señora Dewey evidentemente había tratado de que tuviera un aspecto presentable. Le había mojado los rizos castaños para peinarlos planos sobre su cráneo. Llevaba unos pantalones concienzudamente planchados y una camiseta adornada con un gran escudo de un león luchando contra una serpiente. También llevaba unos enormes guantes de metal que debían de pesar mucho.

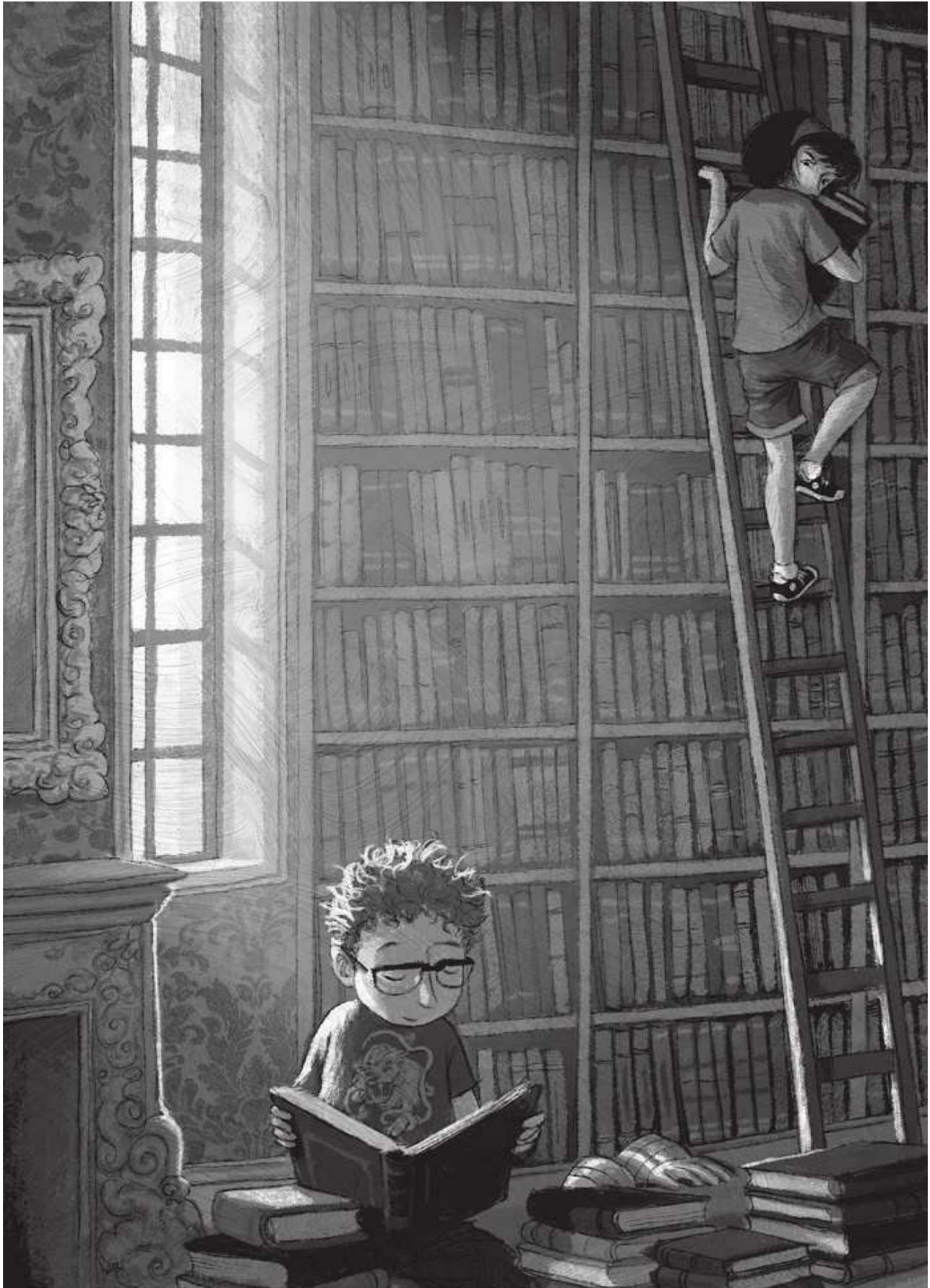
Olivia examinó a Rutherford entornando las pestañas. No podía mirarlo directamente a los ojos. Él sabía su secreto. Un chico como Rutherford sin duda no habría olvidado lo que ella le había dicho. Y ahora tenía que pasar toda la tarde con él... un chico, un *extraño*, alguien de su misma edad, que desde luego notaría y recordaría cada una de las cosas extrañas o inoportunas que ella hiciera o dijese.

–¿Lo has encontrado? –preguntó Rutherford.

–¿Si he encontrado el qué? –dijo Olivia, que a duras penas podía hacer funcionar su boca, y mucho menos su cerebro.

–El grimorio. Seguro que esta habitación es el sitio más natural donde buscarlo –se paró al pie de la escalera, mirando fijamente a Olivia a través de sus gafas borrosas.

Por un segundo, Olivia luchó consigo misma. ¿Era demasiado tarde para volver a cerrar bajo llave su secreto? Probablemente sí lo era. Además, tratar de hablar con un chico que apenas conocía ya era lo bastante duro. Sin tiempo para prepararse, su cerebro no se sentía capaz de hablar y mentir al mismo tiempo.



–Todavía no lo he encontrado –dijo finalmente, pero las palabras se le atascaron, y tuvo que aclararse la garganta y empezar otra vez–. He revisado todas esas estanterías, pero me queda el resto de la habitación.

–Yo podría ayudarte –dijo Rutherford, mientras daba saltitos con sus mocasines–. Soy un lector muy rápido. Puedo leer unas setenta páginas por hora, dependiendo del tamaño de la fuente, naturalmente.

Olivia quería gritar ¡NO! y empujarlo fuera de la biblioteca. De hecho no quería empujarlo, porque eso significaría tenerlo que tocar. Puaj. Lo que en realidad quería era que una gigantesca mano invisible se acercara alrededor de Rutherford y lo arrastrara fuera de la habitación, calle abajo y todo el camino hasta Noruega o Finlandia o dondequiera que hubiera dicho que vivían sus padres.

Pero eso no ocurrió.

–No tienes que ayudarme –murmuró.

–Me encantaría hacerlo. Aunque tendré que quitarme las manoplas –tiró de la correa rápidamente alrededor de una muñeca–. En circunstancias normales no lo haría, pero es difícil volver las páginas con ellas puestas.

–Lo supongo –dijo Olivia.

Rutherford levantó su mano izquierda para mirar mejor a Olivia, todavía hablando a mil palabras por minuto.

–Estas son réplicas, por supuesto, pero aun así resultan muy auténticas. Las conseguí en un festival renacentista, y el artesano después las remodeló basándose en unas manoplas alemanas del siglo XIV. El círculo metálico engaña, porque parece meramente decorativo, pero en realidad servía para maniobras de bloqueo.

Olivia asintió muy lentamente.

Rutherford dejó caer las manoplas suavemente sobre la alfombra.

–Ahora bien, que haya dejado caer mis manoplas no significa que te esté desafiando a un duelo.

–Ah –dijo Olivia–. Bien.

Pasaron la hora siguiente revisando las estanterías casi en silencio. Olivia estaba en lo alto de la escalera y Rutherford hojeaba los libros cercanos al suelo, y ocasionalmente murmuraba «interesante» o «ah, ¿sí?» para sus adentros.

Mientras que Rutherford parecía revisar los libros a la velocidad del relámpago, Olivia no podía concentrarse. Se sentía demasiado nerviosa incluso para respirar. No quería que Rutherford estuviera allí, eso era seguro. Además, tenía la sensación de que la casa no lo quería allí. Alguien o algo los estaba observando, ella estaba segura... tan segura como todas esas veces en que se había movido justo a tiempo como para esquivar una bola de nieve que al momento pasaba zumbando junto a su oído. Mientras el tiempo transcurría, la biblioteca parecía más oscura y silenciosa, hasta que el sonido de cada hoja al pasar la página se volvió como el traqueteo de

una gigantesca lámina de hojalata. Las paredes parecían encogerse a su alrededor. También ellas querían echar fuera a Rutherford.

Olivia esperaba que no encontrasen el libro de conjuros. No quería compartir más secretos con aquel chico. Afortunadamente, estaba cada vez más convencida de que el libro no se hallaba en esa habitación.

–¿Este año vas a cursar el sexto grado o el séptimo del primer ciclo de secundaria? –preguntó Rutherford de repente, sin levantar la vista.

Las palabras sexto grado y primer ciclo de secundaria siempre hacían que a Olivia se le retorciera el estómago, como si fueran pedazos de comida que no podían tragarse enteros.

–El sexto –consiguió responder.

–Yo también –dijo Rutherford–. Iremos al mismo colegio. Me quedaré en casa de mi abuela por lo menos un año hasta que mis padres concluyan con su investigación.

Hubo un suave crujido en el gran tiesto del helecho que había junto a la chimenea. Olivia miró fijamente la planta por un momento, pero esta no volvió a moverse.

–Ya he asistido a siete colegios diferentes a lo largo de Estados Unidos, Europa y Canadá –continuó Rutherford–, pero mis padres piensan que es mejor que me quede aquí esta vez.

El helecho soltó un suave silbido. Rutherford no pareció notarlo.

–¡Guau! –dijo Olivia suavemente–. Yo solo he estado en cuatro colegios diferentes –la asaltaron malos recuerdos, mordisqueándole el estómago como una horda de diminutos peces con dientes como agujas: días de no comer con nadie, días de ser escogida la última en los equipos, días de pasarse la hora del recreo sentada cerca de la verja del parque de juegos, arrancando pedazos de césped solo para simular estar haciendo algo. Tomó aliento–. ¿Y no te molesta? Cambiar de colegio una y otra vez, quiero decir.

Rutherford se encogió de hombros.

–Puede ser difícil adaptarse –dijo–. Pero me digo a mí mismo que todo es pasajero. Esté donde esté, no será por mucho tiempo.

Olivia asintió, pero por alguna razón aquel pensamiento la ponía triste.

Los dos volvieron a sus libros, y por un momento, la biblioteca, e incluso el helecho, quedaron silenciosos.

Olivia tosió incómoda. Rutherford, sentado en el suelo con las piernas cruzadas, continuaba hojeando un gran libro verde. Olivia tosió de nuevo, y esta vez la tos seguía y seguía, hasta que comenzaron a llorarle los ojos y Rutherford alzó la vista para mirarla.

–Yo... hum... yo... quiero decir –dijo Olivia, y tosió de nuevo–. Eso que te dije. Sobre esta casa...

–¿Sí? –dijo Rutherford.

–No... no se lo digas a nadie, ¿vale?

Rutherford la miró muy seriamente. Asintió.

–Te doy mi palabra. Incluso haré un juramento si tú quieres. Puedo firmar alguna cosa, o puedo poner mi mano sobre un libro sangrado...

–No... no tienes que hacer eso –dijo Olivia–. Solo guarda el secreto.

–Desde luego. No se lo diré a ningún alma –dijo Rutherford. Luego se puso en pie e hizo a Olivia una profunda y cortés reverencia antes de volver a sumergirse en el libro verde.

–Interesante –murmuró un momento más tarde.

–¿Qué es lo interesante? –preguntó Olivia, que estaba desarrollando un sentimiento casi amistoso (pero no del todo) hacia Rutherford ahora que él había prometido guardar su secreto.

–Este libro asegura que el capitán Kidd era el único pirata conocido por haber enterrado su tesoro –Rutherford levantó la mirada hacia el techo–. Me pregunto si tus brujos habrán enterrado sus tesoros, como el grimorio, en alguna parte. Pero supongo que, al ser brujos en lugar de piratas, podrían haber usado un hechizo para la desaparición. ¿Has encontrado alguna pista de hechizos para hacer desaparecer cosas?

Olivia se preguntó cómo podía una persona encontrar pistas de algo que había desaparecido. Negó con la cabeza.

–No. No he...

Se paró en mitad de la frase. Porque los McMartins sí habían hecho desaparecer cosas.

Hacían que la gente desapareciera para siempre. Habían hecho desaparecer hombres, mujeres y niños tan perfectamente como si estuvieran enterrados. Habían escondido cosas donde nadie podía encontrarlas... nadie salvo Olivia. Tal vez todo lo que estaba buscando había estado colgado justo delante de su cara...

Rutherford no pareció advertir que Olivia se había interrumpido. Seguía sentado en el suelo, echando un vistazo a un libro polvoriento (y Olivia seguía con la mirada perdida en el espacio, pensando, prácticamente con la boca abierta) cuando la señora Dewey entró para llevarse a Rutherford a casa.

–Te seguiré ayudando a buscar mañana si quieres –le ofreció Rutherford, levantándose y devolviendo un pesado volumen azul a la estantería.

–No hace falta –dijo Olivia, en voz tan alta y rápida como pudo–. Te haré saber... si necesito ayuda. Gracias.

–Bueno. Ya sabes cómo convocarme –Rutherford caminó hasta la puerta donde lo esperaba la señora Dewey, se abrochó sus manoplas y dedicó a Olivia otra pronunciada reverencia de despedida.

–¿Ayuda para buscar qué? –Olivia oyó preguntar a la señora Dewey mientras

ella y su nieto se dirigían al vestíbulo.

–Oh, estábamos investigando sobre la historia de los dinosaurios en esta zona. Qué especies en particular vivían aquí, cuáles se extinguieron...

Las voces se apagaron y Olivia soltó un suspiro de alivio. Se había ido. La habitación entera parecía más iluminada, como si el propio aire se hubiera vuelto más ligero. Rutherford había guardado su secreto... al menos de momento. Y ahora era un secreto compartido. Tal vez eso sería suficiente para equilibrar la ecuación.

Olivia alzó la mirada hacia los rastros de luz solar que entraban oblicuamente por las ventanas. Un rayo daba sobre el marco del cuadro donde las niñas bailaban, y de pronto el marco entero se encendió y resplandeció como si hubiera sido electrificado, de modo que su tono dorado iluminaba lo que tenía delante. La idea que se había formado en la mente de Olivia comenzó a resplandecer y centellear también. ¡El escondite del libro de conjuros era tan evidente! ¿Por qué no se le había ocurrido antes?

Justo entonces, algo verduoso, mojado y felino salió arrastrando la barriga contra el suelo desde detrás del tiesto del helecho.

–Así que por fin se ha marchado el espía –jadeó avanzando a ras del suelo.

–¡Teodoro! –Olivia bajó con cuidado la escalera–. Sabía que eras tú.

–Ya no puedo seguir luchando –jadeó el gato, poniendo los ojos en blanco como un mal actor de Shakespeare–. Tan solo lamento... no tener más que una vida... para entregar a mi país.

Olivia se agachó junto a él, poniendo una mano temerosamente sobre su piel, que estaba tiesa por la pintura verde y cubierta de hojas pegadas.

–¿Estás herido?

–No –susurró Teodoro–. Pero ha llegado la hora... de darme un BAÑO –y a continuación se desplomó dramáticamente en medio de la alfombra.



Aquella noche, Horacio se enroscó en su lugar habitual a los pies de la cama. Teodoro, todavía con un fuerte olor a champú de gato, se dirigió por el pasillo hasta la habitación rosa, para montar guardia junto a la entrada del ático. Tanto el señor como la señora Dunwoody se asomaron a desearle a Olivia dulces sueños. Luego las luces del pasillo se apagaron y la casa se sumió en una oscuridad soñolienta.

Con la cabeza sobre la almohada y Hershel metido bajo su barbilla, Olivia escuchó los graves crujidos y gemidos de la vieja casa de piedra, y las ramitas que golpeaban suavemente el cristal de la ventana. Todo aquello le resultaba ahora familiar. En el interior de su dormitorio, Olivia se sentía casi a salvo, incluso en el momento más oscuro de la noche. Pero sentía que, mientras que ella y sus padres se quedaban dormidos, la casa nunca lo hacía. Estaba siempre despierta. Vigilando. Olivia no estaba segura de si eso era una cosa buena o una cosa mala... si la casa estaba vigilando *por ella*, o si la estaba vigilando *a ella*.

Se quedó estirada muy quieta, esperando, repitiendo las palabras de canciones pegadizas en su cabeza una y otra vez para mantenerse despierta. Después de haber repetido «Soy Enrique VIII, lo soy, lo soy» unas veinticinco veces (perdió la cuenta en alguna parte alrededor de la trece), se incorporó para sentarse muy lentamente y pestañeó en la oscuridad por encima de la cabeza peluda de Hershel. Tenía un plan: un plan para que Morton volviera a ser su amigo, y si su corazonada era correcta, también para encontrar el libro de hechizos.

La habitación estaba silenciosa. Horacio era un bulto de piel inmóvil. Incluso el lejano brillo de las farolas de la calle se había desvanecido en la calle durmiente.

Olivia estiró las piernas hasta el borde del colchón, con cuidado de no dar un golpe a Horacio. El enorme gato naranja no se movió. El suelo se notaba frío en las plantas de sus pies, pero como de costumbre, ninguno de sus seis pares de zapatillas la esperaba a los pies de la cama, donde les correspondía estar. Avanzó sigilosamente a través de la habitación y se deslizó por la puerta para salir al pasillo.

Los tablones del suelo crujieron cuando Olivia pasó de puntillas junto al cuadro del extraño cuenco de frutas y el de la iglesia sobre la colina escarpada. Se apresuró al pasar junto a la oscuridad de las puertas abiertas del baño y la habitación de

invitados, tratando de no imaginar que alguien saltaba sobre ella o que alguna voz susurraba su nombre desde las sombras del interior. Pero era difícil no hacerlo.

Cuando llegó a la parte delantera de la casa, ya casi iba corriendo. Atravesó como una flecha el umbral de la puerta de la habitación rosa.

Teodoro estaba dormido sobre una silla delante del cuadro del arco de piedra que era la entrada al ático. La cabeza le colgaba desde el borde del asiento.

Tan suavemente como pudo, Olivia dio unas palmaditas a las patas delanteras del gato.

Teodoro se incorporó de golpe.

–¡La flota real espera a su comandante, Majestad! –declaró.

–¡Shhh! –siseó Olivia–. Teodoro, necesito tu ayuda. Ya sé dónde puede estar escondido algo que andaba buscando –miró fijamente los grandes ojos verdes del gato–. ¿Me ayudarás?

–Temo que me ha confundido con alguien, Su Majestad –dijo Teodoro, enderezándose sobre el asiento mullido antes de hacer una reverencia real–. Tal vez no me reconozca después de los largos meses que he pasado en el mar. Soy yo, Raleigh, Sir Walter Raleigh. Y estoy a su servicio.

–De acuerdo, Sir... ¿cómo has dicho?

–Sir Walter Raleigh. Explorador, escritor, soldado y todo un hombre del Renacimiento.

–De acuerdo, Sir Walter Raleigh –dijo Olivia–. Pero tenemos que ser muy pero que muy silenciosos. Nadie más puede enterarse de esta misión. Eres el único en quien puedo confiar.

El gato asintió con deleite.

–Muy bien –Olivia respiró–. Ahora vamos a salir al pasillo, junto al cuadro de la calle Linden, e iremos en busca de Morton.

–¡Ah, sí, el buen Sir Funda de Almohada! –dijo Teodoro con creciente excitación–. Navegaremos el estrecho y nos reuniremos con nuestro camarada.

–Claro –susurró Olivia–. Tú navega. Yo iré justo detrás de ti.

Agitando sobre sus hombros una capa imaginaria, Teodoro saltó desde la silla y avanzó hasta la puerta. Olivia fue de puntillas tras él.

Siguió la silueta peluda de Teodoro a lo largo del pasillo. Al llegar frente al cuadro, él le ofreció la cola y juntos cruzaron a través del marco para adentrarse en el campo con niebla bajo la calle Linden.

Encontraron a Morton sentado sobre el césped de la casa contigua a la suya, esa que en el mundo de Olivia pertenecía a la señora Dewey. Estaba arrancando una fila de tulipanes blancos y arrojándolos al aire, donde giraban y giraban como bastones flexibles. Luego se precipitaban otra vez hacia la tierra, con los bulbos por delante, para plantarse a sí mismos esmeradamente en los agujeros que estaban esperándolos.

–Morton, ¿qué estás haciendo? –preguntó Olivia mientras ella y Teodoro se detenían junto a él.

Morton le dedicó una mirada que sugería que esa pregunta no merecía contestación. Arrancó el siguiente tulipán.

–¿Dónde están tus amigos?

Morton se encogió de hombros.

–En alguna parte. Tal vez estén en su casa. Con sus familias –lanzó al aire el tulipán. Este dio un par de vueltas en el aire y volvió a clavarse en el suelo como una saeta vegetal.

Olivia quiso preguntar si sus familias también eran invisibles, pero al ver la cara de Morton, decidió no hacerlo. En lugar de eso, se agachó sobre el césped cubierto de rocío.

–Oye, Morton –comenzó–. ¿Te acuerdas de aquel libro por el que te pregunté?

Morton arrancó otro tulipán y no respondió.

–Creo que si pudiera encontrar ese libro, tal vez aprendería cómo ayudarte a volver a casa.

Morton la miró por el rabillo de un ojo.

–¿A mi casa de verdad?

–A tu casa de verdad –repitió Olivia–. Si los McMartins tenían un libro de hechizos, es probable que lo guardaran en un lugar mágico. Creo que ese libro está escondido en alguno de los cuadros que hay dentro de la casa.

El rostro redondo de Morton adoptó una expresión escéptica.

–Tal vez.

–Entonces... –dijo Olivia, tratando de que pareciera que en realidad no le importaba–, ¿me ayudarás a buscarlo?

–¡Oh!... –dijo Morton, intentando que pareciera que en realidad a él tampoco le importaba–. Supongo que podría ayudarte.

–¡Excelente! –soltó Teodoro–. Se ha acordado un pacto entre la buena reina Bess y el noble Sir Funda de Almohada. ¡Ahora, adelante, a explorar las colonias! –y salió disparado calle abajo en medio de la niebla, con Olivia y Morton luchando por seguirle el ritmo.

En cuanto todos atravesaron el marco, se quedaron de pie inmóviles en el pasillo, mirando a su alrededor las oscuras entradas de las puertas.

–¿Por dónde deberíamos empezar? –susurró finalmente Morton.

Olivia cerró los ojos. Pensó en el libro. Se imaginó su cubierta, negra o marrón o roja o verde. Se imaginó la sensación de tocar sus páginas. Tal vez fueran gruesas y suaves, casi como tela, o quizás finas y delicadas, casi transparentes, de manera que se arrugaran unas sobre otras como pañuelos de papel. Y muy débilmente, muy gradualmente, algo en la casa comenzó a guiarla. Se filtraba a través de las paredes y se extendía por los tablones del suelo hasta las suelas de los pies desnudos de

Olivia. Pudo sentir cómo esa cosa la hacía girar en la dirección correcta, como la flecha que gira en el tablón de un juego.

–No creo que esté en el piso de abajo –susurró–. Empecemos por aquí arriba.

Siguieron su camino a lo largo del pasillo, Teodoro tratando de llevar la delantera a pesar de que no sabía adónde iban, y Olivia y Morton caminando detrás de él, cada uno pisando de puntillas la sombra del otro.

Comenzaron su búsqueda en el baño de invitados, que tenía tan solo un pequeño cuadro. Olivia sujetó la cola de Teodoro, Morton se agarró a Olivia y cada uno tiró del siguiente para atravesar el marco. La mujer del cuadro, que estaba permanentemente en pose con la punta del pie en el agua de una anticuada bañera, dejó escapar un pequeño chillido cuando un gato manchado y dos niños en pijama cayeron a través del marco sobre el resbaladizo suelo de baldosas. Ella a su vez se cayó de golpe dentro de la bañera, con toalla y todo.

–Discúlpenos, buena mujer –dijo Teodoro solemnemente–, pero debemos explorar su cuarto de baño, por la gloria de Inglaterra.

–¿Qué? –burbujeó la mujer.

Olivia se agachó para mirar en la bañera mientras Morton revisaba los rincones. La habitación del interior del cuadro era tan pequeña y despojada que en unos pocos segundos los tres exploradores estaban trepando de nuevo al marco, dejando tras ellos a la señora empapada, que resollaba con enfado.

–Aquí no hay ningún libro –susurró Olivia–. Vamos a comprobar en la habitación azul.

La habitación azul era oscura y sombría, llena de cosas como estanterías metálicas, muebles zapateros y tocadores con filas de pesados cajones que crujían. En una pared había colgado un cuadro de un salón de baile donde gentes vestidas con trajes de noche bailaban al son de la música de una orquesta. Pero cuando Teodoro, Olivia y Morton cruzaron a través del marco, la gente dejó de bailar. Unos últimos *plins* y *boms* salieron de la orquesta mientras, uno tras otro, los músicos se perdían y miraban boquiabiertos a los intrusos.

–Sigán ustedes a gusto –dijo Teodoro haciendo un generoso ademán con una pata–. Sin duda les sobrecoge la presencia del gran Sir Walter Raleigh y la más espléndida reina Elizabeth –hizo un gesto señalando a Olivia, que se retorció incómoda en su pijama de pingüino. Teodoro miró por encima del hombro a Olivia y a Morton, y dijo por la comisura de los labios–: Estos rufianes no saben hacer una reverencia ante su reina. ¿Tendremos que decapitarlos, Su Majestad?

Olivia sacudió la cabeza con vehemencia.

–Hum... De hecho –comenzó, mientras todos los ojos pintados de la multitud se movían hacia ella–, disculpen pero... ¿alguno de ustedes ha visto un libro en esta habitación?

La multitud comenzó a murmurar.

–¡Yo vi uno! –gritó un hombre desde una esquina, señalando. Pero el libro que había visto resultó ser el gran libro de partituras encima del piano.

–¡Yo también vi uno! –gritó otro hombre, pero resultó que estaba hablando del mismo libro que el primero.

–De acuerdo –dijo Olivia en voz alta a medida que más y más gente se unía proclamando haber visto el libro de partituras encima del piano–, ¿alguien ha visto un libro diferente? ¿Uno que no sea el que está encima del piano?

Hubo algunos murmullos de confusión, pero nadie más alzó la voz.

–Entonces muy bien –dijo Olivia–. Gracias por su ayuda.

–Vaya... –susurró Morton mientras aterrizaban uno por uno sobre la alfombra de la habitación azul–. Esa gente no era muy inteligente.

–Es cierto lo que dice, Sir Funda de Almohada –reconoció Teodoro.

–Bueno, solo son pinturas –dijo Olivia–. Nunca han estado fuera de esa habitación. Estoy segura de que no tienen que pensar mucho.

Morton se miró los pies y no respondió.

–Quiero decir –se apresuró a corregir Olivia– que ellos no son como tú o como las otras personas que Aldous atrapó en los cuadros, que antes eran reales pero no son... me refiero... tú no has sido siempre... quiero decir...

Pero Morton ya estaba cruzando la habitación hacia la puerta de madera pulida del armario.

–Morton... –suplicó Olivia.

Morton la ignoró. Se metió dentro del armario y cerró la puerta detrás de él.

Olivia dejó escapar el aire a través de los dientes. ¿La habrían oído sus padres? Ella y Teodoro intercambiaron miradas.

–Me aseguraré de que no hayan entrado embarcaciones enemigas en el estrecho, Su Majestad –susurró el gato saliendo apresuradamente al pasillo.

–Morton –dijo Olivia a la puerta cerrada del armario–. Sal de ahí.

No hubo respuesta. Olivia tiró del picaporte, pero la puerta no se movió. Evidentemente Morton la estaba agarrando con fuerza desde el otro lado.

–Vamos, Morton –dijo ella–. Estamos perdiendo el tiempo.

El armario permaneció silencioso por un momento. Parecía estar pensando. Luego, una voz amortiguada desde el interior dijo:

–¿Por qué no puedo quedarme aquí? Si el Hombre Viejo ya no está, ¿por qué no podemos salir todos de nuevo al exterior?

–Morton, tú no estás vivo –Olivia hizo una pausa–. Ya no –el armario no discutió, así que Olivia continuó–. La gente notaría que no te haces mayor, y tu piel es muy rara y no puedes comer nada. Y la luz brillante te quema. No estarías a salvo aquí fuera.

–Podría vivir en el armario –dijo Morton con tozudez–. O todos los de los cuadros podríamos vivir en esta casa contigo.

Olivia trató de imaginárselo.

–No creo que eso funcionara –dijo finalmente–. Mis padres les hablarían de vosotros a todos los científicos de la universidad, y todos querrían haceros pruebas y diseccionaros y hacer réplicas genéticas de vosotros o cosas así.

El armario permaneció muy silencioso.

Olivia inclinó la cabeza hacia la puerta de madera.

–Morton... –comenzó, tan suavemente como pudo–. Yo...

Pero la voz de él la interrumpió.

–Aquí dentro hay un cuadro.

Olivia frunció el ceño.

–¿Por qué iba a colgar alguien un cuadro dentro de un armario?

–No está colgado. Está apoyado. Puedo notarlo. Mira.

La puerta del armario se abrió de golpe. Morton salió de la oscuridad, empujando a un lado algunos abrigo de lana húmedos y señalando la parte trasera del armario. Allí, iluminado por un rayo de aguada luz de luna, brillaba el marco de un cuadro en torno a un lienzo pintado.

De rodillas, Olivia y Morton sacaron el cuadro a la habitación azul para verlo mejor. Dentro del pesado marco había una pintura de un castillo en ruinas, con sus piedras derrumbadas bajo el cielo nocturno.

–¿Crees que esta es una de sus pinturas? –susurró Morton.

–Bueno, sé cómo podemos averiguarlo –susurró Olivia mientras Teodoro entraba contoneándose al dormitorio y anunciaba que la costa estaba despejada.

Un momento más tarde, los tres atravesaban el marco del cuadro y entraban en un húmedo y frío paisaje nocturno. Es decir que *sí era* una de las pinturas de Aldous... una que Olivia no había explorado nunca. Mientras subían y bajaban a través de las rocas cubiertas de musgo que conducían a la fosa, ella se preguntó cuánto tiempo llevaría el cuadro en el armario y quién lo habría colocado allí, en un lugar donde nadie lo viera.

El trío se detuvo ante el puente levadizo. Teodoro miró las paredes de piedra derrumbadas ante ellos y negó con la cabeza tristemente.

–Los años no han sido amables con el Castillo de Windsor.

–No creo que sea para...

Pero Teodoro ya se había puesto en marcha sobre el puente levadizo, con Morton pisándole los talones. Olivia avanzó tambaleante detrás de ellos sobre los tablones resbaladizos.

En el interior del castillo había un ancho patio pavimentado en piedra. Si el patio había tenido alguna vez un techo, ya no estaba allí. Por encima de los bordes de las paredes desmoronadas colgaba un cielo oscuro salpicado de estrellas plateadas inmutables.

–¡Ah, qué gloriosos recuerdos contiene el Castillo de Windsor, incluso en sus

ruinas! –dijo Teodoro, brincando a través de las piedras del pavimento–. ¡Cuánta pompa! ¡Qué duelos! ¡Qué ejecuciones!

Mientras Teodoro subía a saltos los escalones hasta el parapeto, rememorando felizmente para sus adentros, Olivia y Morton buscaron en los helados rincones del patio. No había señal de ningún libro importante en ninguna parte.

–No está aquí. De eso estoy segura –dijo Olivia con un suspiro mientras una baldosa que había empujado volvía a ponerse en su sitio–. ¡Sir Walter Raleigh! ¡Estamos listos para marcharnos!

Mientras Olivia y Morton pasaban a través del arco que conducía al puente levadizo, Olivia creyó oír algo repiqueteando en la distancia detrás de ellos... un sonido como de guijarros golpeando contra las baldosas. Un segundo más tarde, oyó el suave repiqueteo de los guijarros volviendo a su lugar original.

–¿Teodoro? ¿Eres tú? –gritó.

Los ojos verdes de Teodoro pestañearon en la oscuridad cerca de su espinilla.

–No, Su Majestad. ¿No reconoce a Sir Walter Raleigh, su más leal caballero?

–Quiero decir si eres tú quien ha hecho ese ruido.

–¿Qué ruido, Majestad?

Todos escucharon. No había ningún sonido... nada salvo el suave silbido del agua ondeando en la fosa contra sus orillas.

–No oigo nada, Su Majestad –dijo Teodoro.

–Yo tampoco –dijo Morton–, Su Majestad.

Olivia aguzó la vista.

–Gracias, Sir Funda de Almohada. Vayamos a mirar en la otra habitación.

Con Teodoro abriendo el camino y Morton y Olivia apresurándose detrás, cruzaron el puente levadizo hasta la ladera cubierta de musgo. Olivia se volvió y dirigió una última mirada al castillo, que permanecía silencioso y oscuro bajo el cielo nocturno. Luego, juntos, cruzaron a través del marco, para después volver a colocar cuidadosamente el cuadro en el fondo del armario y cerrar la puerta.

Los tres se deslizaron a lo largo del pasillo silencioso, donde las paredes se volvían plateadas por la luz de la luna, y entraron en la habitación lavanda. Esa habitación había sido una vez la favorita de Olivia. Le había parecido delicada y bonita... con un olor dulce, igual que Annabelle. Ahora el retrato de Annabelle vacío colgaba como un recuerdo amenazador por encima de la cómoda de cajones. Aunque ninguna de las habitaciones de invitados eran usadas por los Dunwoodys, la habitación lavanda estaba especialmente fría y desierta, como si la luz del sol nunca la alcanzara. Teodoro saltó sobre la cómoda, Olivia se agarró a su cola, Morton se agarró a los pies de Olivia y los tres saltaron a través del marco y aterrizaron, uno por uno, sobre el blando sofá del interior de la pintura.

–Aquí es donde fue pintado el retrato de Annabelle McMartin cuando era joven

–explicó Olivia, preguntándose por qué se sentía impulsada a susurrar–. Es el salón del piso de debajo de esta casa. Hace mucho, mucho tiempo.

Vacilante, Olivia bajó del sofá y caminó hasta la mesita del té. Todo estaba preparado: las tazas y los platitos, y el plato con terrones de azúcar formando una pila tan alta como siempre. La taza llena de té de Annabelle estaba justo donde ella la había dejado. Olivia tocó la delicada porcelana. Todavía estaba caliente. Atravesada por un repentino escalofrío, Olivia miró alrededor de la habitación. Era como si Annabelle pudiera aparecer en cualquier momento con su suave cabello castaño, su collar de perlas, su débil voz excesivamente dulce. Olivia casi podía sentir el tacto de los dedos helados de Annabelle cerrándose en torno a su mano. Se volvió hacia Morton.

Morton estaba haciendo un giro muy lento, como una bailarina de cuerda en su cajita de música.

–Yo he estado aquí –susurró–. No en la pintura. En el aquí *real* –se alejó hacia la derecha.

Olivia bordeó la mesa de té, donde estaba Teodoro practicando posiciones de esgrima con el cuchillo de la mantequilla, y comenzó a mirar debajo del mueble. Nada. Después examinó las estanterías, pero estas contenían tan solo delicados *souvenirs*, pequeños jarrones y conchas marinas. Solo para ver qué pasaba, revisó las puertas. Se habían cerrado con la pintura, pero no de la manera en que las cosas suelen quedar cerradas con la pintura, cuando unas gotas se escurren por una grieta y hacen que las cosas se peguen. Estas puertas habían sido *pintadas cerradas*. No se movían ni agitaban sus bisagras cuando se las empujaba. El picaporte ni siquiera giraba en su mano. Con un suspiro de desaliento, Olivia se volvió hacia la habitación.

Morton estaba de pie junto a la chimenea. Al principio Olivia pensó que se podía haber quedado dormido de pie, de tan quieto como estaba, pero por supuesto que Morton no se había quedado dormido. Le daba la espalda y estaba encogido sobre algo que sostenía con las dos manos, así que Olivia no pudo saber lo que estaba mirando hasta que se asomó por encima de su hombro derecho.

Era una fotografía: una fotografía en blanco y negro en un marco plateado. Evidentemente, había sido parte de la hilera de fotografías que estaban colocadas sobre la repisa de la chimenea. Olivia miró las otras fotos de la hilera. Con un ligero escalofrío, reconoció el retrato de Aldous McMartin que ella había encontrado en un cajón de la cómoda de la habitación lavanda, justo en el exterior de esa misma pintura. Junto al retrato de Aldous había una foto de una niña bonita, pero con cara de amargada, sentada entre dos adultos que parecían dos mentecatos. Annabelle con sus padres, Olivia estaba segura. Esta iba seguida de varias fotografías de personas que Olivia no reconoció.

Volvió a mirar la foto que Morton sostenía en las manos. Era otro retrato de

familia, probablemente tomado en la primera o la segunda década de 1900. Los hombres llevaban tirantes; las mujeres cuellos cuadrados adornados con lazos. A diferencia de las otras fotos, en esta todo el mundo sonreía. Dos orgullosos padres estaban junto a una chica adolescente y un niño pequeño. Los ojos de la madre eran grandes y suaves, y las comisuras de sus párpados se inclinaban ligeramente hacia abajo cuando sonreía. La cara del padre era redondeada y amistosa. La chica adolescente tenía un rostro angular y suave, y su sonrisa era un poco rígida, como si hubiera estado conservada en el congelador hasta el disparo de la cámara. A Olivia le recordaba a alguien. Pero fue su hermano quien captó y retuvo la atención de los ojos de Olivia. Era un niño pequeño de cara redonda y pálida. Un niño pequeño con un mechón de pelo blancuzco. Un niño pequeño que, por una vez, no llevaba un largo camisón blanco.

–¡Eh, eres tú! –exclamó.

Morton no respondió.

–¿Esta es tu familia?

Morton asintió.

–¡Vaya! –Olivia respiró. Se quedaron los dos quietos durante un minuto, estudiando los rostros captados en pálidas sombras grises–. No debe de haber sido sacada mucho tiempo antes de... quiero decir que estás prácticamente igual. Salvo que llevas ropa distinta.

Morton se limitó a mirar fijamente la foto.

Olivia se movió a su alrededor, tratando de alcanzar a verle la cara.

–¿Sabes lo que les ocurrió a ellos, Morton? ¿Al resto de tu familia?

Morton negó con la cabeza, sin mirar a Olivia a los ojos.

–¿Y sus nombres? ¿Recuerdas sus nombres?

–Mamá y papá –susurró Morton.

–Me refiero a sus nombres *reales* –insistió Olivia–. Cómo los llamaba otra gente. Si pudieras recordarlos, tal vez... tal vez podría averiguar qué les pasó.

La frente de Morton se retorció y se encogió mientras pensaba. Una por una, líneas de infelicidad aparecieron en su rostro, haciéndole fruncir el ceño, empujando su boca hacia abajo, arrugando las comisuras de sus párpados. Las líneas se hicieron cada vez más profundas hasta que toda la cara pareció arrugarse, como una planta marchitándose a cámara rápida. Dejó la cabeza colgando.



–Quiero ir a casa –dijo a su esternón.

–Ya lo sé –dijo Olivia–. Por eso necesito encontrar ese libro. Si encuentro el libro, y descubrimos qué le pasó a tu familia, entonces podremos...

–No –dijo Morton, todavía hablando directamente a su pecho–. Me refiero solo a volver a mi casa.

–¡Oh! –dijo Olivia–. De acuerdo –se dio la vuelta, tratando de no mostrar su decepción.

–¿Puedo llevarme esto conmigo? –Morton levantó la fotografía, aunque continuaba mirando fijamente la alfombra.

–Claro –dijo Olivia–. Por supuesto. Tal vez... tal vez te ayude a recordar.

Fue un grupo silencioso y lento el que recorrió el pasillo hasta la pintura de la calle Linden.

–¿Querrás buscar conmigo de nuevo mañana? –le susurró Olivia a Morton mientras este se agarraba a la cola de Teodoro. Morton se encogió de hombros y no la miró a los ojos.

Olivia los observó desaparecer a través del marco del cuadro. Luego se desplomó en su cama y se metió entre las mantas. Sus sueños esa noche estuvieron llenos de libros que revoloteaban hacia ella, como grandes pájaros amistosos, antes de deslizarse entre sus dedos y salir disparados a lo lejos.



Olivia se despertó tarde la mañana siguiente, con la urgencia de zambullirse de nuevo en Otrolugar ardiendo en su interior.

Algo más también estaba ardiendo. Podía olerlo. Por un momento, mientras yacía en ese nebuloso lugar entre la vigilia y el sueño, Olivia estaba segura de que era la casa misma la que estaba ardiendo... que esta la había arrullado para hacerla entrar en un profundo sueño y la dejaría asfixiarse con el humo. Se sentó en la cama, mirando a su alrededor las paredes de la habitación. Pero no había fuego. No había ni siquiera humo. Había tan solo un desagradable olor a quemado... y parecía venir del piso de abajo.

Olivia siguió su olfato hasta la cocina, donde se hallaban el señor y la señora Dunwoody trajinando y ar-mando estrépito con los cajones y los armarios. Cuatro cacerolas hervían en las crujientes hornallas de la vieja cocina negra, produciendo ese olor a quemado y dejando todo el espacio todavía más caliente y pegajoso.

–¿No vais a ir a vuestros despachos esta mañana? –preguntó Olivia malhumorada, con la boca llena detostada. Si sus padres estaban por allí, los gatos solían esconderse, lo que significaba que todos sus planes de exploración se vendrían abajo.

–Hoy no –dijo el señor Dunwoody, que estaba poniendo a prueba los quemadores de la vieja cocinapara ver en cuál hervía más rápido el agua, midiendo escrupulosamente la cantidad y la temperatura inicial del agua–. ¿Quieres ayudarme a revisar de nuevo el índice de enfriamiento de estas cacerolas?

–O podrías ser mi Arquímedes –dijo la señora Dunwoody, señalando un cubo lleno de agua, mientras or-denaba el contenido de los cajones de acuerdo con el peso y la densidad.

Olivia negó con la cabeza.

Después de desayunar, se sentó en el porche trasero, frunciendo el ceño. Se estaba comiendo un polo verde, pero ya le había sorbido todo el jugo. Lo único que le quedaba ahora era un carámbano de hielo con sabor aguado en una bolsita, y la bolsita le hacía corte tras corte en el interior de las mejillas.

Necesitaba ese libro de hechizos. Estaba segura de que esa noche había estado cerca de él, de que se en-contraba en algún lugar del piso de arriba... ¿Pero y si

solo se lo estaba imaginando? La imaginación de Olivia tenía tendencia a secuestrarla y llevarla a lugares peligrosos. ¿Qué pasaría si el libro ni siquiera estuviera en la casa? O peor aún... ¿y si nunca hubiera existido?

No. Aplastó aquel pensamiento hasta reducirlo a un pequeño bulto duro. Tenía la persistente y acechante sensación de que ella *ya había visto* ese libro en alguna parte. ¿Pero *dónde*?

Olivia se puso en pie y caminó hacia el fondo del patio. Inclino la bolsita con el polo en su mano, dejando que un rastro de gotitas cayera sobre las extrañas plantas del jardín y se quedaran brillando sobre pétalos aterciopelados de color púrpura, tallos espinosos y hojas que se asemejaban mucho a uñas afiladas. Con sumo cuidado, porque nunca podías saber qué iba a picarte o escocerte en aquel jardín, arrancó una pequeña flor rosada y la sostuvo junto a su nariz. Tenía el olor que tienen las piscinas.

Una brisa cálida y débil flotaba a través del patio, trayendo con ella el sonido de alguien que tarareaba una melodía bastante pasada de moda. Olivia siguió el sonido. Este la condujo hasta el seto de lilas que separaba el patio trasero de los Dunwoodys del patio de la señora Nivens. A través de una valla de abundantes hojas verdes, Olivia pudo ver atisbos de un sombrero para el sol de ala ancha, un vestido amarillo, un delantal y unos remilgados zapatitos con curvados tacones de cinco centímetros. ¿Quién llevaría tacones en un jardín? Olivia se lo preguntó para sus adentros.

Y de repente, el rostro suave y amarillento de la señora Nivens la estaba mirando directamente.

–Vaya, hola, Olivia querida –dijo la señora Nivens, agachándose para mirar a través de las hojas–. Me pareció oírte por ahí.

Olivia dio un salto hacia atrás, golpeándose la cabeza con una rama. Podía sentir cómo su rostro cambiaba progresivamente del rojo al fucsia.

–Hola, señora Nivens –murmuró.

–Pareces terriblemente acalorada, Olivia –dijo la señora Nivens–. ¿Te apetece un vaso de limonada? Acabo de preparar una jarra. Está justo aquí.



Conversar con la señora Nivens mientras bebía un vaso de limonada sonaba tan agradable como hacer juegos malabares con tarántulas. Pero si Olivia decía que no, la señora Nivens pensaría que era una niña incluso más extraña y más grosera de lo que realmente era. Así que Olivia pasó a través del seto de lilas al impecable patio de la señora Nivens y la siguió hasta una pequeña mesa con una sombrilla de volantes colocada en la parte sombreada cerca de la casa. La señora Nivens sirvió a Olivia un vaso de limonada de una jarra con gotitas de líquido condensadas. No se sirvió un vaso para ella.

Olivia tomó un sorbo de limonada, sintiendo calor y picor y escozor en lugares donde no podía rascarse en público... o desde luego no delante de la señora Nivens. La señora Nivens, por su parte, parecía tan fría como siempre, como si la hubieran esculpido con una barra de mantequilla congelada. Los suaves y helados planos del cuerpo de la señora Nivens no parecían querer moverse. O tal vez no podían moverse. Tal vez si la señora Nivens se riera o saltara o simplemente expresara sorpresa, quedaría desmenuzada en miles de trocitos de mantequilla. Olivia se imaginó a la señora Nivens descuajeringándose hasta convertirse en un montón de pequeños rectángulos envueltos en papel de aluminio. Tuvo que morderse el interior de la mejilla para no reírse.

Hoy, a pesar de los últimos calores del verano, la señora Nivens llevaba un vestido de manga larga, y sus piernas –lo poco que la falda del vestido dejaba expuesto de ellas– parecían cubiertas con medias largas. La idea de llevar medias con aquel calor produjo a Olivia todavía más calor.

Se sentaron un momento en silencio. La señora Nivens se ajustó el ala del sombrero de paja blanco.

–¿Cómo está la limonada? –preguntó finalmente.

Personalmente, Olivia pensaba que podía haber usado el doble de azúcar y mucho menos limón, pero no iba a decirlo.

–Está buena. Gracias, señora Nivens.

–¿Tienes ya todo acomodado en tu nueva casa? –Olivia podía notar los ojos de la señora Nivens en su rostro, incluso a través de su cortina de pelo–. Es un lugar tan grande que debe de haber mucho que limpiar y organizar, y también mucha basura que tirar.

–Es grande –dijo Olivia–. Pero no nos hemos deshecho de nada –pensó en el cuadro enterrado en el patio trasero y en lo que había metido dentro de ese cuadro–. Realmente no.

–Hum –dijo la señora Nivens–. Creí que querríais quitar algunas de esas porquerías. Hacer un mercadillo en el patio, tal vez.

Olivia tomó otro sorbo de limonada.

–Hum, señora Nivens... –comenzó–, usted vivió junto a la casa de los

McMartins durante mucho tiempo, ¿verdad? Me refiero... mucho tiempo antes de que nosotros nos mudáramos allí.

–Sí –dijo la señora Nivens muy rígida–. Así es.

–Me preguntaba –dijo Olivia, escogiendo cuidadosamente cada palabra pero tratando de sonar muy fría y despreocupada al mismo tiempo– si vio usted alguna vez a alguien... que sacara cosas de la casa después de la muerte de la señora McMartin.

La señora Nivens soltó una risa corta y susurrante a través de la nariz.

–Nadie podría haber entrado en esa casa –dijo, sacándose los guantes de jardinería–. Incluso los empleados de la ambulancia consiguieron hacerlo a duras penas. Esos gatos –enfaticó la señora Nivens, alzando las cejas apenas muy levemente– no habrían dejado pasar a nadie a través de la puerta. Y por supuesto, pronto la casa quedó completamente cerrada y muchas de las cosas valiosas serían guardadas en lugar seguro. Annabelle era muy cuidadosa con las reliquias de la familia. Aunque no tuviera familia a quien dejarle esas cosas... –la señora Nivens se interrumpió con un ligero encogimiento de hombros–. Estoy segura de que lo que sea que hubiera allí está todavía ahí dentro.

Olivia dejó escapar la respiración. ¿Ves?, se dijo a sí misma. Estaba completamente segura de que el libro de hechizos estaba allí en alguna parte, a la espera de ser encontrado. Debajo de la mesa, su pie comenzó a dar golpecitos de impaciencia.

–¿Por qué lo preguntas? –los ojos de la señora Nivens estaban de nuevo fijos en ella.

–Yo... solo me lo preguntaba –dijo Olivia, pensando rápido–. Hay una colección entera de enciclopedias en la biblioteca, pero la de la letra C ha desaparecido, y me preguntaba dónde habría ido a parar, porque quería consultar la palabra *carburador*.

Si la señora Nivens pensó que la respuesta de Olivia resultaba sospechosa, no lo dejó ver.

Olivia se bebió el resto de la limonada y dejó el vaso sobre la mesa con un golpe seco.

–Bueno, probablemente debería regresar a casa y ayudar con la comida.

La señora Nivens se levantó y recogió el vaso vacío de Olivia. Por un momento su mano sin guante pasó a través de un rayo de sol, y Olivia, bajando la vista, observó que había algo raro en la piel de la señora Nivens. Apenas tuvo tiempo de preguntarse qué era, porque la señora Nivens volvió a poner rápidamente su mano a la sombra. Sus ojos se clavaron en Olivia como dos carámbanos de hielo.

–Adiós, Olivia –dijo la señora Nivens, en un tono que le hizo dar un salto y retroceder–. Buena suerte... con lo que sea que estés buscando.

Olivia ya estaba al otro lado del seto de lilas cuando sonaron las últimas palabras

de la señora Nivens. *Lo que sea que estés buscando...* Tal vez la señora Nivens no se había creído la historia de los carburantes. O los carburadores. O lo que fuera que Olivia hubiera dicho. Había algo extraño en la señora Nivens, eso era seguro... algo incluso más extraño que el hecho de que estuviera en un jardín con tacones altos.

Las numerosas ventanas de la vieja casa de piedra contemplaban a Olivia mientras atravesaba el sombreado césped demasiado crecido. Ella les devolvió la mirada. Iba tan absorta mirando que no advirtió al chico de ropa arrugada y pelo revuelto que estaba delante de ella hasta que casi se choca con él.

–Hola –dijo Rutherford tranquilamente mientras Olivia dejaba escapar un grito de sobresalto.

–¿Qué estás haciendo en mi patio trasero? –preguntó ella, retrocediendo hasta que topó con el arbusto de lilas. Ella y Rutherford eran casi exactamente de la misma altura, así que era muy difícil escapar de los ojos de Rutherford, que la miraban intensamente detrás de sus gafas sucias.

–Te estaba buscando a ti, naturalmente –respondió Rutherford–. Me acaba de llegar por mail el horario del colegio y quería compararlo con el tuyo para ver si íbamos a alguna clase juntos.

–¿Ya te ha llegado? –Olivia lanzó una mirada consternada al papel que Rutherford sostenía en sus largos dedos manchados de pintura–. ¡Pero si faltan semanas para que empiece el colegio!

–Yo tengo historia de América, español, matemáticas generales, arte y física durante el primer semestre –recitó Rutherford–. Estoy un poco decepcionado por tener física en lugar de geología o biología; incluso la botánica sería más útil para mi posible carrera futura, pero supongo que no permiten ese tipo de elecciones hasta la escuela superior –soltó agitado, pasando el peso de un pie al otro.

Por muy horrible que fuera pensar en el colegio, eso no apartaba de la mente de Olivia los otros pensamientos. Sus ojos regresaron a las ventanas de la gran casa de piedra, yendo de una habitación a otra: la empañada ventana de la cocina, el vidrio manchado del comedor, las diáfnas cortinas de su dormitorio, la pequeña claraboya redonda del ático. En alguna parte, detrás de una de esas ventanas vigilantes, estaba el libro que ella andaba buscando.

–¿Ya lo has encontrado? –preguntó Rutherford de repente.

Olivia dio un salto. Por un segundo, estuvo segura de que Rutherford le había leído la mente... pero tal vez solo le había leído la cara.

–¿Si he encontrado el qué? –preguntó con cautela.

–El grimorio –dijo Rutherford, sacudiéndose con creciente excitación–. ¿Has terminado de buscar en la biblioteca?

Olivia vaciló. Algo que no tenía sentido –algo que no había notado porque estaba demasiado distraída por la expectativa de encontrar el libro de conjuros–

surgió en el primer plano de su mente, como una señal de ¡PROCEDE CON PRECAUCIÓN!

–¿Por qué estás tan interesado? –preguntó lentamente-. ¿Y cómo es que sabías de *grimorios* antes de todo esto?

Rutherford pestañeó al mirarla.

–¿A qué te refieres?

–Lo que digo es... ¿cómo sabías que yo debería buscar un libro de hechizos? Tú dijiste: «Todos los brujos tienen uno». ¿Cómo sabías eso?

Por primera vez desde que Olivia lo conociera, Rutherford pareció buscar las palabras adecuadas. Dejó de sacudirse. Sus ojos se apartaron de los de Olivia hacia las hojas de las lilas que crujían detrás de ella.

–Bueno... –dijo, hablando esta vez mucho más lento, de modo que sus palabras solo salían un poco más rápido que las de la mayoría de la gente-. La práctica de la brujería era aparentemente muy común en la Edad Media. Historias de magia y hechicería, como las de Merlín y el hada Morgana, y... –se interrumpió, mientras sus delgados dedos doblaban el horario de clases una y otra vez-. Más tarde, cuando la escritura se hizo más extendida, las brujas y brujos eran conocidos por tener libros de hechizos, pero la mayoría de ellos no te los permitían ver... quiero decir que no se los permitían ver a nadie... –Rutherford se interrumpió otra vez. Cuando comenzó la siguiente frase, su voz había recuperado su ritmo habitual-. *Grimorio* es una palabra francesa; viene de *grammaire*, que es la palabra francesa para *gramática*, así que la palabra *grimorio* en realidad implica un conjunto de reglas de lenguaje –sus ojos se volvieron de nuevo hacia los de Olivia. Detrás de sus lentes manchadas parecían muy abiertos y ligeramente alarmados, pero por encima de ninguna otra cosa, parecían *esperanzados*-. ¿Lo has encontrado? –preguntó.

Olivia le sostuvo la mirada durante largo tiempo.

–No –dijo finalmente-. He estado buscando. Pero no lo he encontrado.

Rutherford asintió.

–Si lo encuentras, realmente me gustaría mucho verlo. Solo como un artefacto histórico, sería fascinante...

Olivia arrastró los pies sobre la hierba larga.

–Si es que lo encuentro –dijo sin comprometerse, apartando de nuevo la vista de él.

–Bueno, será mejor que me vaya –dijo Rutherford tras una breve pausa-. La pintura plateada de mi miniatura de Henry Tudor, Conde de Richmond, ya debe de estar seca. Tengo que añadir los detalles.

Y tras eso, Rutherford se dio la vuelta y caminó apresuradamente flanqueando la casa hacia la calle. Todo su cuerpo parecía inclinarse hacia delante, como si su cabeza tratara de moverse a más velocidad de la que le permitían las piernas. Olivia

se preguntó si iba a tropezar con sus propios pies y a caer de cabeza, pero llegó sin incidentes a la acera antes de desaparecer de su vista a grandes zancadas.

Se volvió hacia las oscuras ventanas de la vieja casa de piedra. El libro estaba dentro de la casa en alguna parte. Y solo la casa sabía dónde. Si el libro de hechizos era el cebo, entonces Olivia era el pez, y la casa iba enrollando lentamente el sedal.



**P**ara de empujar –gimoteó Morton mientras Olivia tironeaba de él hacia el cuadro que conducía a la entrada del ático.

–Tengo que empujarte o de lo contrario no cruzarás –argumentó Olivia–. Ahora date prisa.

–No puedo darme prisa contigo empujándome –murmuró Morton.

Estaban en la habitación rosa, muy adentrada la noche, y el aroma de bolas de naftalina y una vieja mezcla de flores secas flotaba en el húmedo aire nocturno. A través de las cortinas de encaje, la tenue luz de las farolas de la calle se filtraba como una neblina blanca, y si Olivia forzaba la vista podía descifrar los severos rostros de dos altísimos soldados de piedra uno a cada lado del imponente arco del cuadro que conducía al ático.

Esta pintura era diferente de los otros trabajos de Aldous. Esta no te llevaba a Otrolugar... no se trataba de un pequeño mundo al que pudieras trepar. Al atravesar el marco, no te hallabas en una ciudad antigua, sino en la oscura entrada del ático de la casa: el ático donde Aldous había creado todos sus cuadros hacía mucho muchísimo tiempo.

Y ahora, desde el otro lado del marco, Olivia podía sentir que algo tiraba de ella, como si hubiera un hilo invisible sujeto a sus costillas... algo que no tenía más remedio que seguir.

A su vez, Olivia tiraba de Morton, que se retorció entre sus manos como un lechón engrasado.

Teodoro, todavía en el papel de Sir Walter Raleigh, esperaba delante del cuadro, con sus ojos brillando en la oscuridad.

–¿Preparada, Su Majestad?

–Preparada –Olivia se agarró a la cola de Teodoro y mantuvo apretada la muñeca de Morton, a pesar de que Morton se retorciera malhumorado. Entonces, juntos, los tres atravesaron el marco hacia la oscuridad todavía más profunda. Mientras sus ojos se adaptaban, Olivia identificó un fino rayo de luna que corría a lo largo del borde inferior de una vieja puerta de madera. Por encima, había un pomo de metal redondo que brillaba pálidamente. Olivia sintió una ráfaga de corriente fría

mientras toqueteaba a tientas el pomo de la alcoba y empujaba la pesada puerta del ático.

Tan pronto como apareció un hueco, Teodoro subió los escalones, gritando:

–¡El Arca Raleigh entra en el Delta del Orinoco! ¡Adelante, camaradas, sin duda El Dorado se extiende río arriba!

Olivia lo siguió, subiendo lentamente. No había planeado regresar allí tan pronto. Sin las gafas, no podía entrar al ático por su cuenta, y el recuerdo de la larga noche que había pasado allí atrapada junto a la serpenteante y agitada sombra de Aldous McMartin era suficiente para reducir su curiosidad a un grumo diminuto. De hecho, Olivia pensaba que el grumo ya se había disuelto por entero. Pero ahora, mientras subía por las crujientes escaleras de madera, se dio cuenta de que su corazón latía no solo con miedo, sino también con excitación. El miedo era solo el borde que mantenía la excitación afilada. Mientras subía, Olivia sintió que una vez más estaba siendo empujada hacia delante, muy muy suavemente, como algo sostenido en el extremo de una larga y frágil cuerda.

–Ahora déjame –dijo enojado Morton, logrando al fin soltar su mano de la de ella.

Llegaron a la cima de las escaleras. El ático estaba sombrío; en lo alto, la ventana redonda que daba al patio trasero dejaba entrar un rayo de luz de luna. Olivia sacó una cerilla y encendió la vela que había traído consigo, metida en la cinturilla de su pijama. Bajo su luz parpadeante, miró a su alrededor el revoltijo de muebles y lienzos, el círculo de espejos todavía en pie donde ella los había dispuesto y, tal y como recordaba, el alto caballete salpicado de pintura de Aldous, cubierto con un trozo de tela colgante.

Teodoro se precipitó hacia delante como una flecha y rebotó sobre un sofá para llegar hasta las vigas.

–¡Horizonte despejado, tripulación! ¡Tierra a la vista! ¡Ah del barco! –vociferó–. ¡Elevad la vela mayor y clamad al cielo!

–¡No tan alto, Teodoro! –cuchicheó Olivia, pero el gato ya estaba saltando fuera de la vista a través de los rayos imprecisos.

Olivia dejó la vela sobre un viejo baúl de superficie plana. Sus rayos dorados arrojaban sombras vacilantes contra las paredes: oscuras y retorcidas versiones de maniquís de costura, vitrinas y percheros danzaban en los rincones, acechando y desapareciendo. Recorriendo un camino serpenteante entre los muebles, Olivia se dirigió al rincón más lejano del ático, donde había un montón de lienzos pintados apoyados contra la pared.

–¡Morton, ven a mirar! –llamó suavemente por encima del hombro.

Morton, que había estado moviendo adelante y atrás un magullado cañón, se puso en pie a regañadientes y avanzó arrastrando los pies por el suelo hasta agacharse junto a ella.

Miraron la pila de pinturas una por una, forzando la vista e inclinando los lienzos, a veces echándose hacia delante hasta que accidentalmente se golpeaban la cabeza el uno contra el otro y se miraban frunciendo el ceño con irritación antes de volver al trabajo. Había aldeas nevadas e imponentes jardines de mansiones, granjas tranquilas y el viejo establo de madera donde Olivia había encontrado a Baltus, el gran perro generalmente amistoso de Aldous McMartin. Pero no había libros... o al menos ninguno que se pudiera ver desde fuera.

—¿Teodoro? —llamó Olivia—. Quiero decir, Sir Walter Raleigh. ¿Puedes venir a ayudarnos, por favor?

Hubo un sonido sibilante desde el techo, y el gato cayó desde las vigas hasta el suelo delante de ellos.

—¿Lo ha encontrado, Su Majestad? ¿El Dorado, la ciudad de oro?

—¿De qué está hablando? —preguntó Morton, en voz no lo bastante baja.

—Tú finge entenderlo —le susurró Olivia. Luego, mirando los verdes ojos fanáticos de Teodoro, le dijo—: Puede que lo hayamos encontrado. Solo necesitamos buscar en todos estos sitios.

Teodoro miró la pila de pinturas, levantó la barbilla y con un movimiento amplio le ofreció su cola a Olivia. Ella la agarró. Con la otra mano, agarró a Morton, y hasta que la vela del ático ya casi se hubo consumido, estuvieron entrando y saliendo de Otrolugar.

Deambularon a través de aldeas nevadas, jardines de mansiones, granjas tranquilas y solitarios valles. Se arrojaron unos a otros bolas de nieve que luego se disolvían hacia atrás en montones relucientes, y recogieron flores que volvían a unirse a sus tallos. Fueron perseguidos por una bandada de gansos que graznaban y resultaron no ser tan pacíficos como parecían. Y, en la pintura de un río flanqueado por sauces, Olivia dio un traspie e hizo caer a la vez a Morton, de manera que ambos se salpicaron la cara con la gélida agua verde. Pero en ninguna parte encontraron un libro de hechizos.

Cruzaron de vuelta a través del cuadro del río, Teodoro haciendo aspavientos, Olivia, empapada, y Morton —aunque ya estaba de nuevo completamente seco—, frunciendo el ceño violentamente.

—Estoy cansado —anunció mientras Olivia escurría el agua de los puños de su pijama y Teodoro volvía a saltar hacia las vigas, gritando: «¡Cada hombre a su andarivel! ¡Levad el ancla!».

—Tú no puedes cansarte —le recordó Olivia.

—Estoy cansado de buscar —Morton se sentó en el suelo y se dejó caer de espaldas sobre una alfombra enrollada—. No hemos parado de buscar y buscar. Hemos registrado cada una de las pinturas de este estúpido viejo ático, y no hemos encontrado nada.

—Pero estamos tan cerca, Morton —dijo Olivia—. Te lo aseguro —incluso bajo la

débil luz de la decepcionante vela, podía ver la expresión escéptica del rostro de Morton.

–¿Cómo lo sabes?

–No estoy segura, pero simplemente puedo... puedo sentirlo. Es como... como si la casa me estuviera guiando.

Morton la miró con tanto recelo como si Olivia hubiese dicho que había recibido un consejo de un bocadillo de jamón.

Olivia suspiró.

–Tal vez hemos pasado algo por alto. Tal vez necesitemos revisar esos cuadros otra vez.

–Bueno, puedes revisarlos otra vez sin mí.

–Pero dos ojos son mejor que uno –señaló Olivia–. Quiero decir que cuatro ojos son mejor que dos. Me refiero...

–Se dice dos cabezas –dijo Morton–. Y además, si tantas ganas tienes de encontrar ese libro, deberías hacerlo por tu cuenta. Remar en tu propia canoa. Eso es lo que Lucy solía decir.

–¿Qué significa eso? –preguntó Olivia–. ¿Y quién es Lucy?

–Es mi... –dijo Morton, y se detuvo de repente mientras una expresión extraña asomaba a su rostro–. Era... mi hermana.

–¡Morton!... ¡Has recordado su nombre! –Olivia se puso en pie de un salto. Algunas gotas de agua salpicaron el suelo–. ¿No quieres encontrar ese libro y ver si puede ayudarnos a averiguar más cosas? Tal vez contenga un hechizo para recuperar los recuerdos perdidos, ¡o para fabricar una brújula que encuentre gente desaparecida o algo así!

Morton permaneció silencioso por un momento. Su expresión, cuando se volvió hacia Olivia, era difícil de interpretar.

–Tal vez no deberías encontrarlo –dijo.

–¿Qué?

–Les pertenece a *ellos* –dijo Morton–. Así que... tal vez no deberías encontrarlo.

–Pero los McMartins ahora ya no están –argumentó Olivia–. Tú lo *sabes*. Tú estabas *allí*.

Morton la miraba fijamente con expresión dudosa, con los labios fruncidos hacia un lado.

–Morton –comenzó Olivia, pero Morton se había levantado de un salto y se dirigía hacia las escaleras.

–No voy a seguir buscando contigo –dijo por encima de un hombro–. Y creo que tú no deberías buscar más. ¿Sir Walter? –llamó dirigiéndose hacia las vigas–. Ven y llévame a casa.

–¡A la orden, Sir Funda de Almohada! –Teodoro saltó desde las vigas hasta el respaldo de un viejo sillón, se propulsó con los cojines y aterrizó a los pies de

Morton. Los dos comenzaron a bajar las escaleras. Olivia no tuvo más elección que agarrar la vela y apresurarse tras ellos.



Olivia estaba tan rabiosa con Morton que ni siquiera le dijo adiós. En el momento en que él y Teodoro comenzaron a trepar al marco del cuadro de la calle Linden, ella se dio la vuelta y caminó fatigosamente hasta su dormitorio. Luego se quitó el pijama mojado y se enfureció todavía más cuando los botones se le engancharon en el pelo. Finalmente se puso un camisón y se tiró sobre las almohadas. Hershel rodó contra su cara. Olivia lo apartó de manera un poco brusca. Estaba tan enfadada que ni siquiera se dio cuenta de que Horacio había desaparecido.

Habían estado tan cerca... tan cerca... y de nuevo el libro se le había escurrido de los dedos. La sensación de que alguien tiraba de ella desde el otro lado de la puerta del ático se había vuelto ahora bastante incómoda, como si alguien estuviera tirando demasiado de una banda de goma. Olivia se preguntó qué pasaría si esta se rompía.

Enterró la cara en la almohada. Bien. Volvería a buscar mañana, *sin Morton*, si eso era lo que él quería. Buscaría también sin Teodoro, si pudiera. Si no fuera por esas estúpidas gafas rotas...

La almohada le arropaba la cabeza, amortiguando los crujidos y golpecitos de la vieja casa de piedra. Antes de darse cuenta, Olivia deambulaba a través de la ligera niebla del ensueño, pero al segundo siguiente estaba completamente despierta otra vez. Dio la vuelta sobre su espalda y miró fijamente el techo, aturdida. Algo había interrumpido su sueño. Algo que todavía susurraba a través de su mente como la cola de un dragón, o la cola del vestido de seda de una mujer.

Mientras miraba fijamente el techo, una imagen parpadeaba débilmente en su mente, disipando la niebla, acercándose más y más, hasta que casi pudo tocarla.

Era un libro.

Un libro enorme y con pinta de ser pesado.

Sujeto por un par de manos largas y huesudas.

Ella había visto ese libro antes en alguna parte. Estaba segura. Las últimas volutas de niebla se separaron como una telaraña que se desgarró, y en ese mismo momento, Olivia supo exactamente dónde estaba.

Salió corriendo de la cama hacia el pasillo. La débil luz del cielo antes del alba

procuraba a las paredes, al suelo y a los cuadros una variedad de tonos azules. Sus propias manos, que tanteaban la puerta del baño, tenían el tono pálido y azul nacarado de algo que se ahoga. Encontró la vela y la caja de cerillas y fue de puntillas hasta el vestíbulo.

–¿Sir Walter? –susurró tan fuerte como fue capaz–. ¿Sir Walter Raleigh? ¿Me oyes?

La cabeza manchada de Teodoro asomó desde la puerta abierta de la habitación rosa, justo delante de ella.

–¿Su Majestad?

Olivia avanzó apresuradamente por la alfombra.

–Sir Walter, creo que he encontrado la localización de... de ese lugar que tú dices. El Dorito.

–¿La Ciudad de Oro perdida? –susurró en respuesta Teodoro, con sus ojos verdes muy abiertos–. ¿La Perdición de Orellana? ¿El Vencedor de Pizarro?

–Sí –se apresuró a asentir Olivia–. Pero tenemos que darnos prisa. Tenemos que llegar antes del amanecer. ¿Me llevas de nuevo al ático?

–Ah, el pasaje del norte. ¡Sí, en efecto, Su Majestad! ¡Sígame! –y Teodoro giró en redondo, para precipitarse en la oscuridad.

En cuestión de segundos habían cruzado el marco y subían las escaleras polvorientas de vuelta al ático.

–¡Exploraré la orilla de sotavento! –anunció Teodoro, saltando sobre el revoltijo de cosas. Olivia apenas lo oía.

La sensación de que algo tiraba de ella era más fuerte y firme ahora. Inspiró profundamente, levantó la vela y se dejó llevar escaleras arriba, a través del suelo lleno de insectos y basura, hasta detenerse frente al caballete de Aldous. La tela que lo cubría tenía una gruesa capa de polvo, excepto en el lugar donde una vez sus propios dedos la habían sujetado para apartarla. Olivia sintió un pequeño pinchazo de excitación al pensar que nadie más la había tocado... que nadie había tocado nada de ese ático, de hecho durante años y años. Nadie salvo ella.

Olivia levantó la tela con una mano.

Debajo de esta, esperando sobre el caballete, estaba el cuadro sin acabar que Olivia ya había visto una vez. Se estremeció al verlo ahora. Había tratado de olvidarlo, pero su memoria debió de haberlo archivado en alguna parte... tal vez en aquel mismo cajón desordenado y raramente usado donde estaban revueltos sus antiguos números de teléfono junto con las reglas de varios juegos de cartas y la receta de la tarta de manzana crujiente. Ahora lo miraba de nuevo, y coincidía con la imagen que se había arrastrado a través de sus sueños.

El lienzo mostraba el interior de una habitación azul. En primer plano, sobre una mesa de madera oscura, reposaba un libro abierto. Y envolviendo el libro había unas manos de dedos largos y huesudos. Eran las manos de Aldous McMartin. Las

manos continuaban hasta las muñecas y terminaban, de repente, con una línea de pinceladas abruptas allí donde habrían estado los brazos de Aldous si este hubiera terminado el cuadro.

El corazón de Olivia se agitaba en su caja torácica como un pájaro atrapado. Ese era el libro de hechizos. No había duda. Aldous había construido un sitio seguro para él, y había planeado pintarse a sí mismo justo allí, con él entre las manos, montando guardia para proteger el libro. Pero debió de faltarle tiempo. Mientras Olivia permanecía de pie mirando el libro, la sensación de ser empujada se hizo más fuerte, hasta que llegó a parecerse a la fuerza de gravedad, ese tipo de fuerza que te hace caer por las escaleras antes de que puedas sujetarte a la barandilla.

–¿Sir Walter? –llamó Olivia, luchando por mantener su voz calmada–. Ven aquí. Te necesito.

Hubo un suave sonido sibilante proveniente del techo, y el gato saltó desde las vigas hasta la parte superior del caballete.

–Ordéneme lo que quiera, Su Majestad –declaró–. Navegaré hacia las colonias. Lucharé contra la Armada española. Haré...

–No necesito nada de eso –dijo Olivia–. Necesito meterme aquí dentro.

Teodoro estiró el cuello por encima del lienzo y miró la pintura.

–¡Oh! –dijo, con la voz de repente muy pequeña–. Ya veo.

–¿Puedes hacerlo?

Teodoro miró a Olivia. Cuando volvió a hablar, fue de nuevo con esa voz pequeña.

–Hay una diferencia entre *poder* y *deber*.

Olivia estaba sorprendida. Si había alguien que no conocía la diferencia entre *poder* y *deber*, ese era Teodoro. El mes pasado, se había escondido en las ramas de un árbol cercano a la acera y había bombardeado con piñas a todos los que pasaban mientras hacía el ruido de cañones explotando. Semanas más tarde, había cortado el cable de la araña de la biblioteca haciendo de Robin Hood... al estilo saltos sobre el mobiliario.

–¿Qué pasará si entramos ahí? –preguntó Olivia.

Teodoro aparentó pensar durante un momento. Era difícil saber si era así, porque se detenía a pensar muy raramente.

–Bueno –dijo por fin–, eso depende en realidad de ti. Lo único cierto es que sin duda *alguna cosa* pasará.

Olivia miró el cuadro, el grueso libro abierto, las dos manos apoyadas sobre él como dos arañas gigantes y pálidas. Y lo quiso. Nunca en su vida había querido tanto algo... ni un día nevado, ni un unicornio, *nada*... No iba a pensar en ninguna otra cosa ni haría ninguna otra cosa ni iría a ninguna parte hasta que no tuviera ese libro en sus manos. No estaba segura de que pudiera ir a ninguna parte. El tirón que sentía se había vuelto tan fuerte que hasta le costaba apartar los ojos.

–Entremos –susurró.

Teodoro asintió. Fue una forma de asentir rara... resignada y un poco triste. Pero Olivia no le estaba prestando mucha atención.

–Aunque necesitamos un plan –dijo apresuradamente–. Creo que tengo una idea.

Olivia no se lo dijo a Teodoro, pero en realidad la idea no era suya. La idea cayó dentro de su mente ya completamente formada, como un regalo..., exactamente igual que la imagen del libro cuando despertó de sus sueños agitados. Esforzándose para apartarse del cuadro, Olivia se apresuró a través de la habitación hasta una pila de cajas amontonadas en un rincón. Había algo en esas cajas que quería encontrar.

Olivia colocó la vela cuidadosamente en el suelo y abrió las tapas, apartando montones de sábanas antiguas, periódicos viejos, marcos de cuadros vacíos. Finalmente, en una caja enmohecida descubrió un viejo álbum de recortes, con sus delicadas páginas desmigajadas y las cubiertas atadas con una cuerda deshilachada. Normalmente, a Olivia le hubiera gustado revisar el álbum de recortes, fotos viejas e imágenes de antiguas revistas de moda, pero tenía demasiada prisa para ocuparse de eso ahora. Le dio la vuelta, calculó mentalmente su tamaño y su forma y patinó sobre el suelo hasta el caballete.

–Estoy lista –dijo–. Vamos.

Sin decir una palabra, Teodoro extendió su cola a Olivia para que la sujetara. Se dejó caer desde encima del caballete hacia el interior de la pintura. Inmediatamente, las manos se agitaron, levantándose del libro, buscando a tientas sus brazos inexistentes. La visión hizo estremecerse a Olivia. Pero se mantuvo agarrada a la cola de Teodoro y entró en la pintura detrás de él. Las inusualmente altas botellas de pigmento repiquetearon sobre el estante del caballete cuando sus pies les dieron una patada.

En el interior, casi se cae por el extremo de la larga mesa de madera. La habitación del cuadro era pequeña, casi contraída, con nada encima de la mesa excepto el libro y las manos. Las paredes azules estaban desnudas y sin ventanas. Olivia estaba segura de que aquella era una habitación que Aldous había creado solo para ese cuadro, para mantener el grimorio tan a salvo como pudiera. De nuevo sobre el libro, ahora las manos se retorcieron, como animales sintiendo un disturbio en el aire.

Olivia se sentó en el borde de la mesa y respiró profundamente. Con suavidad, abrió el álbum de recortes y lo dejó sobre la mesa, con sus bordes tocando los bordes del libro de hechizos. Miró las páginas del álbum. Pegada junto a una fila de flores prensadas que se habían vuelto marrones hacía tiempo, había una fotografía de dos niñas, cogidas del brazo y los rostros enmarcados por melenas rizadas y cuellos de encaje. Una era bonita, pero de expresión amarga, con los ojos y el cabello oscuros. La otra tenía el pelo más claro y una pequeña sonrisa helada, como si pudiera derretirse en caso de estar fuera del congelador. Olivia reconoció ambas

caras. Con una letra diminuta y desteñida, alguien había escrito: *Annabelle y Lucinda, 14 años*.

En la cabeza de Olivia, los engranajes comenzaron a girar.

¡*No hay tiempo para esto ahora!*, gritó la voz de su cabeza que controlaba esas ruedas dentadas. El libro de hechizos –el tesoro que había estado buscando, la herramienta que lo cambiaría todo– estaba apenas a escasos centímetros de ella, casi tan cerca como para poderlo leer. Este ejercía una atracción tan fuerte que a ella le sorprendía que los mechones de su pelo no flotaran hacia él, como si se tratara de un globo cargado de electricidad estática. Entre las manos pintadas sobre las páginas abiertas, ella pudo atisbar líneas irregulares escritas a mano, una caligrafía enroscada hecha por alguien que, desde luego, no habría visto un bolígrafo en su vida. La visión le aceleró el corazón.

–Bien –susurró al gato encogido junto a ella–. Necesito que provoques una distracción. Haz que las manos se separen del libro y yo pondré este otro en su lugar. Cuando yo diga «vamos», nos movemos. ¿De acuerdo? Bajó la vista hacia Teodoro, que miraba fijamente las manos como si pudieran explotar. Teodoro hizo un gesto de asentimiento diminuto.

–Vamos.

–¡A por ello! –rugió Teodoro, lanzándose sobre las manos, con las uñas fuera–. ¿Quién se atreve a emplear su fuerza contra Sir Walter Raleigh?

Como dos cangrejos gigantes, las manos saltaron desde el libro y se cerraron en torno al cuerpo del gato.

Olivia trató de alcanzar el libro de hechizos. Antes de llegar a rozarlo, sintió –o creyó sentir– que el libro caía en sus manos, como un gato que se deleita al poder refugiarse de la lluvia. Olivia apretó el viejo libro fuertemente contra su cuerpo. Era muy pesado, con sus páginas gruesas y sus tapas de cuero, y sus esquinas se habían reblandecido por los años de uso hasta parecer casi de terciopelo. Olivia acarició con calma el borde sus páginas cerradas. El libro pareció hundirse más profundamente en sus brazos.

–¡Ayyyyy! –chilló Teodoro, rebotando hacia arriba en el aire frente a ella, con las manos todavía en torno a su cuerpo. Con un sobresalto, Olivia recordó lo que pretendía hacer. Pero no podía dejar el libro. No quería apartar su atención de él, ni siquiera un segundo. Finalmente, apartó una sola mano del libro, justo lo suficiente como para poner el álbum de recortes en su lugar, y luego lo agarró de nuevo con fuerza entre sus brazos. Casi la asustaba apartar la vista de él, segura de que el libro desaparecería de sus manos.

–¡Suéltame, villano! –gritaba Teodoro, retorciéndose entre esas manos que lo apretaban con fuerza–. ¡O sentirás la ira del mejor espadachín de Inglaterra!

Olivia no lo escuchaba. Mientras el gato se revolcaba por la mesa, chillando una secuencia de insultos isabelinos («¡Esparaván desplumado con jeta de pergamino!»),

creyó oír Olivia), ella acariciaba el borde de las gruesas tapas de cuero del libro, dejando correr los dedos a lo largo de su lomo, que era al tacto casi tan suave como una piel viva. No quería soltarlo nunca.

Teodoro soltó un sonido ahogado y aterrorizado. Una de las manos había conseguido rodear su cuello y estaba a punto de estrangularlo.

–Su Majestad... –jadeó.

Con un suspiro reluciente, Olivia apartó los ojos del libro, sujetándolo firmemente contra un costado y apretándolo fuertemente con el codo. El libro estaba pegado a su cuerpo como un imán.

–¡Aguanta, Teodoro! –le ordenó. Pero Teodoro estaba demasiado histérico como para escucharla. Mientras él pateaba, lanzaba zarpazos y se esforzaba por respirar, Olivia agarró salvajemente una de las manos. Al principio su piel fría y pintada se revolvió dentro de su puño. Era como un paquete de gelatina fría, pero los huesos se retorcían y movían dentro de su puño. Mientras Olivia la sostenía, esta se agitaba, girando y tanteando, con los dedos culebreando entre los de ella. Reprimiendo un grito, Olivia sacudió el brazo y la mano salió volando, golpeando la pared azul con una bofetada. En el suelo, dio una voltereta y se apresuró a subir por la pata de la mesa, con sus protuberantes articulaciones a toda velocidad.

En la superficie de la mesa, Teodoro yacía panza arriba, pateando débilmente el aire.

–¡Ataca, hombre, ataca! –graznaba.

Sujetando el libro de hechizos debajo del brazo para que las dos manos le quedaran libres, Olivia tironeó de la mano que aún seguía en el cuello de Teodoro y la hizo bajar hasta el álbum de recortes. La mano se quedó quieta. Pasó los dedos por las páginas desgastadas del álbum de recortes. La mano izquierda, que había subido por la pata de la mesa se colocó sobre el álbum de recortes por el otro lado.

Olivia dirigió su mirada al libro de hechizos. Estaba todavía a salvo bajo su brazo, y en sus cubiertas había un brillo tan suave como el de la seda.

–Vámonos de aquí, Teodoro –ordenó Olivia.

Teodoro sacudió la cabeza atontado, esperó a que Olivia se agarrara de su cola y saltó de vuelta hacia el ático.

A salvo en el exterior de la pintura, Olivia alzó la vista hacia el caballete. Dentro del lienzo, las dos manos largas y huesudas se habían enroscado en torno al álbum de recortes abierto, en la misma posición que tenían antes. Apretó el pesado libro de hechizos contra su pecho. Su corazón latía contra la cubierta como un puño que golpea una puerta.

–Muy bien, Sir Walter –susurró al gato que jadeaba en el suelo junto a ella–. Ahora salgamos de aquí.





**E**n un rincón del ático, la pequeña vela chisporroteó hasta casi extinguirse. Olivia se apresuró a atravesar la estancia y recogerla. Bajo su luz, echó un primer vistazo al libro de hechizos de los McMartins.

Sus tapas de cuero se habían desgastado hasta adquirir un tono ámbar intenso. En algunas zonas estaban cubiertas de protuberancias y abolladuras, pero en otras eran tan suaves como un cristal... tal vez allí donde durante centenares de años las manos las habían frotado. El antiguo repujado parpadeaba aquí y allí en su superficie, como finos hilos cosidos al cuero. Olivia estaba tan fascinada que casi pasó caminando por encima de Teodoro, que la estaba esperando en la parte superior de las escaleras.

—Eh, Olivia —dijo, apartándose del camino—, antes de que salgamos, ¿te importaría... podrías cubrir ese cuadro de nuevo?

Olivia volvió la vista hacia el lienzo inacabado. El brillo pegajoso de la pintura ondeaba a la luz de la vela. Las manos incorpóreas de Aldous aferraban el álbum de recortes. Ella se apresuró a colocar la tela polvorienta de nuevo en su sitio. La pintura desapareció como un escenario en medio de dos cortinas cerradas.

Teodoro no habló mientras bajaban las escaleras y cruzaban a través del arco pintado. Guardó silencio en la habitación rosa, guardó silencio en el pasillo y guardó silencio en el lavabo, donde Olivia se detuvo para dejar la vela agonizante, liberando así las dos manos para poder apretar el libro contra su cuerpo.

Incluso cuando regresaron al dormitorio de Olivia, Teodoro no dijo nada. En el umbral de la puerta, hizo un pequeño sonido al aclararse la garganta antes de precipitarse por el pasillo, pero Olivia estaba demasiado preocupada por el libro como para notarlo. Tenía el libro de hechizos de los McMartins en sus manos. Cualquier otro pensamiento simplemente se alejaba flotando, como pelusas frente a un ventilador eléctrico.

Se deslizó dentro de la cama, encendió la diminuta lámpara de lectura e inclinó el libro sobre sus rodillas. Era pesado y casi tan ancho como el cuerpo de Olivia, pero reposó confortablemente en su regazo. Horacio y Leopoldo nunca se acomodaban de esa forma. Teodoro prefería meterse en un buzón antes que acurrucarse en su regazo, aunque hacer lo primero significara sufrir alguna conmoción en el proceso.

Suavemente, Olivia acarició la gastada tapa de cuero, y el libro pareció brillar entre sus dedos. Entonces, mientras lo observaba, las zonas del cuero donde había reflejos grabados adoptaron una forma familiar: una forma tan erosionada y ornamentada, con sus remolinos y florituras y cuarteados trazos dorados, que ella no la había reconocido antes. Era la letra M.

Olivia movió los pies debajo de las sábanas. Se sentía como si estuviera a punto de desenvolver un montón de regalos de cumpleaños, pero con la excitación multiplicada por cien. No habría jerséis toscos, complicadas calculadoras ni juegos de matemáticas con nombres como «¡Vamos a divertirnos!» en el interior de esa sorpresa.

Inspiró profundamente, haciendo durar el momento. Entonces levantó la cubierta, abriendo por fin el libro.

En la gruesa portada amarillenta había el boceto de un árbol alto casi sin hojas, elaborado con trazos de tinta azul marino.



El tronco del árbol era grueso y estaba torcido, dividido en una maraña de ramas y ramitas, todas uniéndose y doblándose y bifurcándose. Olivia tenía que forzar la vista para ver, pero en cada rama y cada ramita había un nombre escrito, con una

letra diminuta y puntiaguda. La mayoría eran nombres que ella no había visto nunca antes: Athdar McMartin, Ansley McMartin, Aillil McMartin. Pero cerca de la cima, en el mismo centro del árbol, Olivia halló un nombre que reconoció: Aldous McMartin. Ese nombre se ramificaba hacia Albert McMartin y luego hacia Annabelle McMartin. La rama que salía desde Annabelle no llegaba a ninguna parte. Seguía extendiéndose entre las hojas azules en la parte superior de la página, menguando hasta convertirse en una línea tan delgada que finalmente se volvía invisible.

Olivia se recostó más profundamente en las almohadas y giró la página con cuidado.

*Conjuro para dormir.* La palabra *conjuro* envió una pequeña sacudida hasta la punta de sus pies. Olivia echó una ojeada a la gruesa página amarillenta. Había muchas palabras que no reconocía —*valeriana* y *ensalmar* y *uña de bruja*—, pero la mayoría de palabras se referían a cosas que conocía o más o menos conocía, como *camomila* y *belladona*. Aunque las palabras fueran familiares, como *taza*, *agua* o *ala de pájaro*, la delicada y espinosa caligrafía las transformaba en algo misterioso y completamente nuevo.

La primera parte del libro parecía enteramente dedicada a cuestiones relacionadas con el sueño. Había hechizos para atraer sueños dulces o para enviar pesadillas, y conjuros para que los sonámbulos trajeran cosas para ti. Al leer sobre el sueño le estaban entrando ganas de dormir. Olivia se acomodó sobre la espalda, sujetando el libro por encima de ella y pasando a la siguiente sesión. Allí había conjuros que se parecían más a recetas: venenos para ganar corazones y borrar los recuerdos, una tarta que lograba que todos los que la comieran se enfadaran unos con otros.

Olivia continuó leyendo, luchando contra el cansancio que amenazaba con cerrar sus párpados. *Para atraer cortes con papel. Para provocar dolor de cabeza. Para causar flatulencia incómoda.* (Olivia tuvo que buscar eso de «flatulencia» en el diccionario.) *Para provocar fiebre. Para romper un hueso.* Las instrucciones se complicaban cada vez más y más, llenas de ingredientes que ella no identificaba o no podía imaginar reunir: como lenguas de rana. ¿Podría alguna persona conseguir lenguas de ranas? Olivia sabía que había gente que comía ancas de rana, pero nunca había visto lenguas de rana en una tienda de comestibles...

*Espera un momento*, dijo una voz lejana que empujaba para abrirse paso desde un rincón en la mente de Olivia. ¿No había allí alguna cosa que se suponía que estaba buscando? Olivia apartó los ojos del libro por un momento y miró alrededor de la habitación. El cielo detrás de la ventana estaba muy débilmente iluminado, como tela de un púrpura intenso tras muchos años de ser lavada. Podría tratarse del amanecer o del crepúsculo. Se parecía al cielo del mundo de Morton.

*Morton.* Olivia se enderezó de un salto. Era eso. Se trataba de encontrar una forma de ayudar a Morton. Sus ojos recayeron sobre el libro. Pero había tantas

páginas que pasar, tantos hechizos interesantes que leer... Había mucho tiempo para pensar en Morton. Ya lo haría más adelante.

Olivia apoyó la cabeza en la almohada y volvió a levantar el pesado libro. Si al menos no tuviera tanto sueño...

Las pestañas le pesaban en los párpados como un centenar de pequeños flecos de cortina. Se le empezaron a doblar los brazos. El libro se deslizó, suavemente, pesadamente, y acabó descansando sobre las costillas de Olivia. Respiró el olor polvoriento. Oía como el suelo de una tienda antigua, como unas zapatillas de ballet escondidas en un cajón durante años, y como algo más intenso, tal vez óxido o canela. Tal vez como las huellas dejadas quinientos años atrás, en Escocia, en una casa convertida ahora en cenizas.

Cuando cayó dormida, fue con la luz todavía encendida y el libro abierto formando un pequeño tejado encima de su corazón. Durante el resto de la noche deambuló a través de sueños llenos de árboles, manos que la agarraban y papeles volando. En el sueño más largo y más claro, ella era parte del terreno –o estaba en el terreno o debajo del terreno– con un árbol creciendo en su corazón, con su pesado tronco tratando de llegar desde ella hasta el cielo.

Olivia dormía y dormía y dormía. Sobre su pecho, el libro se alzaba y caía con cada respiración.



**A**lgo hacía un sonido estruendoso. Olivia se hundió profundamente en las almohadas y cerró los ojos con más fuerza.

–No, gracias –murmuró–. No necesito relleno.

Pero aquel ruido sordo continuaba. Lentamente, Olivia abrió los ojos, y la hamburguesa y la coca-cola que había estado disfrutando se desvanecieron dentro de la arrugada colcha de su cama. El libro continuaba abierto sobre su pecho, su habitación estaba empapada de brillante luz amarilla, ella estaba muy pero que muy hambrienta y un enorme abejorro golpeaba tozudamente su cara contra la ventana.

Olivia miró el reloj despertador: 12:31, decían los dígitos rojos. No había dormido hasta tan tarde en toda su vida, ni siquiera cuando deliraba con una fiebre de cuarenta grados y creía que los dedos de sus pies habían sido intercambiados de lugar. No era extraño que tuviera hambre.

Vestida con unos pantalones cortos bastante limpios y una camiseta, y llevando el libro de hechizos con los dos brazos, Olivia dio un traspiés en las escaleras del pasillo.

–¿Mamá? –llamó–. ¿Papá? –pero la gran casa permanecía silenciosa.

Bajó al trote las escaleras, con el pesado libro golpeando contra su cadera, y estiró el cuello desde un rincón hacia los relucientes cuarterones tallados de las puertas dobles de la biblioteca.

–Hola. ¿Hay alguien en casa? –su voz se alzó contra las paredes y se extinguió.

En la cocina, había una nota escrita con la letra de su madre colgada en la puerta de la nevera:

–Buenos días, querida –leyó–. Hemos ido al campus. Estaremos de vuelta entre las 16:06 y las 16:09 dependiendo del tráfico y otras variables. Sírvete tú misma un sexto de la lasaña para comer. Con amor, Mamá y Papá.

Olivia decidió que prefería un gran tazón de Bocaditos de Gatitos hinchados y azucarados antes que averiguar cuánto era un sexto de la lasaña. Colocó el libro de hechizos en la encimera frente a ella, se sirvió un cuenco de cereales y se sentó en uno de los taburetes altos. Por un segundo, tuvo la tentación de ofrecerle al libro un poco de cereales... Pero eso era una tontería, por supuesto.

Olivia a menudo leía mientras comía (o comía mientras leía, ya que leer era la

actividad que normalmente realizaba antes y después de la comida). Pero esta mañana, por mucha hambre que tuviera, sus cereales estaban muy pastosos. Cada vez que intentaba dirigir la atención a sus Bocaditos de Gatitos, cada vez más inflados, el libro parecía tironear de ella de nuevo, urgiéndola a leer una palabra más, una nueva línea, otra página. Y pronto llegó a una serie de hechizos que casi le hacen olvidarse del desayuno por completo.

*Para conjurar a un ayudante de brujería,* decía el primero.

Olivia leyó por encima la lista de ingredientes. Era un hechizo horrible, que involucraba sangre humana y un ojo de gato, y algo que tenía que salir del estómago de un sapo. Cuando todos los ingredientes se combinaban y hervían todos juntos en un fuego de ramas viejas bajo la más delgada luna creciente, aparecería una criatura, llamada desde otro mundo para servir a su maestro. Para siempre.

Sus ojos escudriñaron el hechizo de nuevo. Así había sido como los McMartins tomaron posesión de Horacio, Leopoldo y Teodoro. Ella imaginó a algún McMartin muerto mucho tiempo atrás –tal vez fuera Athdar o Aillil, o alguien incluso más lejano en aquel árbol familiar dibujado en tinta azul– de pie junto al brillo rojo de una hoguera en las escarpadas colinas escocesas. Olivia apartó a un lado el tazón de cereales y acercó el libro.

*Para controlar a tu ayudante,* decía el siguiente conjuro. *Para castigar a tu ayudante.* Y finalmente: *Para convocar a tu ayudante.*

Las palabras se acomodaron en la mente de Olivia como una llave en una cerradura invisible. Casi podía oír el ruido del cerrojo retirándose, el engranaje poniéndose en marcha. Si lograba hacer funcionar ese hechizo, sería capaz de explorar lo que había debajo de la trampilla del sótano. Leopoldo no estaría allí montando guardia sin una razón, tenía que haber algo allí dentro, algo importante, algo que revelaría nuevos secretos acerca de la casa, los McMartins o el mundo de Otrolugar. Ella podía usar aquel conjuro para apartar a Leopoldo del camino.

Sin desviar los ojos del libro, Olivia cogió una cucharada llena de cereales y masticó distraídamente. Los pasos del proceso parecían bastante simples; no tenía que enterrar nada durante seis meses y desenterrarlo a la luz de la luna llena (esa era una de las instrucciones que había visto en otra página), y tampoco tenía que hacer nada que pudiera ocasionar un incendio accidental en la casa. Ese hechizo solo requería tiza, leche, «un rastro de tu ayudante: pelo o pluma, piel o cabello» y varias plantas poco comunes. Olivia tenía la leche y la tiza, podía conseguir el pelo... y sabía dónde buscar las plantas poco comunes.

Golpeó los talones contra los travesaños del taburete, pensando. Ese hechizo sería una buena forma de empezar a experimentar. Tal vez ni siquiera llegara a funcionar, y si funcionaba, nadie resultaría herido... nadie tenía que dar sangre para

la mezcla, ni había ranas que tuvieran que perder su lengua. Además, si tienes que experimentar con alguien, ¿por qué no experimentar con un amigo?

Por otra parte, si tenía éxito, sabría que el libro funcionaba y que era capaz de lanzar otros hechizos. Si A es igual a B, y B es igual a C, entonces puedes... o lo que sea que sus padres decían siempre sobre la causalidad. Por lo tanto, con un poco de práctica en el uso del libro de hechizos, tendría una oportunidad mejor para ayudar a Morton.

El recuerdo de Morton la golpeó en el fondo del estómago como una tarea desagradable. Ayudar a Morton era tan solo una de las numerosas cosas que podía hacer con aquel libro maravilloso. Y sería bastante tonto y aburrido usarlo solamente para ayudar a Morton. Sería como acudir a un *buffet* gigantesco y comer solo zanahorias y apio cuando había toda una mesa de postres preparada, llena de tartas, galletas, trufas de chocolate y helado de crema esperando en una gran máquina plateada...

A Olivia le hizo ruido el estómago. Tomó otro bocado de cereales pastosos.

Ya se decidiría a ayudar a Morton más adelante. Además, si Morton no se hubiera mostrado tan inútil y testarudo en el momento de ayudarla a buscar el libro de hechizos, tal vez ella se sentiría más inclinada a ayudarlo a él ahora.

Cuando Olivia ya había rebañado la última cucharada del mejunje rosado blanduzco que se había formado al fondo del tazón, el reloj del microondas marcaba las 13:22. Tenía (Olivia hizo un lento y doloroso cálculo matemático en su cabeza) dos horas y ochenta y cuatro minutos antes de que sus padres volvieran a casa. Un momento... eso no sonaba bien. Olivia restó de nuevo. Dos horas y sesenta y cuatro minutos. No era mucho tiempo.

Se bajó del taburete, sujetando el libro abierto contra su pecho, y se dirigió hacia la puerta del sótano. Una corriente de aire frío se arremolinó alrededor de sus pies desnudos al abrirla de un golpe. Para mantener el libro al abrigo de la vista de Leopoldo, Olivia lo colocó cuidadosamente sobre el peldaño superior. En cuanto dejó el libro en el suelo, sus brazos ansiaron recogerlo otra vez. *Solo serán unos segundos*, se dijo a sí misma... o tal vez se lo estaba diciendo al libro. *Vuelvo enseguida*. Mirando por encima del hombro una y otra vez, Olivia se adentró en la oscuridad.

–¿Leopoldo? –llamó.

–A tu servicio, señorita –respondió una voz grave.

Olivia tiró de la cadena de una de las bombillas polvorientas, y en un rincón, un par de ojos verdes de repente se ubicaron dentro de una gran cara negra.

Olivia se sentó frente al gato. El suelo del sótano estaba tan frío contra sus piernas que prácticamente esperaba que se congelasen y quedasen pegadas contra la piedra, como cuando se aprieta la lengua contra una barandilla escarchada. Leopoldo la estudió con calma.

–¿Cómo estás, Leopoldo? –preguntó Olivia, con una sonrisa que pretendía parecer despreocupada.

–Preparado para el deber, señorita –dijo el gato.

–¿El deber? –repitió Olivia, frunciendo el ceño. Luego se dio una palmada en la frente, fingiendo que acababa de recordar la trampilla–. ¡Oh, desde luego! Tu puesto –bajó la vista hacia los profundos bordes de la puerta–. Debe de ser tan aburrido pasar horas sentado aquí solo, en el mismo viejo lugar, día tras día...

–Lo cierto es que no, señorita –discrepó Leopoldo, abriendo mucho los ojos–. Después de todo, el precio de la seguridad...

–Es la eterna vigilancia. Lo recuerdo –Olivia movió las piernas en el suelo helado. Tan solo a unos centímetros de su rodilla, el contorno de la trampilla marcaba un profundo corte en la piedra–. Pero a veces debes de sentirte incómodo –continuó–. Quiero decir, ¿no te gustaría frotar la cabeza contra algo suave? ¿O tener alguien al lado que te rascara entre las orejas?

Leopoldo parecía ligeramente sorprendido, como si acabara de recordar que tenía orejas. Luego inclinó la cabeza hacia un lado.

–Bueno, a un soldado no le gusta quejarse, señorita.

–Por supuesto que no –Olivia asintió con actitud comprensiva–. Pero mientras yo esté aquí... –extendió la mano.

Leopoldo bajó la cabeza y dejó que Olivia frotara largamente sus orejas. Sus brillantes ojos verdes estaban cerrados, y un ronroneo profundo como el motor de una lancha comenzó a retumbar desde su pecho. Olivia ya podía ver varios mechones de brillante pelo negro pegado a la palma de su mano. Juntó sus dedos para atraparlos. Luego volvió a mirar la cara de dicha de Leopoldo. Tal vez fue la confianza con que su cabeza se apretaba contra su mano, tal vez fue el sonido de su ronroneo, pero algo hizo que Olivia quisiera darle a Leopoldo otra oportunidad para que la dejara atravesar la trampilla con su autorización.

–Leopoldo –lo aduló–, ¿tú y yo podríamos...?

Leopoldo volvió a recuperar su posición erguida.

–No, no podemos.

–¡Pero si ni siquiera sabes lo que te iba a decir! –protestó Olivia–. Tal vez iba a decir «¿tú y yo podríamos hacer una fiesta de postre helado aquí en el sótano para todos los ciempiés y las arañas?».

Leopoldo entrecerró un ojo.

–¿Eso es lo que ibas a decir?

–Bueno, no.

–Ya me parecía... –Leopoldo sacó el pecho, bastante orgulloso de su propia perspicacia.

Olivia se acercó más, poniéndose frente a frente del gran gato negro.

–Leopoldo, ¿por qué no puedo ver lo que hay debajo de la trampilla? –

preguntó-. ¿Crees que me asustaría? ¿Crees que verlo no es seguro para mí? ¿Hay algo que no debería ver? ¿Qué?

Leopoldo se puso rígido.

-No es seguro para ti conocerlo, señorita.

-¡Leopoldo! -Olivia gimió, balanceándose hacia atrás y mirando con rabia el techo cubierto de telarañas. Por un momento, consideró la posibilidad de sacar al gato de la trampilla de un empujón, e incluso la de cogerlo y lanzarlo a un lado. No estaba segura de si podría levantarlo del suelo, aunque ella era más grande que él; si lo empujaba con todas sus fuerzas sería capaz de deslizarlo a un lado... Pero no... no podía hacer eso. Sería como empujar a un policia. Inspiró profundamente-. Leopoldo, por favor -dijo, manteniendo la voz tan suave como pudo-. *Necesito* saber lo que hay ahí adentro. Y no voy a renunciar solo porque tú digas que no.

-Señorita... -dijo Leopoldo, dedicándole una mirada que tenía una pequeña nota de algo... ¿era tristeza?-. Por favor, créeme cuando te digo que estamos haciendo lo que pensamos que es mejor para ti.

-Todo el mundo cree saber lo que es mejor para mí -murmuró Olivia, poniéndose en pie de un salto y alejándose, con varios mechones de pelo de Leopoldo todavía guardados en un puño. Tiró de la cadena de la bombilla tan fuerte como pudo, dejando el sótano sumido en la oscuridad. No miró atrás por encima del hombro para comprobar si los ojos de Leopoldo la seguían mientras subía las escaleras pisando con fuerza. No necesitaba mirar. Sabía que él sí la estaría mirando.

Olivia cerró de un portazo la puerta del sótano y entró en la cocina, con el libro de hechizos a salvo en sus brazos. Luego formó con los mechones de pelo negro una prolija pelota pequeña y se la guardó en el bolsillo. Le había dado a Leopoldo una última oportunidad, y él no la había aprovechado. Todo lo que pasara a continuación sería culpa de él. Después de todo, aquella era *su* casa, no la de él. Y aquel era su libro. Y en el exterior, crujiendo en la débil y húmeda brisa, estaba *su* jardín. Corrió hacia la puerta trasera. Pero antes de que pudiera bajar el segundo escalón, se detuvo tan abruptamente que casi se le cae el libro.

Horacio estaba sentado sobre un rayo de sol que se derramaba a través de las ventanas de la cocina, con su largo pelo naranja brillando alrededor de su cuerpo como un intenso halo. La había estado esperando.

Olivia sintió la urgencia de esconder el libro de los agudos ojos verdes del gato. Lo apretó contra su pecho, envolviéndolo con los dos brazos para que las tapas quedaran al menos parcialmente ocultas. La expresión del rostro de Horacio la hizo ver hasta qué punto eso era inútil.

-Yo... -comenzó Olivia, pero Horacio se levantó en aquel momento. Dio un paso muy pequeño hacia Olivia, con sus finos bigotes blancos temblando y sus

ojos verdes brillando. Olivia dejó de hablar. Se miraron fijamente el uno al otro. El silencio se estiraba entre ellos como un elástico. Olivia se preparó para que este se rompiera con un silbido o un gruñido o un chillido de Horacio, pero no ocurrió. En lugar de eso, fue Horacio quien se encogió. Se fue alejando de Olivia, guardando cada vez más distancia.

–Sé que no te gusta escucharme, Olivia –dijo suavemente. Su voz normalmente afilada sonaba ahora como si hablara bajo una mordaza, como si algo en él estuviera siendo contenido–. Prefieres cometer tus propios errores antes que aprender de los terribles errores de otros. Hasta ahora, has sido afortunada, y has sobrevivido a esos errores... a esos muchos, *numerosos* errores.

Olivia abrió la boca, pero Horacio continuó antes de que ella pudiera interrumpirlo.

–Ahora, puedes continuar siendo afortunada, o puedes empezar a ser inteligente. Y solo puedes controlar una de esas cosas, Olivia. Espero que hagas la elección correcta.

Entonces, mientras Olivia lo observaba, el enorme gato naranja pasó trotando en silencio junto a ella hacia el vestíbulo sombreado.

Olivia titubeó, yendo de atrás hacia adelante entre el trasero de Horacio que se alejaba y la puerta trasera que esperaba, como la aguja de un compás roto. El peso del libro se inclinaba contra sus costillas. Todas las dudas que había empujado hacia los rincones de su mente asomaron de nuevo, discutiendo en una tormenta de pequeñas voces autoritarias. Bajó la vista hacia el libro. Los rayos de sol que Horacio había abandonado daban sobre el cuero gastado, trazando hilos de fuego en la letra dorada M.

*M de Mío*, dijo Olivia para sí.

Y entonces, en medio de esa tormenta de voces, Olivia sintió la fuerza que había estado esperando: un suave pero insistente tirón que empezaba en su pecho. Tiraba pacientemente, como un trozo de hilo dental en torno a un diente que está suelto. Era el mismo tipo de tirón que había sentido en el ático, y que la había conducido hasta el cuadro del caballete. Ahora la estaba conduciendo a alguna otra parte. Con un primer paso vacilante, y luego otro y otro más, Olivia dejó que la casa la guiara por las baldosas de la cocina hacia la puerta trasera, a través del porche, y por las escaleras que bajaban al jardín que la estaba esperando.



**D**e pie ante el borde del descuidado jardín, Olivia casi podía ver la trampilla que se abría chirriante ante ella. En alguna parte de aquel frondoso caos yacía la llave que la abría. De hecho –Olivia se dio cuenta con un pequeño sobresalto de su corazón–, ahora que ella tenía el libro de hechizos, el jardín podría abrir un montón de puertas que ella ni siquiera sabía cerradas. Por encima del hombro, la vieja casa de piedra se alzaba amenazadora, vigilándola.

Aparte de la señora Dunwoody, que ocasionalmente arrancaba algún puñado de malas hierbas, nadie había hecho nada en el jardín desde que murió la vieja señora McMartin. Si era posible, parecía todavía más revuelto y exuberante que en el último mes. Las plantas con hojas de terciopelo púrpura y las plantas con pequeñas bocas dentadas estaban todavía allí, junto con las flores que parecían ojos mirando fijamente, y las bayas que parecían sacos de huevos de araña. En medio de aquel desastre, Olivia creyó reconocer el retorcido brote verde que la había pellizcado cuando trató de arrancarlo. También reconoció el perejil, porque siempre estaba al lado del pepinillo con eneldo en los sándwiches de queso a la plancha. Todo lo demás era un frondoso misterio.

Se arrodilló, con cuidado de no apoyar las rodillas en nada que pudiera dejarle pinchazos en la piel, y abrió de nuevo el libro por la página donde estaba el conjuro para convocar a un ayudante. Además de la leche y la tiza, necesitaba encontrar hierba gatera, diente espinoso, ortigas y bayas de murciélago. Las ortigas picaban, como muy bien sabía Olivia... había tropezado con más de una de ellas mientras deambulaba sumida en sus ensoñaciones diurnas a través de las zonas silvestres de los parques... y la hierba gatera debía de oler bien, al menos para los gatos. Puede que oliera a atún. Olivia se inclinó sobre una zona de tallos frondosos e inhaló profundamente. Podía notar olor a menta y a tierra y a algo que le recordaba el sabor de la sangre cuando la lames al hacerte un corte con un papel, pero no olor a pescado.

Mientras gateaba hacia la derecha, todavía olisqueando, hubo una suave y casi imperceptible sacudida en el seto de lilas cercano. Olivia dejó de olisquear. Se inclinó hacia atrás sobre sus tobillos, colocando cuidadosamente el libro a su

espalda, donde no pudiera ser visto. Escudriñó la hilera de arbustos de lilas. Las hojas eran demasiado gruesas como para que pudiera ver lo que se había movido... si había sido un gato al acecho, o la señora Nivens espiándola, o tan solo la brisa al topar con el borde de las lilas. Pero el seto no volvió a moverse. Tal vez había sido su imaginación.

Y entonces, justo cuando estaba a punto de volver a su tarea, las ramas de las lilas se doblaron y crujieron, y Rutherford Dewey entró en su jardín a través del seto.

–Veo que has encontrado el grimorio –dijo, sacudiéndose una ramita de lila de su camiseta arrugada del dragón azul.

Olivia sintió que su corazón saltaba tan alto en su garganta que tuvo miedo de que se le quedara atascado detrás de la campanilla. Tragó saliva para empujarlo de nuevo hacia abajo.

–¿Me has estado espiando? –siseó.

–Espiar implica estar observándote sin que lo sepas –Rutherford se balanceaba de atrás hacia adelante con sus mocasines. Una hoja de lilas, pegada en sus despeinados rizos, se sacudía de atrás hacia adelante también–. Pero ahora tú sabes que te estaba observando, y como nunca pretendí hacerlo en secreto, creo que podría decirse que no te estaba espiando.

A Olivia le hubiera gustado discutir eso, pero no tenía ni idea de cómo. En lugar de hacerlo, se limitó a apretar el libro con fuerza contra su espalda y miró a Rutherford frunciendo el ceño de la manera menos amable posible.

Rutherford no se sintió intimidado.

–¿Crees que el grimorio es funcional? –preguntó, adentrándose más en el jardín, y hablando tan rápido que Olivia tenía que volver a oír las palabras en su cabeza a cámara lenta–. ¿Ya has experimentado con algún hechizo?

Por un momento, Olivia apretó su mano contra las páginas del libro abierto mientras sus pensamientos se escabullían, sin llegar a ninguna parte. Era demasiado tarde para mentir. Rutherford ya había visto demasiado.

–No –dijo finalmente, sonando bastante enfadada–. No lo he hecho. Estoy buscando algunos ingredientes, y luego *tal vez* lo intente. Pero no sé si lo haré.

Rutherford se dejó caer de rodillas cerca de ella, haciendo que Olivia se escabullera unos centímetros más lejos.

–¿Qué estás buscando exactamente?

Sin hablar, Olivia apartó el libro de su cuerpo y lo dejó caer entre los dos. Señaló la lista de plantas.

–Interesante –murmuró Rutherford–. Hierba gatera, ortigas... pero nunca he oído hablar de bayas de murciélago. ¿Cómo las vas a identificar?

–Supongo que será algo que se parezca a un murciélago –respondió Olivia–. O algo que un murciélago pueda comer.

Rutherford asintió.

–¿Y tienes alguna hipótesis acerca del diente espinoso?

Olivia se encogió de hombros.

–Pensaba buscar algo que parezca espinoso. O dentado.

–Muy lógico –dijo Rutherford con aprobación–. Por supuesto, puede que tengas que experimentar varias veces, con múltiples combinaciones, para poder limitar las variables.

Olivia pestañeó.

–¿Quieres encargarte de las ortigas o debería hacerlo yo? –preguntó él, inclinándose sobre el montón de plantas.

Olivia abrió la boca para decirle a Rutherford que era ella la que debería encargarse de las ortigas, y que él debería encargarse de ocuparse de sus propios asuntos, pero no tuvo la oportunidad. En aquel momento una voz aulló «¡Rutherford!» y, al momento siguiente, la señora Dewey se apresuraba a doblar la esquina de la gran casa de piedra en dirección al jardín. El corazón de Olivia dio un salto de pánico. ¿La señora Dewey los habría estado observando a través del seto? Y si lo había hecho, ¿cuánto habría oído? Olivia solo tuvo tiempo para cerrar el libro de hechizos y sentarse encima de él antes de que la sombra con forma de muñeco de nieve de la señora Dewey se cerniera sobre ellos.

–¡Rutherford Dewey! –dijo sofocada la señora Dewey. Miró a Olivia, y su sonrisa se convirtió en una diminuta sonrisa rosada–. Oh, hola, Olivia querida –dijo. La sonrisa desapareció como una burbuja que explotara–. Rutherford Dewey, ¿qué es lo que te he dicho acerca de dejar esas miniaturas tuyas esparcidas por todo el suelo del comedor?

–No las habrás movido, ¿verdad? –dijo Rutherford–. Están colocadas para la reconstrucción de la Batalla de Bosworth.

–¡Casi me rompo el cuello con ellas! –dijo la señora Dewey–. Quiero que vayas a casa ahora mismo y las pongas donde corresponde.

–¿Puedo quedarme solo un poquito más? –dijo Rutherford–. Estamos en medio de algo muy importante. –¿Muy importante? –repitió la señora Dewey con tono escéptico. Sus redondos ojos azules deambularon hacia el lugar donde estaba sentada Olivia, y se demoraron solo por un momento en la cosa sobre la que Olivia estaba sentada. Olivia sintió que su piel se tensaba. Luego la señora Dewey suspiró y sus ojos regresaron a su nieto.

–¿En qué andas metido exactamente, Rutherford?

–Es un experimento científico. Estamos tratando de identificar algunas plantas

poco corrientes.

–¿Ah sí? –la señora Dewey inclinó su cabeza redonda–. ¿Qué es lo que estáis buscando?

–Buscamos algo que se llama *baya de murciélago* –dijo Rutherford. Olivia le dirigió una mirada de horror. Rutherford la ignoró–. Ese no es su nombre científico, por supuesto, pero es todo lo que tenemos.

La señora Dewey tiró de su vestido hacia arriba para que el dobladillo quedara justo por encima de sus rodillas blancas con hoyuelos, y luego se arrodilló entre los dos en el extremo del jardín.



–Déjame ver –murmuró. Sus manos, también con hoyuelos, hicieron crujir un conjunto de hojas–. Sí, aquí lo tenemos –se oyó un pequeño chasquido y la señora Dewey levantó un tallo negro cubierto de arándanos diminutos, todo revestido de una fina pelusa plateada–. Baya de murciélago –dijo.

–¿Y qué me dices del diente espinoso? –dijo Rutherford.

Olivia le dirigió otra mirada horrorizada, que era todo lo que podía hacer. Le daba miedo hablar o moverse una sola pulgada y descubrir los ojos de la señora Dewey fijos de nuevo en ella... o en el libro de hechizos. ¿Por qué Rutherford no se marchaba?

–Bueno, es esta, por supuesto –dijo sonriente la señora Dewey, al tiempo que cogía un pedazo de una planta con pequeñas bocas dentadas–. ¿Alguna cosa más?

–Solo algunas cosas comunes –dijo Rutherford–. Hierba gatera y ortigas.

Eso era todo. Ahora la señora Dewey había oído prácticamente la receta entera, y no le costaría mucho imaginar que allí había en juego más de lo que Rutherford estaba admitiendo. Detrás de la ancha espalda de la señora Dewey, Olivia frunció el ceño furiosamente a Rutherford. Él se limitó a pestañear. Luego se encogió ligeramente de hombros.

–La hierba gatera se parece mucho a la menta; algunas personas la llaman incluso la menta de los gatos –dijo la señora Dewey–. Y el truco con las ortigas es usar un guante o algún tipo de herramienta... o arrancarlas con mucho cuidado desde la raíz. Así. ¿Veis? Nada de picaduras –dejó las dos últimas muestras junto a las bayas de murciélago y el diente espinoso.

–Gracias, abuela –dijo Rutherford.

La señora Dewey se levantó lentamente sobre sus pequeñísimos pies, que servían como un pedestal de aspecto bastante precario para la contundente forma que se balanceaba encima de ellos.

–Bueno –dijo sonriendo de nuevo–, buena suerte con vuestros experimentos –les dirigió una última mirada... una que sin duda se percató del libro torpemente escondido... y se alejó balanceándose hacia el patio delantero.

–¿Por qué le has dicho lo que estábamos buscando? –susurró Olivia entre dientes en cuanto a la señora Dewey estuvo lo bastante lejos como para no poderlos oír.

–Ella sabe mucho de plantas –dijo Rutherford sensatamente.

–¡Pero ahora lo sabe todo! Seguro que sospecha algo. Probablemente ya sabe lo que estoy haciendo. Estaba mirando el libro, y...

Rutherford negó con la cabeza.

–¿Por qué iba a sospechar algo? Yo siempre estoy haciendo experimentos y coleccionando cosas.

Olivia se puso en pie de un salto, agarrando el libro de hechizos. Frotó sus tapas furiosamente, sacudiendo trozos de tierra y hierba.

–Si creía que solo nos estaba ayudando a identificar plantas, ¿por qué las ha cogido? ¿Por qué si no sabía que las íbamos a usar para algo?

–Creo que te estás poniendo paranoica –dijo Rutherford, levantándose–. Eso significa que tienes miedos excesivos o irracionales.

–¡Sé lo que significa *polaroica*! –gritó Olivia siendo un poco deshonesto–. Y no estoy *polaroica*. Por qué iba tu abuela a saber tanto de esas plantas extrañas si no fuera... –Olivia se interrumpió. Aquella argumentación no parecía suya. Sonaba como si fuera de otro. Alguien que le resultaba familiar... alguien peludo, cubierto de manchas de colores y lleno de miedos irracionales. *Ella no es lo que parece*, oía susurrar a la voz de Teodoro en el fondo de su mente. *Nadie lo es*.

Olivia negó con la cabeza, borrando las palabras. Rutherford permanecía inmóvil, observándola, con los ojos marrones muy abiertos y firmes detrás de sus gafas sucias. Verdaderamente no parecía un espía... a menos que los espías parecieran pequeños y desordenados invitados en una convención de Dragones y Mazmorras.

–¿Cuándo vas a consumir tus experimentos? –preguntó Rutherford, que comenzaba a columpiarse de nuevo de un pie al otro.

*No mientras tú estés cerca*, pensó Olivia. Se encogió de hombros, lanzando una mirada distraída al cielo. El sol estaba todavía bastante alto, pero había comenzado su lento declinar hacia el horizonte, y su luz estaba cambiando del blanco al dorado intenso. Sus padres llegarían a casa en cuestión de minutos.

–No lo sé –dijo, inclinándose para recoger las hierbas que la señora Dewey había arrancado, con cuidado de no tocar las púas de las ortigas–. En realidad, solo quería ver si encontraba las plantas adecuadas. Puede que ni siquiera intente hacer el hechizo.

Miró la cara de Rutherford, preguntándose si él la creería, y encontró que la estaba observando con una mirada que era incluso más intensa de lo habitual. Olivia tuvo la sensación de que no estaba solo observándola, sino *estudiándola*. Sus ojos oscilaban entre mirar su rostro y el libro que tenía en los brazos.

–Estaré interesado en saber cómo va... –dijo finalmente. Y luego añadió, casi como una ocurrencia tardía–: Lo que sea que decidas, me refiero.

Luego, Rutherford se dio la vuelta y cruzó a través del seto de lilas. Olivia se quedó sola de pie en el jardín, sujetando el libro y el fajo de plantas, preguntándose por qué se sentía como si sus pies estuvieran haciendo equilibrio en el borde de algo muy pero que muy alto.



**H**ay algún problema con tu guiso, Olivia? –preguntó la señora Dunwoody horas más tarde, mientras los tres se hallaban sentados en torno a la mesa del comedor–. Has comido casi el cincuenta por ciento menos de lo habitual.

–Yo hubiera dicho que ha comido el cuarenta por ciento menos –dijo el señor Dunwoody, interesado en el plato de Olivia.

–¿Cuarenta? Creo que estás subestimando, querido –dijo la señora Dunwoody con suavidad–. Quedan diecisiete noodles en el plato de Olivia, y al menos veintidós guisantes, debajo de un pedazo de atún proporcionalmente grande.

–Sí, veo lo que señalas, querida, pero yo diría que el pedazo de atún parece desproporcionadamente grande...

Olivia miró a lo lejos, hacia la ventana de cortinas color hiedra. Fuera estaba oscureciendo, por eso no se veía bien a través del vidrio. Lo único que podía ver era la imagen reflejada de sus padres, enfrascados en una discusión, y su propio rostro aturdido e inmóvil entre ellos. Pero en realidad no estaba mirando la ventana en absoluto. En su mente, la trampilla se abría y se cerraba con estrépito una y otra vez, de forma tan ruidosa que le sorprendía no quedarse sorda. Naturalmente, eso hacía muy difícil concentrarse en el guiso de atún.

Además, desde el momento en que había dejado el libro de hechizos en su habitación, oculto debajo del albornoz azul rizado, había sentido que el tirón comenzaba de nuevo. La empujaba como una cuerda invisible, tironeando con más y más fuerza a medida que Olivia se alejaba, bajaba las escaleras, cruzaba el vestíbulo y entraba en la cocina para ayudar a poner la mesa para la cena. Cuanto más lejos iba ella, más fuerte era el tirón, hasta que se hacía imposible pensar en nada más.

Sus manos ansiaban sostener el libro. Sus pies se agitaban debajo de la mesa, preparados para subir corriendo las escaleras con el resto del cuerpo de Olivia o sin él, y una sensación de picor nervioso recorría sus brazos de arriba abajo.

–¿Podéis excusarme? –preguntó Olivia.

–Naturalmente, Olivia querida –dijo su madre con una pequeña arruga de preocupación en la frente–. ¿Te encuentras bien?

–Estoy bien, solo un poco cansada –dijo Olivia.

–Dulces sueños, Olivia –dijo el señor Dunwoody, haciéndole una suave caricia en el pelo.

Sus padres seguían tan enfrascados en la discusión acerca de proporciones que ni siquiera notaron que Olivia se llevaba su vaso de leche sin terminar al piso de arriba.

Olivia mantuvo los dos ojos fijos en el vaso, concentrada en no derramar la leche. Cuando llegó ante el cuadro de la calle Linden donde estaba Morton, junto a la puerta de su dormitorio, aceleró el paso, apenas sin mirarlo.

Tan pronto como abrió la puerta, la sensación de ser tironeada se relajó apenas un poco. Olivia dejó el vaso de leche sobre la cómoda y se metió apresuradamente en la cama. Desde allí sacó el libro que estaba debajo del albornoz. Inmediatamente, una sensación de alivio feliz la recorrió. Era como si hubiera estado conteniendo la respiración tanto como podía soportar y ahora tomara una gran bocanada de aire fresco. Olivia se desplomó en la cama y mantuvo el libro cerrado. Hershel rodó sobre su espalda de forma amistosa, pero Olivia lo ignoró. Apretó la nariz contra las tapas de cuero del libro de hechizos, inhalando su olor picante y polvoriento, mezclado con el aroma a menta de las hierbas, pegadas entre sus páginas como un marcapáginas peludo. Y esperó.

En el piso de abajo, las voces del señor y la señora Dunwoody se entrelazaban con los sonidos de los cubiertos contra los platos, y luego quedaron medio ahogadas al correr el agua en el fregadero de la cocina. Olivia escuchó. No había encendido ninguna luz en la habitación –si sus padres se asomaban, quería que creyeran que estaba dormida– y el cielo violeta detrás de las ventanas estaba salpicado de la primera llovizna de estrellas. La suavidad de la cama y el cálido peso del libro en sus brazos la empujaban al sueño. Olivia incluso dormitó una o dos veces, deambulando en sueños a través de un jardín cubierto de vegetación donde había un imponente árbol azul que se alzaba por encima de ella y cuyas ramas inferiores parecían querer alcanzarla, invitándola a subir y a subir hacia el follaje que se extendía hacia arriba como un cielo frondoso y crujiente... y entonces se despertó de golpe, preguntándose cómo había conseguido volver a su dormitorio.

Olivia se pinchó el brazo con las uñas. Trató de contar ovejas para mantenerse despierta, pero perdía la cuenta en algún lugar del tramo entre las sesenta y las ochenta, y las ovejas se transformaban en gatos: gatos naranjas, negros, y con motas de colores que huían negándose a ser contados. Era irritante. Entonces recordó que se suponía que contar ovejas ayudaba a dormirse, no a mantenerse despierta. Finalmente, dos pares de pisadas pasaron a lo largo del pasillo debajo de ella y Olivia oyó que la doble puerta de la biblioteca se cerraba.

Se escabulló de la cama y escudriñó el pasillo, asegurándose de que no hubiera ni gatos ni padres a la vista. Luego se volvió hacia la lámpara que había junto a la

cama y abrió el libro de hechizos por la página señalada. La caligrafía puntiaguda destacaba pronunciadamente contra el tono amarillento del papel. Por un momento, Olivia vaciló. Casi podía sentir las paredes de la casa de piedra inclinándose a su alrededor, observándola. El corazón le latía fuerte y veloz dentro de las costillas. No podía parar ahora, sin saber siquiera si el hechizo hubiera funcionado, sin llegar a ver nunca lo que había bajo la trampilla del sótano...

Tras una última mirada a la sombría habitación, Olivia se inclinó para leer los pasos del hechizo una vez más. Y, mientras leía, una sensación de certidumbre la embargó. Se cernió en torno a ella como una armadura, presionando los últimos rastros de nerviosismo para convertirlos en un diminuto fuego que se disparaba con los latidos de su corazón. Cuando empezó a llevar a cabo las instrucciones, Olivia se movía tan suavemente y con tanta confianza que prácticamente no se sentía para nada como ella misma.

Había un cuenco de vidrio con una mezcla de flores rancias aromáticas sobre su tocador. Olivia sacó los pétalos marrones y colocó el cuenco vacío cerca del vaso de leche. Luego rebuscó en los cajones llenos de útiles de pintura, apartando a un lado las paletas de acuarelas y los paquetes de lápices de colores destrozados, hasta encontrar una caja de tizas. Sacó la tiza blanca y la colocó junto al cuenco. La bola de pelo negro estaba todavía a salvo en su bolsillo, y ahora Olivia la depositó en el fondo del cuenco vacío.

Con movimientos lentos para evitar que la puerta chirriara, Olivia abrió su armario. Apartó del camino pilas de libros y zapatos, dejando despejado el suelo de madera arañado. Con la tiza, dibujó un círculo en las tablas del suelo, asegurándose de no dejar huecos ni grietas. En el centro del círculo, escribió el nombre de Leopoldo, con una caligrafía mucho más fuerte y puntiaguda de lo habitual. Desmigajó las plantas alrededor de los bordes del círculo, ahogando gritos aquí y allí cuando las ortigas la picaban. Finalmente, en el interior del círculo, colocó el cuenco de vidrio con su pellizco de pelo negro y lo llenó con la leche que le quedaba.

Más allá de su dormitorio, algo crujió.

Olivia se quedó helada. Pero lo que fuera que crujió lo hizo otra vez. Probablemente era la casa acomodándose, se dijo Olivia, y no uno de los gatos fuera junto a su habitación, escuchando... Sin embargo, Olivia retrocedió fuera del armario y cerró la puerta, respirando más fuerte, sintiendo que todo el vello de los brazos se le erizaba. *¿De qué tienes tanto miedo?*, se preguntó. Lamentablemente, también sabía la respuesta a esa pregunta.

Tenía miedo de que el hechizo no funcionara... O peor aún, temía que aquello fuera un terrible y espantoso error. ¿Y si hacía daño a Leopoldo? ¿Y si lo hacía desaparecer y no podía volver a recuperarlo? ¿Y si no lograba controlar el hechizo, y convocaba a los tres gatos, y mezclaba todos los pedazos obteniendo tres gatos

locos tipo Frankenstein, uno con tres colas, otro con seis ojos y un tercero solo con las orejas directamente sobre el cuerpo? Se imaginó a Horacio gritándole con tres bocas a la vez. Esa idea la hizo sentirse enferma del estómago.

*De nuevo estás dejando volar tu imaginación,* dijo una voz razonable en el interior de su cabeza..., una voz que sonaba un poco como la de su padre. *Esas cosas probablemente no van a ocurrir.*

Olivia se mordió el interior de la mejilla, pensando. Los gatos parecían capaces de entrar y salir de casi cualquier parte: ventanas cerradas, puertas cerradas, cuadros. Incluso si ella fuera capaz de convocarlo desde el sótano, una puerta cerrada no retendría a Leopoldo. Por otra parte, eso le proporcionaría a ella los cinco minutos que necesitaba para meterse en el sótano y atravesar la trampilla sin que nadie la viera. Olivia arrastró su mesita de noche frente a la puerta del armario y, solo para asegurarse, la silla de su tocador también. Retrocedió algunos pasos.

Olivia inspiró lenta y profundamente, imaginando que el aire le atravesaba la punta de los dedos. Lanzó una última mirada al libro que yacía abierto sobre la cama, con sus puntiagudas letras como delicadas espinas negras. Luego plantó los pies separados sobre los tablones que crujían. *Leopoldo,* susurró. *Leopoldo. Leopoldo.*

Sonó un golpe amortiguado en el interior del armario.

Olivia esperó, conteniendo la respiración. Entonces, desde detrás del montón de muebles y la puerta cerrada del armario, se oyó un diminuto y triste maullido. Olivia nunca había oído a Leopoldo –ni a ninguno de los gatos en realidad– hacer un sonido como aquel. Este le oprimió el corazón como un pequeño lazo. Pero el lazo no era lo bastante fuerte como para contenerla.

El libro de hechizos tiraba de ella también, pero Olivia sabía que aquella podía ser su única oportunidad de descubrir qué la esperaba abajo en el sótano. Dedicó al libro una última y amorosa mirada antes de meterlo debajo de las mantas. Allí estaría a salvo hasta que regresara corriendo.

Olivia bajó las escaleras de puntillas. Sus padres estaban concentrados trabajando en la biblioteca; podía oír el rápido repiqueteo de sus teclados. No había ningún gato a la vista en el pasillo, y tampoco vio ninguno a través de las puertas abiertas junto a las que pasó de camino a la cocina. Agarró el fiel farolillo de acampada de uno de los armarios altos. Luego atravesó corriendo la cocina y se sumergió en la oscuridad del sótano.

El aire del sótano estaba frío e inmóvil. Sin luz que se filtrara por las escaleras desde arriba, parecía todavía más oscuro de lo habitual. Olivia sintió que la piel de sus brazos desnudos se encogía, como si estuviera tratando de escaparse. Tiró de las cadenas de las bombillas que había colgadas. Las sombras se escurrieron en los rincones, ocultándose debajo de las escaleras, a lo largo de las paredes de piedra moteadas. Donde habitualmente aparecían los verdes ojos destellantes de

Leopoldo, no había nadie... solo el débil contorno de una puerta cuadrada hundida en el helado suelo de piedra.

*Había funcionado.*

Olivia se arrodilló frente a la trampilla. Las manos le temblaron. El corazón comenzó un excitado repiqueteo.

Agarró la argolla de hierro. La trampilla era pesada y testaruda, y una vez se le escapó de la mano, golpeando con un estruendo que pareció hacer eco bajo el suelo. Olivia se quedó helada, escuchando, pero no parecía que sus padres hubieran notado nada. Pasó los dedos por la argolla esta vez, se abrazó las piernas y tiró de la puerta con todas sus fuerzas. Sus bisagras hicieron un sonido quejumbroso, como el de un hombre muy viejo aclarándose la garganta. Olivia inclinó la puerta hacia atrás todo lo que pudo, de modo que esta hizo un ángulo balanceándose sobre sus bisagras. Luego encendió el farolillo de acampada, lo sostuvo sobre el oscuro agujero y dio su primera y tímida ojeada al espacio que había debajo.

Una escalera de madera desvencijada iba menguando desde la trampilla en la oscuridad. El estante donde habían estado almacenadas las cenizas de Aldous McMartin aguardaba junto a la escalera, desnudo salvo por una gruesa capa de arenilla y el encaje polvoriento de las redes de araña. Debajo del estante, Olivia pudo atisbar paredes sucias abarrotadas con soportes de madera que iban hasta el techo del túnel, como las vigas de una mina. La única mina que Olivia había visto era la de un parque de atracciones, donde podías conducir pequeños carritos de minero arriba y abajo de colinas subterráneas a través de estalactitas hechas de brillante espuma de poliestireno. Aquel túnel tenía un aspecto muy diferente al de este otro. Con el simple hecho de estar arrodillada a su entrada, Olivia captó la sensación de que algo la esperaba bajo la vieja casa de piedra... algo real, algo tan grande que su gravedad la empujaba hacia dentro.

Una mitad de Olivia quería dar un portazo a la trampilla y correr escaleras arriba. La otra mitad quería apresurarse a bajar dentro del túnel y explorar antes de que nadie pudiera detenerla. Pero ambas mitades sabían que si se echaba atrás ahora se arrepentiría. La cuestión de qué era lo que la esperaba bajo la trampilla le remordería la conciencia implacablemente, como un picor en medio de la espalda justo allí donde uno no alcanza a rascarse. Después de un largo momento, Olivia se adentró en el agujero y colocó el farol de camping en el estante donde había estado la urna de Aldous. Luego, cautelosamente, bajó el primer peldaño de la escalera.

La madera crujió debajo de ella. Bajó lentamente al siguiente escalón, sintiendo cómo la madera vieja se doblaba y se combaba. Ahora que todavía podía alcanzarlo, agarró el farolillo, y luego saltó el último tramo que le quedaba hasta el suelo. La caída fue más alta de lo que esperaba. Aterrizó golpeándose con fuerza los dos pies desnudos, tropezó hacia delante y consiguió recuperar el equilibrio justo a tiempo para evitar caer de cara al suelo, o para que se le cayera el farol, que habría sido aún peor.

Si el sótano era frío, el túnel de ahí abajo estaba helado. Los pantalones cortos y la camiseta de Olivia de repente parecían mucho más pequeños y finos que antes. Sus pies desnudos, al contacto con el suelo congelado, ya se estaban quedando entumecidos. Tiritaba, apretando los dos brazos con fuerza contra su caja torácica.

El aire del túnel era húmedo, teñido de un débil aroma dulzón y putrefacto que resultaba nauseabundo. Olivia permaneció de pie entre las paredes de barro compacto, en aquel frío continuo, y se dio cuenta de que eso debía de ser lo que se siente en el fondo de una tumba. Pero las tumbas tenían solo dos metros de profundidad. Aquello era mucho más profundo. Y más oscuro. Y más frío.

El farolillo manchaba pálidamente las paredes y el suelo a su alrededor. Más allá de esa mancha, solo había oscuridad. Olivia dio un paso hacia delante. La mancha de luz se movió con ella, y la oscuridad se resolvía a su alrededor, colándose en los lugares que la luz había dejado atrás.

Volvió la vista atrás hacia la trampilla. En una historia de Sherlock Holmes, la trampilla se habría cerrado de un golpe, y ella se hubiera quedado atrapada allí, con nadie lo bastante cerca como para poder oír sus gritos. Esa idea hizo que a Olivia se le encogiera la piel. Pero la trampilla estaba todavía abierta. Olivia apretó la espalda contra la pared para que nada pudiera acercarse sigilosamente por detrás de ella. Luego se aventuró hacia delante, moviéndose rápido, siguiendo la línea marcada por las ondas de la luz.

El brillo del farol no podía alcanzar el final del túnel. Mientras Olivia se adentraba en la oscuridad donde todo desaparecía, se preguntó por qué Aldous McMartin habría construido aquel lugar. Tal vez lo habría usado para colarse en los patios del vecindario, secuestrar niños, sacar a las gentes de sus camas. Tal vez lo usara para ocultar cosas horribles, como las catacumbas sobre las que ella había leído, que estaban bajo las grandes iglesias de piedra de Europa. Tal vez se tratara de algún tipo de tumba subterránea para almacenar todos los restos de la familia McMartin, todo lo que antes estaba bajo las lápidas construidas en las paredes del sótano. Tal vez habría allí huesos amontonados en pilas de precario equilibrio, esqueletos yaciendo en estanterías, pirámides de cráneos mirando fijamente, tan solo a la espera de que Olivia cometiera una torpeza. Conociéndola, chocaría contra una pila de huesos, destrozaría el farolillo y se quedaría allí metida durante semanas hasta que...

*No pienses de esa forma,* dijo la voz razonable en su cabeza. *Solo continúa caminando.*

Olivia sentía la boca seca y pegajosa, como esa cosa gomosa que queda cuando se quita una etiqueta con el precio. Solo podía respirar superficialmente, tomando muy poco aire.

Raíces pálidas colgaban de lugares del techo, tan finas como cabello humano. Una vez rozaron la cabeza de Olivia, y por un momento estuvo segura de que el corazón había dejado de latirle. Es decir, que casi podía oír su corazón diciéndole: *Yo ya no puedo más. Sigue por tu cuenta.* Pero nada se movía, y no había ningún sonido. En un momento, Olivia sintió de nuevo ese ritmo familiar detrás del esternón. Y continuó.

La lámpara tembló en su mano, enviando versiones de sombras retorcidas de sí misma sobre las paredes llenas de suciedad. De algún modo, esas otras Olivias no la hacían sentirse menos sola. Pero continuó, lentamente, siguiendo la luz, hasta que las raíces comenzaron a desaparecer. El techo se estaba haciendo también más alto... o el suelo se hacía más bajo. En cualquier caso, el túnel se ensanchó hasta que la luz del farol ya no alcanzaba las paredes. El aire se hizo más frío y muy, muy quieto; Olivia ya no podía sentir las pequeñas brisas provocadas por su propio movimiento rebotando hacia ella. Y de pronto, el borde más lejano del farolillo topó contra algo... algo que le devolvió el brillo.

Olivia vaciló, temblando, preguntándose si realmente quería descubrir qué había por delante. Todavía podía volver atrás. Podía disculparse ante Leopoldo y decirle que lo que sea que guardase seguía todavía en secreto y a salvo. Podía fingir que nada de aquello había ocurrido.

Y entonces, mientras estaba de pie congelada en el charco de luz artificial, Olivia sintió algo que no podía explicar. Una extraña sensación se filtró a través de su cuerpo casi como si fluyera desde el túnel hacia ella. El ritmo de su corazón se ralentizó. El aliento se le escapó en una larga columna blanca. Ya no se sentía sola. En lugar de eso, Olivia se sintió como si algo protector y familiar se hubiera envuelto en torno a ella. Estaba de pie en las mismas raíces de la casa. Por encima de ella, el sótano, la brillante madera dura del pasillo, las anchas escaleras, los dormitorios, y el estrecho ático se dispararon hacia arriba como el tronco de un árbol gigante e inquebrantable. Ella formaba ahora parte de ese árbol. Y una vez eres parte de algo, ese algo realmente no puede asustarte.

Levantando el farol, Olivia dio unos pasos hacia esa cosa que brillaba. Esta se volvió más brillante, como si la luz procediera ahora de mil superficies al mismo tiempo, refractándose como una imagen magnificada en el ojo de una mosca. Rayas reflejadas y círculos brillantes hacían extraños diseños en la oscuridad.

El túnel terminaba en una habitación trilateral. Cada una de las tres paredes estaba cubierta de estanterías, y cada estantería estaba llena de filas de frascos... cientos y *cientos* de frascos.

Olivia dirigió una cuidadosa mirada alrededor, girando en círculo. Las paredes aquí estaban cubiertas de piedra, como en el sótano, excepto que aquí no había lápidas, hasta donde ella sabía. Unas pocas columnas de madera gruesas se lanzaban desde el suelo al encuentro del techo, que colgaba varios pies por encima de su cabeza. En el centro de la habitación había una mesa larga y alta. La función básica de esa habitación era evidentemente almacenar los frascos. ¿Pero era aquello alguna especie de bodega ultraespecial y de máximo secreto?

Sus pies desnudos susurraban a través de las piedras. Una vez alcanzada la pared más lejana, se dio cuenta de que algunos de los frascos estaban vacíos, pero había todavía unos pocos restos secos de lo que fuera que antes contenían enganchados a

los lados, como si se hubiese vertido lo que había en su interior y luego se los hubiera devuelto a su sitio. Otros frascos se habían hecho añicos. Había fragmentos de vidrio sucio diseminados por los bordes de los estantes. Olivia caminó con cuidado, evitando los vidrios rotos esparcidos por el suelo. Había, aquí y allí, manchas que persistían en las piedras.

De puntillas, cogió un frasco del estante superior. Su vidrio grueso azulado se había vuelto turbio con el tiempo, y Olivia lo frotó con la palma de la mano. En el interior, había una especie de hojaldre seco desmenuzado en las paredes del frasco, como leche vieja en el borde de una jarra. Olivia agitó el frasco. Los copos blancos se movieron y se aposentaron.

Rebotando sobre los dos pies para darse calor, Olivia sacó otro frasco. Este estaba lleno de una sustancia roja y granulada que se parecía un poco a la canela. El siguiente contenía espirales diminutas de un color negro azulado que podían haber sido los pétalos de una flor. Otro estaba lleno de un líquido amarillo espeso. Mientras Olivia le daba la vuelta al frasco, limpiándolo con la palma de la mano, apareció una pequeña calavera entre sus dedos separados. En el primer momento de sorpresa, Olivia casi tira el frasco. Luego tragó saliva con dificultad y acercó el farol hacia él, dándole la vuelta para ver lo que había dentro. El esqueleto de un pájaro flotaba en un líquido amarillo, con las alas sin plumas, tan delicado como un encaje de papel. Volvió a colocar el frasco en su sitio.

El frío estaba resultando doloroso. Los brazos de Olivia eran como pedazos de pollo crudo directamente sacados del congelador. Decidida a quedarse tanto tiempo como pudiera soportar, echó un vistazo a los estantes de más abajo.

En los frascos que no estaban rotos había cosas que parecían hojas secas, y cosas que parecían moho, y cosas que no se parecían a nada que hubiera visto antes... probablemente porque pertenecían al interior del cuerpo de alguien. Cuando llegó ante un frasco que estaba definitivamente lleno de arañas muertas, Olivia se mordió la lengua para evitar gritar a todo volumen.

Volvió hasta la alta mesa de madera, temblando, manteniendo un ojo en los frascos por si alguno empezara a moverse. La superficie de la mesa estaba abarrotada con frascos vacíos y tapas, hojas de papel grueso amarillento y viejos bolígrafos secos. También había unos pocos cuencos de piedra grandes con curiosos mazos redondos. Olivia metió la punta del dedo con cuidado en uno de esos cuencos. El dedo salió cubierto de un brillante polvo naranja.

Se limpió el dedo en los pantalones y forzó la vista para mirar una de las hojas de papel. *Carmine*, decía. Nada más. Olivia frunció el ceño. ¿Carmine? ¿Era el nombre de alguien? Se volvió hacia las otras hojas de papel. Estaban en blanco. Pero ocultas debajo de ellas había fragmentos de otras páginas, desgarradas en trozos diminutos. Alguien había roto un fajo de hojas de papel y luego las había

escondido, como hacía a veces Olivia con un examen que había ido particularmente mal. ¿Qué era eso? ¿Recetas?

Olivia alzó la vista hacia las filas y filas de frascos, cada uno de ellos reflejando una delgada banda de la luz del farol. Luego bajó la vista hacia la mesa. Y entonces, por primera vez, se dio cuenta de que había algo más que brillaba. Algo más cercano, y pequeño, y muy familiar.

Olivia se detuvo. Todo se detuvo también: su respiración, su pestañeo, su sangre que se movía lentamente por su cuerpo helado. Porque allí, encima de la mesa, medio ocultas detrás de un frasco grande y vacío, había un par de gafas.

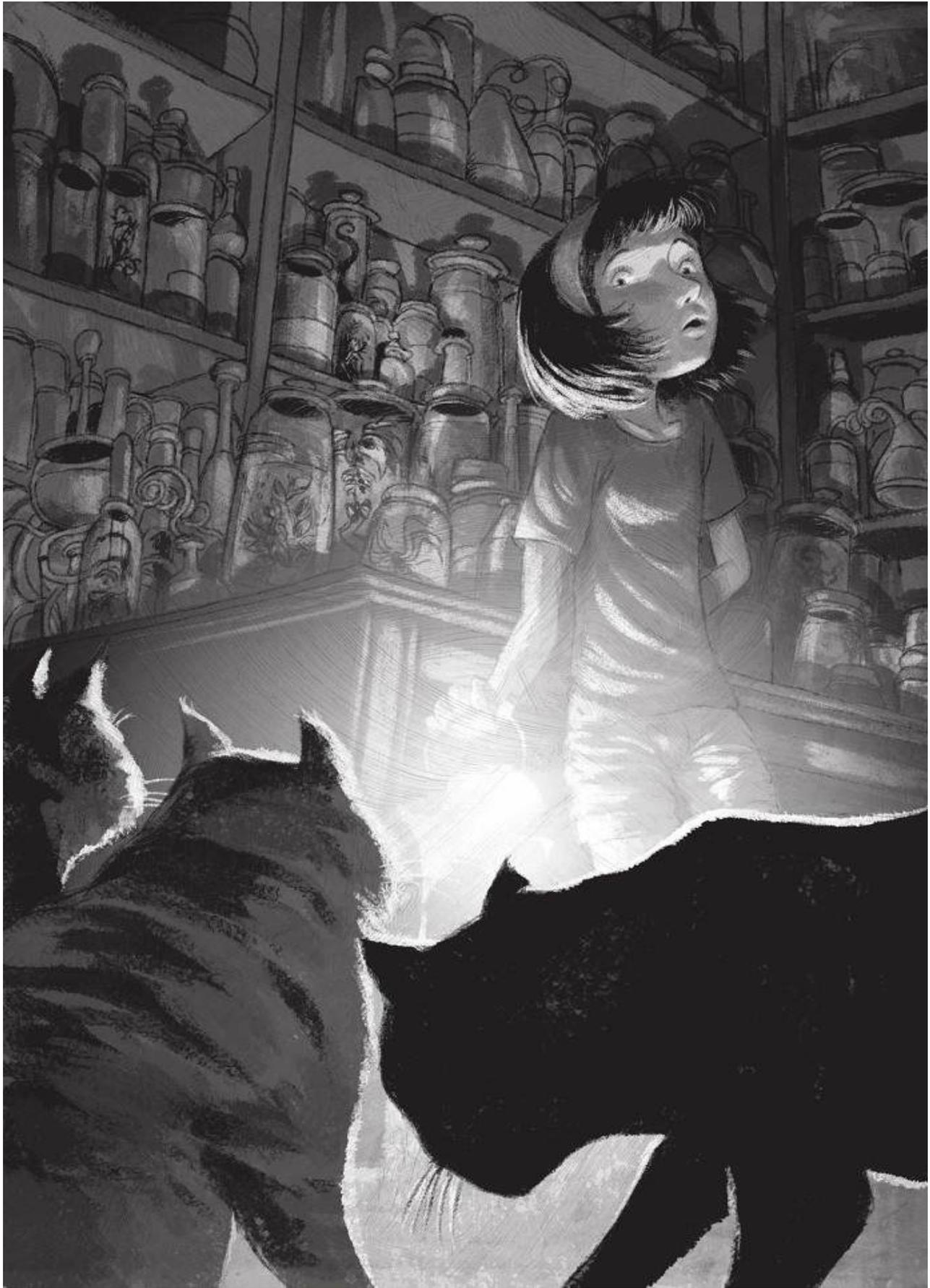
Eran más grandes que las gafas de la señora McMartin que Olivia había encontrado en un cajón de la cómoda tantas semanas atrás, y que se habían machacado en el pasillo del piso de arriba cuando se cayó desde el cuadro del bosque. Estas parecían más pesadas, más sólidas, como si estuvieran hechas de un metal más duro. Las gafas de Annabelle McMartin, con su delgada montura y su larga y delicada cadena, habían sido las gafas de una mujer. Estas eran las gafas de un hombre.

*Estas eran las gafas de Aldous McMartin.*

Los pensamientos de Olivia estallaron como gigantescos fuegos artificiales, alejando toda preocupación. Una sensación de deleite, excitación y libertad la inundó, junto con algo todavía más maravilloso, algo parecido a lo que se siente al oír el sonido de una pala chocando contra el cofre de un tesoro que tú mismo habías enterrado y que creías que jamás volverías a encontrar. Fue a coger las gafas.

—¡Olivia!

Olivia giró en redondo. Una parte instintiva de su cerebro la llevó a esconder las gafas detrás de su espalda. Los tres gatos estaban parados en la entrada de la cámara de piedra. Bajo el pálido brillo del farol de camping, se veían plateados y poco nítidos, solo sus ojos verdes brillaban claramente contra el fondo de oscuridad. Horacio era el que había hablado. Detrás de él, Teodoro la miraba echando chispas. Leopoldo se mantenía al borde de la luz, con el lomo caído y la cabeza colgando. Si Olivia no hubiera sabido que era imposible, habría jurado que el gato negro estaba derramando lágrimas de verdad.



–Esperaba que no fuera cierto –dijo Horacio suavemente. Permaneció al borde de las piedras, como si no quisiera acercarse más a Olivia–. Pero una vez más he vuelto a equivocarme al poner mi esperanza en ti.

El estómago de Olivia, que había estado flotando con mariposas exultantes tan solo un momento atrás, comenzó ahora a hundirse hacia su rótula derecha.

–En el momento en que te liberas de un peligro te vas a buscar otro, ¿verdad? Y no solo te pones en peligro a ti misma, sino a todos los que están a tu alrededor, a todos aquellos que se preocupan por ti. Pero parece que te conviene olvidarte de eso... o te has olvidado o es que no te importa.

Olivia abrió la boca para protestar, pero Teodoro soltó un silbido como el de una serpiente de cascabel, con los dientes brillantes bajo la luz del farol. Olivia retrocedió un paso sin ni siquiera darse cuenta.

–Tenías que llegar más lejos, ¿verdad? –continuó Horacio, con la misma voz tranquila–. ¿Ahora estás tratando de controlarnos, cuando hemos arriesgado nuestra seguridad, una y otra vez, para protegerte?

Leopoldo hizo un ruido que sonó casi como un sollozo. Teodoro se inclinó hacia él con actitud protectora y miró con rabia a Olivia.

A Olivia el estómago le bajó hasta el dedo gordo.

–No veo por qué creéis que tendríais que protegerme de esto –dijo, señalando las filas de frascos y tratando de sonreír–. ¿Una despensa gigante? ¿Qué tiene de escalofriante?

Los ojos de los gatos se abrieron con asombro. Intercambiaron miradas rápidas. Ninguno de ellos habló.

–Y además –dijo Olivia, con una sensación de indignación que crecía lentamente como un fuego en su interior–, el libro de hechizos ahora es mío. ¿Por qué no puedo usarlo?

–Ese libro te está usando a ti –dijo Horacio.

Olivia se quedó boquiabierta.

–Eso no es así.

Horacio pestañeó.

–¿Sabes lo que es una bruja, Olivia?

Varias imágenes acudieron zumbando a través de la mente de Olivia: sombreros negros puntiagudos, palos de escoba, una joven Annabelle McMartin sonriendo dulcemente desde su retrato. Nada que le sirviera para elaborar una buena respuesta.

Afortunadamente, Teodoro no esperó a que tuviera una.

–Una bruja es alguien que usa la magia –soltó, con una voz que Olivia apenas había oído: la voz que era propiamente suya. Pero más enfadada.

–¿No ves lo que está pasando? –preguntó Horacio–. Te estás convirtiendo en

uno de ellos.

Olivia negó con la cabeza, primero lentamente, luego más rápido, hasta que la habitación se desdibujó.

–No –dijo–. Yo no soy... como ellos.

–¿Ah, no? –Horacio alzó sus párpados peludos–. ¿Y cómo llamas a eso de usar las cosas de los McMartins? ¿Recolectar sus plantas, lanzar sus hechizos? ¿Cómo llamarías a eso de hacer que Leopoldo te obedezca en contra de su voluntad? – Leopoldo hizo otro sonido quejumbroso–. ¿Cómo le llamas a eso de hacer que Teodoro te ayude a conseguir ese ridículo libro y a usarlo a pesar de sus advertencias?

–Yo no obligué a Teodoro a que lo hiciera –objetó Olivia–. Él podría haber dicho que no.

Teodoro soltó otro silbido grave.

–Una vez que lo pediste, yo tuve que hacerlo –dijo–. La casa quería dártelo.

–Nosotros tratamos de protegerte –los ojos de Horacio se estrecharon, convirtiéndose en afiladas hendiduras que reflejaban la luz–. Pero parece que ya no estás de nuestro lado, Olivia. Si esto llega más lejos, nos pondremos en tu contra. De cualquier manera, de ahora en adelante, estás sola.

Horacio se dio la vuelta. El penacho de su cola se desvaneció en la oscuridad como las hojas de alguna planta acuática. Leopoldo lo siguió, inclinando la cabeza. Teodoro fue el último, y dedicó a Olivia una larga y dura mirada que la dejó congelada en su sitio durante varios helados minutos después de que se marcharan los gatos.

Y entonces se quedó verdaderamente sola.



**T**ras agarrar el par de gafas y el farol de camping, Olivia avanzó con dificultad hasta la escalera, trepó a través de la trampilla y subió apresuradamente las escaleras del sótano. Los gatos ya habían desaparecido.

Dejó el farol en su sitio en los estantes del armario. Sus padres seguían encerrados en la biblioteca, y no pareció que la oyeran cuando subió la escalera hasta su dormitorio, temblando, y se arrojó debajo de las mantas, con las nuevas gafas, la ropa y todo incluido. Agarró el libro, que estaba donde lo había dejado debajo de las mantas, y lo apretó fuerte contra su pecho. Inmediatamente, notó un poco más de calor, y se sintió mucho menos sola.

El grabado dorado destellaba a la luz de su lamparita de noche. Olivia se acurrucó contra la suave cubierta de cuero para bajar el nudo que sentía en la garganta. Gatos estúpidos, se dijo a sí misma. Por otra parte, ¿quién los necesitaba? Tenía de nuevo su par de gafas. Si ellos querían fingir estar a cargo de la casa, que lo hicieran. Olivia sabía quién tenía el poder real. Esa era su casa.

Enterró la cara en las páginas aterciopeladas del libro, apretando las gafas firmemente entre sus dedos, y se dispuso a dormir o a que llegara la mañana, lo que sucediera primero.

Cuando Olivia despertó, la habitación estaba llena de la abrasadora luz del sol. En sueños, se había retorcido todo el tiempo debajo de las mantas, deambulando a través de bosques, hojas que volaban y setos altos y espinosos que continuaban creciendo sin parar, por mucho que ella intentara contenerlos con las manos. Olivia se estiró, preguntándose por qué se sentía como si no hubiera dormido en absoluto. Las piernas le dolían, y le dolía la espalda, y sus dedos estaban contraídos e irritados por haber estado apretando las gafas durante toda la noche.

¡Las gafas! Olivia ahogó un grito de felicidad al recordar todo lo que le quedaba por explorar de ahora en adelante... y luego, de pronto, se quedó helada, sobresaltada al comprobar que había algo que *no* estaba a su lado.

El libro de hechizos había desaparecido.

Olivia guardó las gafas en el bolsillo de sus pantalones cortos y apartó las mantas arrugadas, revisando cada rincón de la cama. Encontró un calcetín rosa que había

perdido hacía semanas y una bola de chicle azul, ahora cubierta con una fina pelusa, pero ningún libro. Se inclinó sobre el borde del colchón y miró debajo de la cama. Allí había varios conejitos polvorientos y cajas de zapatos, junto con sus zapatillas perdidas, pero ningún libro. Comenzando a sentir un pánico creciente, Olivia se deslizó de la cama y rebuscó rápidamente por toda la habitación, mirando en los cajones, debajo de las sillas y dentro del armario, donde el círculo de tiza y el cuenco de leche la miraron fijamente de forma acusadora. Ni rastro de un libro.

Había estado justo a su lado la noche antes, estaba segura. ¿Cómo podía haber desaparecido?

Tan pronto como se hizo esa pregunta, Olivia supo la respuesta.

Los gatos. Por supuesto. Se lo habían robado, deslizándose en la noche para sacarlo de entre sus brazos, y lo habían escondido astutamente en alguna parte. *Esos pequeños y estúpidos espías peludos...* La furia circuló por el cuerpo de Olivia como la mecha encendida de un cohete, ardiendo y silbando hacia arriba hasta hacer: PUM.

–¡HORACIO! –gritó Olivia, saliendo al pasillo como un tornado–. ¡LEOPOLDO, TEODORO! ¡VENID AQUÍ!

La casa vacía absorbió su voz. Nadie respondió. Ningún gato apareció.

Olivia bajó como un rayo las escaleras. En la nevera había colgada una nota de sus padres, diciéndole que habían ido al campus de la universidad y regresarían a última hora de la tarde. Un sol blanco, que se colaba a través de una pantalla de hojas movedizas, formaba manchas de luz que parpadeaban sobre los suelos pulidos.

–¡HORACIO! –gritó Olivia de nuevo–. ¡TEODORO! ¡LEOPOLDO! ¡SÉ LO QUE HABÉIS HECHO!

Más rápido todavía que antes, Olivia se precipitó al sótano, escaleras abajo. Tiró de las cuerdas de las bombillas suspendidas con tanta fuerza que estas temblaron en sus conexiones. Leopoldo no estaba en su rincón. La trampilla estaba abierta, tal como ella la había dejado. Olivia cruzó el suelo helado y la cerró de una patada. Sus padres probablemente repararían en la trampilla si estaba abierta... probablemente. En realidad puede que no reparasen en ella hasta que se cayeran dentro, lo cual no sería un feliz resultado. Con las manos en las caderas, Olivia escrutó el sótano. No había ningún par de ojos verdes brillando desde los rincones.

Subió a trompicones las escaleras. En su mente se agitaba el mismo pensamiento una y otra vez, como una polilla arrojándose contra una bombilla: necesitaba recuperar el libro. Cuanto más tiempo llevara perdido, más probable era que alguien pudiera encontrarlo, o que algo pudiera ocurrirle y ella no volviera a verlo. Aquel pensamiento era tan espantoso que Olivia tuvo que cerrar los ojos y concentrarse para seguir respirando.

Si Leopoldo no estaba en su sitio y no había dónde encontrar a Horacio,

quedaba todavía un gato que buscar y otro lugar para revisar. Y Olivia por fin tenía una manera de entrar en él. Se sacó las gafas del bolsillo y subió corriendo las escaleras hasta el segundo piso, y fue por el pasillo hasta la habitación rosa.

Se puso las gafas con manos temblorosas. El cuadro del arco de piedra colgaba ante ella. Olivia extendió una mano y sintió cómo esta se deslizaba fácilmente a través de la cálida superficie de la pintura en la quietud del ático que había más allá. Se inclinó hacia delante, apretando la cara a través del arco, sintiendo la pintura deslizándose y escurriéndose a su alrededor, hasta que se derrumbó por entero en el interior del hueco oscuro y polvoriento. Bueno, al menos sabía que las gafas funcionaban. Eso era una ventaja.

Subió apresuradamente las escaleras, tratando de no pisar ninguna avispa muerta (o viva) con los pies descalzos.

—¿Teodoro? —llamó al llegar al suelo del ático—. ¡Teodoro, sé que puedes oírme!

La oyera o no, Teodoro no respondió. Quizás ni siquiera estaba en el ático. Era difícil imaginar ese sitio sin Teodoro, escondido en algún lugar de las vigas con su parche en el ojo o su armadura hecha con latas de atún, preparado para la próxima aventura. Olivia se volvió lentamente en círculo, fijándose en el polvoriento revoltijo de muebles, las esquinas silenciosas, las sombras donde no había ojos verdes que brillaran. La habitación estaba sofocante y demasiado silenciosa... y extrañamente solitaria. Olivia empujó su mente de nuevo hacia el libro desaparecido y dejó que la ira apartara a un lado la soledad.

Caminó sigilosamente hasta el centro de la abarrotada habitación y levantó la tela que cubría el caballete. El par de manos pintadas seguían dobladas sobre el álbum de recortes que había sobre la mesa. Olivia solo alcanzaba a entrever la vieja fotografía de la página abierta: *Annabelle y Lucinda, 14 años...* pero no iba a dejarse llevar por ese tipo de pensamientos hoy. Necesitaba recuperar el libro.

—¿Teodoro? —llamó Olivia otra vez, sin sorprenderse ahora al no obtener respuesta.

Con un gruñido de frustración, fue atropelladamente hacia la ventana redonda que daba al patio trasero. No se veían gatos en el descuidado jardín ni corriendo a toda velocidad entre las sombras bajo los árboles... solo un chico más bien pequeño y despeinado alejándose a toda prisa a través del césped de la señora Nivens. Asomándose por el borde de la ventana, Olivia observó cómo Rutherford regresaba a toda prisa al patio de su abuela. ¿Qué andaba haciendo? ¿Habría estado de nuevo merodeando por su casa, a la espera de molestarla con nuevas preguntas sobre el libro? Mientras Olivia lo miraba fijamente, Rutherford echó una mirada atrás hacia la gran casa de piedra. Instintivamente, ella se agazapó en las sombras. Pero no parecía que Rutherford la hubiera visto. Un momento más tarde, había desaparecido completamente detrás del nudo de abedules. Olivia soltó un suspiro de alivio.

Volviéndose hacia el ático, echó un vistazo a la silla de dentista, los espejos, el cañón en miniatura, las cajas... y el montón de lienzos pintados. Su mente bajó en espiral a través de la casa, como una hoja flotando desde lo más alto de un árbol, apresurándose cada vez más rápido a través de los pasillos, los dormitorios, el piso principal, el sótano, pasando las hileras de cuadros, y de pronto, de una sola vez, la embargó la sensación de lo enorme y lo imposible que era esa búsqueda que se le venía encima. El libro podía estar en cualquier parte de esa gigantesca casa... y no solamente en la casa, sino también en Otrolugar. Le llevaría semanas, meses, tal vez años encontrarlo otra vez. Si es que alguna vez lo volvía a encontrar.

El pánico y la derrota se arremolinaron en el estómago de Olivia. Retrocedió estupefacta hacia las escaleras del ático, recordando esa sensación de ser empujada a través del suelo por cuerdas invisibles, y deseando poder sentirla ahora.

*¿Dónde está el libro?, preguntó Olivia a la casa. Por favor... necesito una señal, una pista, algo. Ayúdame a encontrarlo.*

El tirón, cuando empezó, era tan débil que Olivia ni siquiera estaba segura de sentirlo. Podía perfectamente ser solo producto de su imaginación, tal y como una vez había imaginado que le había crecido un tercer ojo sobre un hombro, cuando en realidad resultó ser solo una parte de la clavícula (el médico fue muy amable al explicárselo). Permaneció de pie en la parte superior de las escaleras del ático, tratando de sentir en qué dirección la estaba empujando la casa... si es que realmente la estaba empujando. Estaba bastante segura de que la empujaba hacia abajo, pero también puede que fuera la gravedad. Sin embargo, Olivia se dejó guiar por la sensación bajando las escaleras del ático y regresó junto al cuadro de la habitación rosa.

Una vez allí, sin embargo, la sensación de tirantez se detuvo, dejándola confundida y perdida y un poco más pesada de lo habitual. Olivia se arrastró por el pasillo del piso de arriba, observando cuidadosamente los cuadros a través de las gafas, a la espera de ver algo que brillara como el cuero repujado, o algún montón de hojas que parecieran sospechosamente fuera de lugar.

Estudió la pintura de la calle Linden, recordando que por fin podía volver a meterse en ella cuando quisiera. Pero no quería. El problema de Morton parecía ahora lejano y desagradable, como una masa de nubes grises en el horizonte que finalmente se amontonarían más cerca y arruinarían el día entero. El libro de hechizos era mucho más importante. Una vez lo recuperara, tal vez pensaría en ayudar a Morton. Tal vez.

Olivia seguía tan concentrada buscando en los cuadros de las paredes que casi se le olvida lo que la estaba esperando en el suelo. Eso era especialmente malo porque había caminado hasta el borde de las escaleras, y con un paso más habría caído de bruces y patinado cuesta abajo hacia el vestíbulo. Pero en el momento justo, miró

hacia abajo y vio el borde del primer escalón... y una hoja de lilo sobre la alfombra.

Olivia se sobresaltó. Tres escalones más abajo había otra hoja, y más abajo todavía un pequeño manojito de hierba recortada, junto con una mancha de lodo. Olivia bajó las escaleras, sacándose las gafas y guardándolas en el bolsillo.

Algunas trazas de suciedad la esperaban en el suelo del vestíbulo. Olivia se agachó, frunciendo el ceño, y sintió una suave y cálida brisa propagándose por sus brazos. Levantó la vista.

La puerta principal de la gran casa de piedra estaba abierta.

Olivia contempló fijamente la puerta. No estaba muy abierta, apenas unos centímetros... lo suficiente para que alguien pudiera haberse deslizado dentro o fuera sin hacer el menor ruido.

Miró por encima de ambos hombros, para asegurarse de que estaba sola. Luego salió disparada como un rayo hacia la puerta de la entrada. El porche estaba vacío: ni libro de hechizos, ni gatos, ni intrusos. Sus padres no habrían salido por la puerta principal, lo habrían hecho por la puerta lateral, en dirección al garaje. Y Olivia no la había abierto... de hecho ni siquiera había notado que estaba abierta hasta ahora. Puso la mano sobre el picaporte y miró hacia el porche sombreado. ¿Era aquella la señal que había estado pidiendo?

El columpio del porche crujió suavemente sobre sus cadenas. Cestas de gruesos helechos asentían en la brisa. Olivia arrastró los pies por el suelo de madera, mirando en cada rincón. Nada parecía fuera de lugar. Siguió los escalones que bajaban hasta el césped, buscando entre la hierba tal y como había hecho pocos días atrás, al seguir las huellas de las patas de Teodoro. Habían pasado tantas cosas desde entonces que parecía que hubieran transcurrido años, y no días. Un dolor brusco y afilado oprimió el corazón de Olivia. Deseaba tener algo que seguir ahora.

La casa se cernía sobre ella, con sus ventanas oscuras y vacías bajo el ardiente sol del mediodía. Olivia echó un vistazo al patio principal –desierto salvo por ella–, y luego se apresuró por uno de los laterales de la casa, hacia la parte trasera. Recordando las hojas de lilo sobre las escaleras, revisó el seto concienzudamente. Nada: ni el libro, ni ramas rotas, ni trozos de tela delatores. Olivia dejó escapar un sonido exasperado y se dio la vuelta hacia el patio trasero. El jardín estaba tal y como lo había dejado: una descuidada maraña de brotes y matorrales. El cobertizo del jardín se inclinaba torcido en un rincón del patio. Olivia caminó hacia él, esquivando los macizos de flores cubiertos de maleza. Respiró profundamente, se dio ánimos y tiró de la chirriante puerta de madera para abrirla.

No había nadie allí.

Olivia entró en el cobertizo, inhalando el olor a musgo, tierra y madera podrida, alzando la vista hacia la vieja hamaca de donde había rescatado a Teodoro, alias

Capitán Patanegra. El recuerdo la hizo sonreír, pero fue rápidamente barrido por una nueva ola de ira. Ya no podía confiar en los gatos. ¿Quiénes se creían que eran, por otra parte? (Bueno, Teodoro creía que era Sir Walter Raleigh, o Lancelot, o el agente I-800, en función de su humor, pero no era a eso a lo que se refería Olivia.) Esa era su casa, los gatos pertenecían a la casa, y por lo tanto le pertenecían a ella. Estaban allí para obedecer sus órdenes. ¡Cómo se atrevían a negarse!

Olivia se detuvo, sorprendida por sus propios pensamientos. Aquella manera de pensar no parecía suya. Nada de eso parecía suyo en absoluto.

Se oyó un crujido en el exterior. Olivia se lanzó fuera del cobertizo y giró a su alrededor, inspeccionando el patio. Se detuvo junto al montón de abono donde había enterrado el cuadro del bosque con Annabelle McMartin atrapada dentro. El suelo parecía el mismo de siempre; allí estaba el escaso montículo de tierra que cubría el agujero que ella y los gatos habían llenado. Hasta donde Olivia podía decir, nadie había enterrado nada más allí... pero solo por si acaso, se arrodilló para mirar desde más cerca.

–¿Qué estás haciendo? –dijo una voz veloz y ligeramente nasal.

Olivia dejó escapar un pequeño chillido. Se cayó de culo y se encontró mirando las gafas sucias de Rutherford Dewey. Olivia frunció el ceño. Aquella era la segunda vez en aquella semana que la sobresaltaba de esa forma, y ya había sido bastante irritante la primera vez.

–¿Qué estás haciendo tú? –le devolvió ella por respuesta–. ¿Me estabas espiando otra vez?

–El solo hecho de que no me veas venir no significa que yo te esté espiando –dijo Rutherford–. Simplemente atravesé tu patio trasero porque era la ruta más rápida.

–Hum –dijo Olivia–, ¿Por qué andas merodeando tanto por mi casa?

Rutherford eludió la pregunta.

–¿Tuvo éxito el experimento? –preguntó, comenzando a balancearse con entusiasmo cambiando el peso de un pie al otro. La camiseta arrugada que llevaba hoy estaba adornada con la imagen de dos caballeros en un torneo, y justo encima tenía las palabras *Festival del renacimiento de Camelot: Justicia y Equilibrio*.

Olivia lo miró frunciendo el ceño.

–Yo... –comenzó, pero Rutherford estaba demasiado excitado para dejarla terminar.

–Estaba pensando sobre el grimorio –dijo a toda velocidad–. Obviamente es muy viejo, pero el hecho es que está escrito en inglés moderno... me refiero a un inglés muy moderno, y no en la versión de Shakespeare del inglés moderno... eso significa que es definitivamente posterior al periodo del Renacimiento, así que es posible que haya sido traducido al lenguaje oral por generaciones posteriores de la familia, y se haya vuelto a copiar en un nuevo volumen, lo cual explicaría...

–Ha desaparecido –dijo Olivia.

Las palabras de Rutherford se estrellaron contra las de Olivia. Hizo una pausa con todo el cuerpo inclinado sobre un pie.

–¿El grimorio?

–Creo –comenzó Olivia– que ha sido robado. Estaba en mi habitación anoche, y cuando desperté, había desaparecido.

–Interesante –dijo Rutherford–. ¿Tienes alguna teoría sobre quién puede habértelo quitado?

–Casi nadie sabía de su existencia, aparte de mí. Y tu abuela. Y tú –Olivia observó a Rutherford de cerca y detenidamente. Él la miró a los ojos, esperando que continuara.

Olivia se esforzó por ponerse en pie, sacudiéndose la tierra y el abono que le había quedado en los pantalones.

–Creo que pueden haber sido los gatos.

–Oh... ¿Como aquel gato que robó mis estatuillas? –Rutherford comenzó a balancearse de nuevo de un pie al otro–. Supongo que eso tiene sentido. Aunque para la mayoría de gatos domésticos probablemente debe de ser difícil mover un libro grande y pesado.

Olivia tuvo la tentación de decir *no son gatos domésticos comunes*, pero se refrenó.

–Creí que probablemente lo habrían escondido en algún lugar cercano. Pero luego advertí que la puerta principal estaba abierta, y pensé que tal vez lo hubieran llevado fuera.

–Ya entiendo –dijo Rutherford–. Puedo ayudarte a buscarlo.

Olivia hizo una pausa. Dedicó una larga mirada a Rutherford: sus rizos castaños despeinados, sus gafas sucias, su expresión de ojos muy abiertos. Tal vez *debería* permitir que la ayudara. De todas formas él ya conocía la existencia del libro de hechizos, los gatos trabajaban en contra de ella, y Morton no había querido ayudarla a encontrarlo la primera vez. Y a pesar de su mirada franca, ella seguía teniendo la sensación de que Rutherford sabía acerca de libros de hechizos mucho más de lo que le estaba diciendo. Quizás si le permitía quedarse, dejaría caer algunas pistas más... y ella estaría allí esperando para recogerlas.

–De acuerdo –dijo lentamente–. Es muy... amable por tu parte.

Rutherford le hizo una pequeña reverencia.

–Es parte del código de caballería medieval, como es descrito por el Duque de Burgundy, exhibir las virtudes de la caridad, la justicia y la esperanza, entre otras cosas.

Olivia miró a través del patio salpicado de sombras de la alta casa de piedra, y trató de oír, o de sentir, lo que esta le decía.

–No creo que esté dentro –dijo al fin–. Sigamos buscando por aquí.

Rutherford le hizo otra reverencia y se volvió hacia el grupo de arbustos de

cerezos silvestres.

Registraron el patio entero, así como el cobertizo y el garaje y el espacio lleno de telas de araña debajo del porche, pero no encontraron nada. (Bueno, no exactamente nada. Rutherford encontró algo que, según creía, podía ser un fragmento de un fósil de la era del Cretácico, pero para Olivia parecía más bien un pedazo de cemento roto que había estado contenido dentro de un tapón de botella.) Cuando hubieron acabado con el patio de Olivia, dieron un pequeño vistazo furtivo al de la señora Nivens, lo que no les llevó mucho tiempo. El patio de la señora Nivens era tan pulcro que un libro fuera de lugar habría destacado como una mancha de chocolate en un vestido de novia.

–Yo no veo nada. ¿Y tú? –preguntó Olivia mientras se inclinaban uno al lado del otro entre los arbustos de lilas.

–No. Nada que parezca sospechoso –Rutherford se apartó de los arbustos y pestañeó ante Olivia rápidamente por detrás de sus gafas borrosas–. ¿Qué deberíamos hacer ahora?

–No lo sé –dijo Olivia. Arrancó un puñado de hojas de lilo, haciéndolas crujir dentro de su puño antes de dejarlas caer al suelo.

–Deberías venir a casa de mi abuela a comer –dijo Rutherford–. De ese modo podremos formular un plan de búsqueda, y podremos continuar nuestra misión tan pronto como lo tengamos.

Olivia vaciló, mordiéndose el interior del labio. Su respuesta instintiva habría sido un rápido *no*. No quería comer en la casa de un chico extraño, con su entrometida abuela trotando por ahí, escuchando todo lo que dijeran... Pero de nuevo, Rutherford era la única persona con la que podía hablar del libro. Había sido muy paciente con ella al ayudarla a buscar... y por muy extraño que le resultara reconocerlo, incluso ante sí misma, era bastante interesante tenerlo alrededor. Nunca sabía qué sería lo próximo que iba a decir. Además, no había nada de comer en su propia casa a excepción de lo que había sobrado del guiso de atún.

–Supongo que podría –dijo finalmente–. Si estás seguro de que a la señora Dewey le parecerá bien.

–Estoy seguro. Ella siempre está diciendo que necesito tener interés en cosas ocurridas durante los últimos seiscientos años –Rutherford se zambulló entre los arbustos de lilas hacia el patio trasero de la señora Nivens–. Tomemos el atajo.

Rutherford caminaba rápidamente y en línea recta a través del perfecto patio trasero de la señora Nivens, y Olivia lo seguía más furtivamente, metiéndose detrás de los árboles o arbustos cuando podía y manteniendo un ojo en las oscuras ventanas de la señora Nivens.

Mientras serpenteaban entre los abedules, Rutherford sostuvo una larga y trepidante lección sobre caligrafía antes y después de la invención de la imprenta.

Olivia no estaba escuchando. Estaba mirando los troncos de los abedules, de un blanco parecido al del papel, tratando de ver si había en ellos rastros de pintura verde, y sintiendo un lugar vacío en el corazón al pasar por el sitio donde solía estar Teodoro. Entonces el recuerdo del libro se reavivó, tan claro y tan real que casi podía sentir el peso en sus brazos. Apretando la mandíbula, Olivia se alejó de los abedules y siguió a Rutherford hacia la casa.

Pero nunca llegaron allí.

—...Por ejemplo, las historias del rey Arturo y los caballeros de la Mesa Redonda se difundieron oralmente, incluso después de que Geoffrey de Monmouth comenzara a escribirlas alrededor de 1130, porque cada copia estaba escrita a mano. Entonces, por supuesto, la recopilación de leyendas de Thomas Malory, publicada en 1485, llegó a convertirse en uno de los primeros libros impresos en Inglaterra — Rutherford, que pareció acordarse de repente de que le estaba hablando a otra persona, se dio la vuelta para asegurarse de que su audiencia estaba escuchando.

No lo estaba. Olivia se había detenido junto a la mesa de picnic. Sobre la superficie de madera gastada, rodeado por unas pocas motas de la pintura de las miniaturas de Rutherford y con su cubierta de cuero repujado brillando allí donde el sol caía, colándose a través de las hojas de abedul, estaba el libro de hechizos de los McMartins.

Rutherford se acercó a ella, estirando la cabeza en un intento de obtener una mejor visión de lo que yacía sobre la mesa. Olivia hizo todo lo que pudo para no derribarlo de un golpe.

—Eso es... —comenzó a decir él.

Olivia se lanzó sobre la mesa, agarrando el libro a salvo en sus brazos.

—Tú lo robaste —musitó.

Rutherford la miró pestañeando.

—¿Qué?

—Es mío —Olivia retrocedió un paso—. Lo querías para ti, pero no puedes tenerlo. No está hecho para ti. Me pertenece.

Rutherford la observaba, con sus cejas marrones tan alzadas que llegaban a tocarse.

—Yo no lo cogí —dijo con calma—. Ni siquiera sabía que estaba aquí.

—¿Cómo llegó aquí entonces? —exigió saber Olivia, mirándolo con odio por encima del borde del libro—. ¿Cómo terminó en tu patio trasero? ¿Se levantó y caminó por su propio pie?

—No sé cómo llegó hasta aquí, pero la idea de que se haya movido por su cuenta no parece muy probable.

Olivia pisó fuerte con su pie.

—Estaba siendo sarcástica —gruñó—. Y si tú no te lo llevaste y él no vino

caminando, entonces ¿cómo llegó hasta aquí? ¿Estás diciendo que tu abuela lo robó?

Rutherford inclinó la cabeza pensativo.

–Eso tampoco parece muy probable, pero no creo que tengamos suficiente información como para sacar ningún tipo de conclusión en este momento.

–Bueno, yo sé una cosa –dijo Olivia, apretando el libro tan fuerte contra su pecho que sus cantos se le clavaban en las costillas–. No te quiero en mi casa, ni en mi patio, ni en ninguna parte cerca de mí nunca más.

Olivia giró en redondo y salió corriendo. Corrió a través del patio de la señora Nivens, pasó su propio jardín, subió las escaleras del porche trasero y se adentró en la fría y silenciosa sombra de la gran casa de piedra. Todavía sosteniendo el libro con fuerza en un brazo, cerró todas las puertas y corrió todas las cortinas, hasta que la casa quedó tan inexpugnable como una fortaleza, donde nadie pudiera entrar ni salir.



**D**urante los días siguientes, Olivia no salió de la casa. Ni siquiera salía de su cuarto si podía evitarlo. Por las mañanas se acurrucaba en la cama con su libro de hechizos hasta que sus padres salían para el campus, y apenas murmuraba respuestas cuando su madre y su padre se despedían a través de la puerta de su dormitorio. Luego corría escaleras abajo sujetando el libro en su brazo, cogía toda la fruta y las galletas que era capaz de llevar y volvía a subir corriendo a su cuarto.

Una mañana, como una especie de broma, el Sr. Dunwoody introdujo por debajo de la puerta de Olivia una invitación formal al desayuno. La pequeña tarjeta decía:

El señor Alec y la señora Alice Dunwoody (alias Papá y Mamá) solicitan el honor de la compañía de la señorita Olivia Dunwoody en la mesa del desayuno a las 7:30 de la mañana. Se servirán huevos, tostadas, fruta y una selección de brebajes. SRC. (Se Ruega Comparecencia. Por favor.)

Pero Olivia durmió hasta tan tarde ese día que cuando despertó estaba más próxima la hora de comer que la del desayuno. Sus padres se habían marchado a sus despachos hacía mucho. Un plato de tostadas muy duras y de huevos muy fríos esperaba a Olivia sobre la mesa. Lo llevó consigo cuando subió corriendo al piso de arriba para volver a estudiar el libro de hechizos.

Mientras el sol hacía su recorrido por el cielo, Olivia permanecía tumbada en la cama, hojeando las páginas, y se planteaba la posibilidad de probar un nuevo hechizo. Había varios que le interesaban y que no sonaban demasiado difíciles. Algunos eran cosas inofensivas –como cambiar el color de una flor rosa a azul–, mientras que unos cuantos terminarían con Rutherford corriendo hacia el cuarto de baño, emitiendo sonidos como los de un cojín de pedos. Pero cada vez que se acercaba el momento de probarlo, aparecía flotando en su cerebro un eco de las palabras de Horacio: *¿No ves lo que está pasando? Te estás convirtiendo en uno de ellos.*

Y, lentamente, Olivia cerraba el libro otra vez.

Pero nunca lo perdía de vista.

El libro quedaba sobre la encimera del cuarto de baño mientras ella se bañaba y se cepillaba los dientes, cuando se acordaba de hacer esas cosas. (A menudo se le olvidaba.) A la hora de la cena, cuando sus padres la llamaban a la mesa y Olivia no podía excusarse sin levantar sus sospechas, metía el libro en su mochila y la llevaba al piso de abajo, para dejar la mochila sobre la silla vacía al lado de la suya de modo que siempre estuviera a su alcance.

Cuando sus padres advirtieron este nuevo hábito y le preguntaban sobre él –algo que no sucedió hasta la tercera noche–, Olivia explicó que estaba entrenándose para acostumbrarse a controlar su mochila antes de que empezara el colegio. Los Dunwoody asintieron con alegría al oír aquello. (Olivia había perdido por lo menos una mochila por año desde que iba a la guardería.) Su mente estaba demasiado absorta en el libro de hechizos para darse cuenta, pero sus padres llevaban bastante tiempo sin asentir con alegría ante lo que hacía. A continuación intercambiaron miradas melancólicas y un poco preocupadas mientras Olivia cogía su mochila, abandonaba disparada la mesa y volvía a subir apresuradamente las escaleras hasta su dormitorio.

–Supongo que es natural que quiera más privacidad –dijo la señora Dunwoody–. A fin de cuentas, es casi una adolescente...

–Sí –suspiró el señor Dunwoody–. Solo le quedan cuatrocientos treinta y ocho días para serlo.

El señor y la señora Dunwoody se apretaron las manos, los dos evocando en silencio los 4.310 días durante los cuales la todavía-no-adolescente Olivia llevaba formando parte de sus vidas.

Entretanto, detrás de la puerta cerrada de su cuarto, Olivia apretaba el libro de hechizos con fuerza contra sus costillas, aspirando su olor a cuero y a polvo, y preguntándose cómo había podido vivir tanto tiempo sin él.

Cada noche, colocaba el libro sobre su pecho y lo fijaba con una bufanda que envolvía en torno a su cuerpo haciendo un nudo. Luego insertaba las gafas –atadas también con un grueso pedazo de cinta– en el cuello de su pijama o su camiseta, y cerraba los ojos, con una mano puesta sobre las gafas y la otra apretando la cubierta del libro. Olivia no tardó en descubrir que esa no era la forma más relajada de dormir. Se despertaba cada mañana sintiéndose como si no hubiese dormido nada –o como si acabase de pasar por el lavado automático de coches, pero sin el coche.

A veces, mientras enderezaba las gafas alrededor de su cuello, Olivia pensaba en visitar a Morton, pero siempre cambiaba de opinión antes de llegar ante el cuadro de la calle Linden. Todavía no tenía respuestas para él. Lo que más tenía para él era rabia. Además, tendría que llevar consigo el libro de hechizos a Otrolugar, para

protegerlo, y eso significaba que Morton lo vería, y luego Olivia tendría que explicar todo lo que había ocurrido.

Y ya tenía suficientes preocupaciones.

No podía permitirse bajar la guardia, ni por un segundo. Estaban pasando cosas raras en torno a la vieja casa de piedra, cosas que contribuían a que Olivia estuviera segura de que alguien –o quizás varios *álguienes* seguía intentando robarle el libro. En varias ocasiones, al despertar, Olivia encontraba la puerta de su dormitorio abierta, cuando estaba casi convencida de que antes de acostarse la había cerrado bien. Una vez, cuando corrió escaleras abajo a coger una caja de galletas para el desayuno, encontró entreabierta la puerta trasera de la casa.

Finalmente, cuando la preocupación por el libro llegó a pesarle tanto que apenas podía bajarse de su cama, decidió tomar cartas en el asunto. Tenía que haber un lugar seguro donde guardarlo –un sitio donde nadie pudiera encontrarlo, donde a nadie se le ocurriera buscarlo. En realidad, Olivia sabía que existía ese sitio. Había estado allí, no hacía mucho tiempo, y entonces había pensado lo improbable que era que alguien escondiera allí un libro secreto, especial.

A una hora avanzada de la tarde, cuando sus padres estaban ocupados abajo en la biblioteca, Olivia se col-gó la mochila con el libro de hechizos dentro y la cremallera bien cerrada y se dirigió por el pasillo hacia el dormitorio azul. Abrió el armario y apartó los mohosos abrigos de lana. Allí, justo donde ella y Morton lo habían dejado, estaba el cuadro del castillo en ruinas. El recuerdo de Morton la golpeó como una bofetada en la mejilla, pero Olivia se tocó la cara y el ardor se alivió. Luego, con el cuadro bajo el brazo, volvió rápidamente a su habitación.

Colocó el cuadro sobre la cama. Hershel, su oso de peluche, se inclinó desde su almohada, examinando el lienzo con interés. Olivia lo apartó y enderezó las gafas sobre su nariz, mientras daba palmaditas sobre la mochila para asegurarse de que el libro seguía estando seguro allí dentro, luego se encaramó sobre el colchón y se zambulló dentro del cuadro, como si se zambullera a través de la propia cama.

Aterrizó con un ruido sordo sobre una cuesta cubierta de musgo al lado del foso. Delante de ella se ex-tendía un cielo de color azul oscuro, donde colgaba una fina rodaja plateada de luna. Su luz se reflejaba en las húmedas piedras del castillo y transformaba el agua del foso en un espejo borroso. Olivia se puso en pie y atravesó el musgo en dirección al puente levadizo.

Dentro del castillo, la luz de las estrellas traspasaba el techo abierto e iluminaba las baldosas moteadas del patio. Olivia revisó el espacio vacío. Luego avanzó lentamente por el gélido muro, buscando piedras sueltas, tocando y presionando y fisionando y tironeando hasta que por fin una piedra tintineó bajo la palma de su mano. En ese mismo instante, creyó oír otro tintineo... algo que sonó como el ruido de un guijarro rodando sobre un suelo de adoquines.

Olivia se detuvo y miró hacia atrás. El patio estaba en silencio. Ningún

movimiento, ningún sonido. Probablemente no había oído más que un eco. Volvió hacia el muro y tironeó de la piedra hasta sentir que se aflojaba. Se abrió un hueco entre dos losas, del tamaño perfecto para esconder el libro. Mientras Olivia observaba, el hueco volvió enseguida a cerrarse. Su corazón dio un pequeño salto. Aquel era el lugar perfecto. Olivia estaba a punto de abrir su mochila cuando un parpadeo de luz apareció por encima de su hombro.

Se giró rápidamente, y se quedó pegada contra el muro.

Alguien se acercaba.

Con la luz en sus ojos, lo único que podía divisar era una silueta que cruzaba corriendo uno de los arcos de piedra que había en los muros, pero aun desde la distancia podía ver que era una persona: una persona grande y fornida, que llevaba en la mano una linterna de otra época. La luz de la linterna formaba ondas de color pálido que se deslizaban por las piedras.

–¿Quién anda ahí? –gritó la silueta, mientras se acercaba.

–Hum... soy... soy Olivia –chilló Olivia, que se estaba apretando contra el muro como una mosca aplastada.

Al acercarse más, la silueta se convirtió en un hombre: un hombre desgredado y bastante sucio, envuelto en un manto de varias capas grises, de rostro ancho y amable. Levantó la linterna para escudriñar a Olivia.

–¡Oh! –dijo con sorpresa–. Eres la niña. Pensé que podrías ser la señora que vino antes.

Olivia se enfureció un poco al verse llamada «niña», pero decidió que no era un buen momento para darle a eso demasiada importancia.

–No –respondió, mientras volvía a cargar la mochila sobre su hombro–. La señora que antes vivía aquí ha muerto. Ahora solo estamos mis padres y yo.

El hombre desgredado la miró con interés. ¿Era posible que adivinara lo que estaba haciendo? Olivia no podía saberlo a ciencia cierta. Pero sí estaba segura de que ya no podía esconder el libro allí... no si ese hombre entrometido andaba cerca.



–Estaba... solo estaba buscando algo –masculló Olivia, frustrada, mientras empezaba a alejarse–. Pero no creo que esté aquí. Supongo que tendré que buscarlo en otro sitio.

–Quizá pueda ayudarte a encontrarlo –se ofreció el hombre, antes de que Olivia lograra escaparse–. Soy el portero. Mi oficio es dejar que la gente entre y salga del castillo, contestar a las preguntas, ofrecer visitas guiadas y cosas así. Pero, por supuesto, no ha venido nadie para las visitas guiadas. Desde hace bastante tiempo. En fin... –vaciló–. Es decir, sí que hubo quien vino a hacer una visita. Pero no hice ningún tour. Me limité a vigilarlos.

–¿Vigilarlos?–repitió Olivia, mientras se deslizaba hacia el portal.

–Me refiero a ti. Y al niño pequeño del pijama.

Olivia dejó de escabullirse. Contempló al portero, a la espera de que continuara.

El hombre frotó una mancha de hollín de su nariz.

–Me escondí y os vigilé –dijo, con la voz un poco avergonzada, mientras el hollín recobraba su forma original–. En un primer instante, pensé que podríais ser la señora, o que tal vez fueseis sus espías. Me dijo que si yo volvía a hablar con cualquier persona, ella regresaría y –el portero tragó saliva con dificultad– se desharía de mí para siempre.

–Sí, suena a frase de la señora que vivía aquí antes –dijo Olivia, mientras seguía retrocediendo hacia el portal. Dentro de su mochila, el libro de hechizos se hacía cada vez más pesado.

–Pero ese es el trabajo de un portero –insistió el hombre, aunque Olivia no hubiera dicho que no lo fuera–. ¿Te gustaría que te hiciese un *tour*?–preguntó con entusiasmo–. Podrías salir y volver a cruzar el puente levadizo, y esta vez yo estaría al otro extremo y levantaría la linterna para que vieras el camino de entrada.

–Gracias, pero tengo que irme –Olivia dio la vuelta y cruzó rápidamente el arco.

–Perdóname por confundirte con la señora –continuó el portero, que seguía a Olivia como un cachorro grande y sucio–. En realidad, no te pareces a ella en nada.

–¡Ay! –dijo Olivia, con un gesto de dolor. El libro de hechizos se había vuelto tan pesado que las correas de la mochila se estaban incrustando en sus hombros. Tenía que salir de allí para poder depositarlo en un lugar seguro.

–Para empezar, era bastante mayor que tú. Treinta o cuarenta años, diría yo. Y llevaba puesto un vestido. Y estaba siempre muy pulcra: sin un pelo fuera de lugar. Y ella no tenía tanta prisa por volver a partir –añadió, con tono de desaliento, mientras empezaba a correr para seguir el ritmo de Olivia–. Se quedó justo aquí sentada. Dijo que había encontrado el cuadro de este castillo a la espera de ser colgado, y que lo había escondido en un lugar donde no fuera perturbado. Llevaba unas gafas –doradas, con una cadena, bastante parecidas a las tuyas. Dijo que se las había robado a su amiga, pero que se las iba a devolver, así que en realidad no era

más que un préstamo. Y dijo que se iba a quedar el tiempo necesario para transformarse, porque su amiga sin duda no haría eso por ella.

Olivia, que se balanceaba con cuidado sobre el puente levadizo, giró tan rápidamente que casi perdió el equilibrio. El portero estaba de pie al otro extremo del puente, sujetando la linterna. Bajo la débil luz miró fijamente su rostro sin afeitarse. No podía estar hablando de Annabelle McMartin; ella no había robado las gafas...

–¿Qué dijo la señora? –exhaló Olivia.

–Dijo que se quedaría todo el tiempo necesario para transformarse –repitió el portero–. Que su amiga no lo haría por ella, por mucho que le hubiese prometido que estarían juntas para siempre, como parte de la misma familia.

–¿Para transformarse... en pintura?

El portero se encogió de hombros. La linterna oscilaba en su mano, irradiando sus borrosos rayos a través del foso. Luego alzó las cejas y su rostro adquirió una expresión de sorpresa, como si un antiguo recuerdo acabara de surgir en su cerebro.

–Ella dijo... –se detuvo un momento, pensando–. Dijo que su amiga había cambiado de opinión acerca de convertirla a ella en la heredera, sea lo que sea lo que significara eso. Pero ahora, dijo, un día su amiga moriría, y ella en cambio no – el portero volvió a encogerse de hombros–. Se quedó mucho tiempo. Fue una visita agradable. Hasta que me amenazó –bajó la vista hacia el agua plateada–. Era bueno tener a alguien con quien hablar. Es un trabajo aburrido el de portero cuando no hay nadie nunca ante tu puerta.

Olivia titubeó al final del puente levadizo. El peso del libro de hechizos vencía sus hombros, clavándosele en la piel. Podía sentir la casa tironeando de ella también, guiándola de vuelta hacia el borde del cuadro, donde el marco brillante colgaba en el aire frío.

–Esa señora... ¿dijo cómo se llamaba? –preguntó, retrocediendo lentamente hacia el marco.

El portero frunció los labios e inclinó la cabeza.

–Era la señora... no sé qué... Creo que empezaba con M o con N. Pero recuerdo lo de *señora* porque yo dije: «¡Oh!, ¿entonces está usted casada?», tratando de ser educado, y ella dijo: «No», con una especie de amargura. «Lo estuve, y nunca más volveré a estarlo. Pero la gente dejó de llamarme señorita hace ya mucho tiempo.»

Dentro de la mochila, el libro parecía volverse cada vez más pesado. Aturdida, sintiéndose como si estuviera siendo arrastrada hacia atrás, Olivia tropezó con el borde del cuadro.

–Bueno, entonces adiós –dijo el portero, sonando un poco mosqueado.

–Adiós –respondió Olivia. Se colocó las gafas sobre la nariz.

–Puedes volver a visitarme alguna vez, ya sabes...

Pero Olivia ya estaba con medio cuerpo fuera del cuadro, gateando sobre el mullido colchón. Una vez estuvo del todo fuera, tiró al suelo de una patada el cuadro del castillo, para poder estirarse completamente sobre las mantas y tratar de pensar. Pero cada vez que trataba de encajar las piezas, aparecía el libro de hechizos, dispersando todos los demás pensamientos como ligeras partículas de polvo.

Con un suspiro de exasperación, Olivia abrió la cremallera de la mochila y sacó el libro. Pesaba exactamente lo mismo de siempre... era grueso y sólido, pero no difícil de levantar. Y era muy fácil sostenerlo y apretarlo contra sus costillas con los dos brazos. Obviamente, el libro de hechizos no quería estar lejos de ella. No quería que lo dejaran solo dentro de un cuadro. ¿Y quién podía reprochárselo? Morton también se había quejado bastante de eso...

*Morton.* Olivia se sacudió de encima un bucle de pensamientos de culpabilidad. ¿Por qué debería preocuparse tanto por ayudar a Morton? Él era solo una pintura. Estaba donde le correspondía estar. Y ella tenía muchas cosas mejores en las que pensar... cosas como ese libro, que no era una pintura, que pertenecía a aquel mundo real, junto a ella.

Olivia rodó sobre su espalda, envolviendo el libro de hechizos con fuerza en sus brazos. Imaginaba que él la sujetaba a ella también... que esos delicados hilos o raíces se bifurcaban saliendo de las tapas de cuero, envolviéndose en torno a sus costillas, alrededor de su corazón, hasta que ella y el libro fueran una sola cosa.

**E**sa noche, Olivia soñó de nuevo con el árbol. De alguna manera parecía todavía más grande que antes, sus ramas azules brillando bajo la luz plateada de las estrellas, sus hojas susurrando como un coro de mil voces. *Olivia*, susurraban. *Olivia... Olivia...*

De pie sobre la hierba cubierta de rocío, Olivia se echó hacia atrás, mirando hacia arriba y arriba y arriba. Los árboles parecían querer alcanzarla, hacerle señas para atraerla. Ocultaban el cielo. Extendían sus brazos abiertos.

Olivia nunca había sido muy buena trepando a los árboles. No es probable que alguien que a menudo tropieza con sus propios pies se arriesgue a caer desde algo más alto que una cama (y Olivia se había caído de la cama las veces suficientes como para estar un poco cansada de eso), pero subirse a ese árbol no tenía nada que ver con trepar. En cuanto ascendió por el tronco hasta las primeras ramas, sintió como si tiraran de ella, como si la estuvieran levantando unas manos invisibles. Tal vez las ramas mismas la estaban ayudando. Era liviana y elegante. Flotaba como algodoncillo. La brisa cubierta de rocío jugaba con las puntas de su pelo.

Mientras subía a través de hojas azules susurrantes, Olivia advirtió que algo brillaba en las extremidades del árbol... algo que originalmente tomó por un trazo de luz de las estrellas reflejándose en la brillante corteza. Cuando sus manos apretaron una rama suave y sólida como la piedra, el contorno brillante cobró vida. Flotando justo por debajo de sus dedos había una hilera de letras brillantes. Olivia las leyó: *Athdar McMartin*.

Subió más alto. Otro nombre brilló junto a ella, lanzando destellos como las alas de las libélulas: *Ansley McMartin*. Ella trepó más arriba, pasando el nombre de *Alastair McMartin* y *Angus McMartin*, y *Ailsa* y *Aillil* y *Argyle McMartin*. Los nombres se atenuaban de nuevo a medida que los dejaba atrás. Se estaba acercando a algo maravilloso; podía sentirlo.

Incluso al llegar a lo más alto del árbol, las ramas eran fuertes y sólidas. Las hojas se espesaban, formando una cúpula ondulante que susurraba. *Olivia... Olivia...* la llamaban. Y Olivia trepaba.

*Aldous McMartin* resplandeció y se consumió cuando ella dejó su rama atrás.

Allí estaba *Annabelle McMartin*, la delicada cadena de letras plateadas le hacía señas desde la rama más alta. Y finalmente, Olivia alcanzó la cima del árbol. Debajo de sus puños, el último nombre brilló. *Olivia Dunwoody*. Olivia se encaramó en la última rama y, lentamente, sin miedo, se puso en pie. Asomó la cabeza entre la cúpula de hojas, y el alto tronco azul entero crujió y se reflejó por debajo de ella. Podía ver los confines de la tierra. Arriba el cielo era púrpura y lleno de estrellas. Inspiró profundamente.

*Olivia. Olivia. Olivia...*

Si saltase ahora, volaría. Planearía como una lechuza cubierta de nieve, o iría a la deriva llevada por la brisa, como las semillas de un álamo. Las voces la sostendrían. No la dejarían caer.

Olivia curvó los dedos de los pies en torno a la rama y extendió los brazos. El aire era dulce y frío, expandiéndose a su alrededor, estirando ansiosamente su pijama de algodón. Cerró los ojos.

*Salta, Olivia*, decían miles de voces susurrantes. *Salta, salta.*

Olivia se puso de rodillas. Tomó una última y profunda respiración...

Algo puntiagudo le rasgó el tobillo.

Olivia abrió los ojos. El árbol, como un gran clavo cubierto de hojas, se desvaneció tan repentinamente como si lo hubieran hundido a martillazos en la tierra. Bajo la luz azul plata de una farola lejana pudo ver el diseño de su pijama de pingüinos. Por debajo del pijama se veían sus propios pies desnudos. Y justo debajo de sus pies desnudos, el borde del tejado de la vieja casa de piedra destellaba débilmente iluminado, y entre el pijama y los pies, un enorme gato negro le mordía la pierna.

Olivia dejó escapar un grito ahogado y retrocedió del borde.

El gato alzó la vista hacia ella.

–Lo siento, señorita. ¿Le he hecho daño?

–No... –dijo Olivia con voz ahogada–. En realidad no.

–Oh –dijo Leopoldo, con tan solo una nota de decepción–. Bueno, bien.

Olivia miró atolondrada a su alrededor. Estaba de pie en el punto más alto del tejado, justo encima del techo que coronaba el ático. Lejos, muy abajo, el patio trasero con sus jardines descuidados crujía suavemente. Una farola enviaba su brillo en la distancia, a través del patio, bañándolo todo con un ligero tono plateado. Tan solo a unas pulgadas de sus pies, terminaba el tejado, amputado por la oscuridad.

–¿Cómo he subido aquí arriba? –susurró Olivia al gato.

–Escalaste.

–¿Yo escalé? –Olivia respiró. Se echó hacia delante, estirando el cuello para ver más allá del borde. Había un largo camino hacia abajo.

–Ha sido de lo más impresionante –dijo Leopoldo–. Subiste al tejado del porche,

seguiste subiendo por la cañería hasta el alféizar de la ventana, y finalmente por encima de la cornisa del tejado.

Las rodillas de Olivia, asustadas ante la vista, de repente decidieron declararse en huelga. Se dejó caer de culo con un golpe seco, agarrándose a las tejas con las dos manos, mientras los ojos verdes de Leopoldo escaneaban la oscuridad.

–¿Cómo me encontraste? –preguntó, cuando pudo lograr que su cerebro, sus pulmones y su boca trabajaran de nuevo al mismo tiempo.

–No te encontré –dijo Leopoldo con rigidez–. Te seguí. He estado siguiéndote durante todas tus noches de expediciones. Esta es la vez que has llegado más lejos en el exterior, si exceptuamos la noche en que fuiste a dejar el libro sobre la mesa de picnic de la señora Dewey, pero...

–Espera... ¿qué has dicho? –lo interrumpió Olivia, mientras le daba vueltas la cabeza–. ¿Cuándo dejé allí el libro? ¿Estás diciendo que he hecho este tipo de cosas antes?

–Las has estado haciendo desde que encontraste ese... ese libro –aquí el enorme gato se detuvo por un segundo, tragando saliva como quien trata de deshacerse de un gran nudo en la garganta.

–Pero Leopoldo –dijo Olivia, apresurándose a poner en orden sus pensamientos–. ¡Yo no camino en sueños!



–Puedo asegurarte que lo haces, señorita. Por supuesto, puede que no te hayas dado cuenta, porque generalmente en esos momentos estás dormida –explicó Leopoldo, asintiendo con la cabeza sabiamente–. Es un poco como cuando alguien insiste en que no ronca, porque nunca está despierto para oírse roncar.

–Te refieres... –comenzó Olivia–. ¡Pero yo no ronco!

Leopoldo le dedicó una mirada larga y significativa.

Olivia acercó las rodillas al pecho. La noche estaba helada. El mundo entero se había vuelto gris en la oscuridad: la hierba, los árboles, sus propias manos. Solo los ojos de Leopoldo mantenían su color verde brillante.

–Nunca me abandonaste –susurró Olivia–. Me seguías, solo por si acaso. Me detuviste antes de que me hiciera daño. Sigues tratando de ayudarme, a pesar de que te hice algo horrible –una sensación de ahogo le oprimió la garganta, pero Olivia se esforzó por contenerla–. Gracias, Leopoldo.

Leopoldo parecía un poco incómodo. Pestañeó y apartó la mirada, fingiendo escudriñar el cielo hasta que pudo tener de nuevo la expresión de su rostro bajo estricto control. Luego dio unas palmaditas al pie de Olivia con su suave pata negra.

–Vamos, vamos, señorita –dijo bruscamente.

Olivia se limpió la cara con la manga y suspiró.

–Bueno –dijo Leopoldo, reconciliándose con aquella muestra de emoción hinchando el pecho aún mucho más de lo habitual–, deberíamos volver a un lugar seguro. Arriba –se levantó pavoneándose ligeramente–. Sígueme, señorita. Entraremos a través de una ventana, y en un momento te tendré abajo.

Tambaleante y con las rodillas como gelatina, Olivia se puso en pie. Pero no había dado ni un solo paso cuando su ojo captó algo brillante abajo en la oscuridad. Se detuvo y forzó la vista.

Sobre el suelo, cerca del cobertizo del jardín, había una pala clavada en vertical sobre un montículo de tierra. Su mango metálico brillaba a la luz de la farola. Al lado de la pala había un agujero, con su boca vacía llena de sombras.

Las rodillas de Olivia se bloquearon. Se quedó estupefacta, controlándose justo a tiempo para no caer de la cornisa del tejado.

–Leopoldo –dijo con voz ahogada–, ¿quién desenterró el cuadro?

Leopoldo le devolvió la mirada, con sus ojos verdes grandes y brillantes en la oscuridad.

–Fuiste tú quien lo hiciste, señorita.



**P**ero yo no recuerdo haber desenterrado nada! –gritó Olivia. Se hallaban de pie junto al agujero del patio trasero, después de haberse deslizado a través de una ventana del piso de arriba y haber corrido hasta abajo por la casa durmiente. Tal y como Olivia sabía que habría ocurrido, el cuadro del bosque, con Annabelle atrapada dentro, había desaparecido.

–Mantén la voz baja, señorita –dijo Leopoldo, mirando alrededor.

–¿Qué es lo que hice después de desenterrarla? –susurró Olivia desesperada–. ¿Tú lo viste?

Leopoldo sacudió brevemente la cabeza.

–Respuesta negativa, me temo. Yo estaba mirando por una ventana, y solo alcancé a ver cómo sacabas el cuadro y te metías a través del seto de lilas. Cuando llegué al exterior ya habías desaparecido.

Olivia golpeó el suelo con los pies y escondió el rostro entre los brazos.

–Oh, Leopoldo... –gimió. Las piezas iban encajando en su sitio, y a Olivia no le gustaba la imagen que formaban. La búsqueda del libro la había hecho pelearse con Morton. El libro la había llevado a hacer daño a los gatos, y los había obligado a volverse en contra de ella. También la había llevado a evitar a sus padres. Se había interpuesto entre ella y Rutherford. La había hecho caminar en sueños, desenterrar el cuadro y dejarlo quién sabe dónde. Si Leopoldo no la hubiera detenido, la hubiera guiado directamente más allá del borde del tejado.

El libro la había engañado, tratando de hacerle creer que ella pertenecía a aquel lugar, que podía usar la magia de sus páginas, que podía ser una de los McMartins y a la vez continuar siendo ella misma.

Y al darse cuenta de todo eso, la niebla plateada de la mente de Olivia se disipó. Debajo estaba la verdad. Había estado allí todo el tiempo. El libro, como la casa, estaba tratando de deshacerse de ella. Y una vez Olivia estuviera fuera del camino, sería muy fácil traer a otra persona de vuelta. Todo lo que se necesitaba era... Olivia agarró la parte delantera de su pijama. Las gafas no estaban.

Dejó escapar un chillido.

–¡Shhh! –silbó Leopoldo, agazapándose.

Olivia se quedó helada.

Se oyó una especie de chisporroteo entre las sombras cercanas, luego cesó. Olivia y Leopoldo esperaron, escudriñando el follaje de árboles que se extendían densamente por delante de ellos.

–Tal vez fuera solo una ardilla –dijo Leopoldo.

*Un chasquido.* Una ramita rota, enviando su agudo informe a través de la noche.

–¿Las ardillas son nocturnas? –chilló Olivia.

Leopoldo no respondió. Dedicó a los árboles una larga mirada, entrecerrando los ojos.

–No se alarme, señorita –susurró, colocándose frente a ella con actitud protectora–, pero creo que nos están vigilando.

El corazón de Olivia se puso a funcionar a toda velocidad.

–No creo que haya nada más alarmante que las palabras «no se alarme» –le susurró en respuesta, escurriéndose todavía más cerca del gato. Leopoldo no respondió. Sus brillantes ojos verdes se inclinaron lentamente hacia arriba.

Sonó un crujido salvaje y repentino justo encima de la cabeza de Olivia. Olivia se quedó helada, conteniendo la respiración. Leopoldo silbó. Se oyó el crujido grave de una rama al romperse, seguido de un aullido amortiguado, y luego un baile de tres patas y piel multicolor cayeron en picado al suelo frente a ellos. En el último minuto esa cosa dio una vuelta en el aire, aterrizando con las cuatro patas en una pequeña explosión de hojas y pintura negra fresca.

Olivia y Leopoldo se aproximaron. En medio de un montón de restos de hojas, había un gato agazapado en el suelo. Debajo de un charco negro de pintura y una boina de hojas torcida, sus salvajes ojos verdes rebotaron de Olivia a Leopoldo y viceversa.

–¡Teodoro! –exclamó Olivia.

Los grandes ojos del gato se abrieron más todavía.

–¡No me habéis visto! –chilló. Luego salió huyendo hacia el arbusto de lilas.

Olivia y Leopoldo se quedaron quietos durante un momento, mirando fijamente el sitio por donde el gato había desaparecido tan rápidamente.

–¿Está haciendo de espía, o todavía está rabioso conmigo? –preguntó finalmente Olivia.

Leopoldo inclinó la cabeza hacia un lado.

–Es difícil decirlo –respondió lentamente–. Con Teodoro realmente nunca se sabe.

–Esto... –a Olivia le costaba arrancar, pues la pregunta le resultaba más dura de lo que hubiera esperado–... ¿Horacio está todavía furioso conmigo?

–Oh... sí –dijo Leopoldo.

–Leopoldo –dijo Olivia, mientras la sensación de horror que se había disipado por un momento volvía sobre ella de nuevo–, las gafas también han desaparecido.

Los ojos de Leopoldo se dirigieron al rostro de Olivia como un proyectil.

–Si la misma persona que tiene el cuadro tiene también las gafas... –Olivia no pudo continuar. Las siguientes palabras le parecían demasiado horribles. Había perdido su última oportunidad para sacar a Morton de su cuadro, aunque solo fuera temporalmente. Ahora, quien tuviera las gafas podría sacar a *otra criatura*.

Olivia cerró los ojos y trató de pensar. Tal vez era porque estaba lejos del libro, o tal vez fuera que la casa ya había obtenido lo que quería de ella, pero de repente todas las ideas deshilvanadas de la mente de Olivia se reorganizaron en una fuerte y brillante red. Pensó en la fotografía de Morton y su familia, y en el rostro familiar de la pulcra niña con aspecto frío. Pensó en la misma chica del álbum de recortes del ático, en la imagen que tenía la etiqueta de *Annabelle y Lucinda, 14 años*. Pensó en la extraña piel de la mano de la señora Nivens. Pensó en lo que el portero del cuadro había dicho acerca de una mujer fría y pulcra que se había metido dentro del cuadro y había esperado y esperado...

El cuerpo entero de Olivia se sacudió como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Giró en redondo para alejarse del agujero vacío donde antes estaba el cuadro y corrió hacia el seto.

–¡Señorita! –silbó Leopoldo, saltando detrás de ella-. ¿Qué está usted haciendo?

–Creo que sé quién las tiene –musitó en respuesta Olivia por encima del hombro. Ya estaba separando las ramas del seto de lilas cuando algo a su derecha chistó con bastante volumen.

–Chist –dijo una voz entre los arbustos.

Juntos, Leopoldo y Olivia se acercaron sigilosamente. Un suave sonido crepitante se oyó en el interior del seto, y cuando Leopoldo y Olivia miraron, una desaliñada bola de rayas negras reptó hacia ellos, con los brillantes ojos verdes muy abiertos por la excitación.

–¿Estamos solos? –susurró la bola con un débil acento británico.

–Negativo –respondió Leopoldo, aunque era evidente-. Estamos juntos.

–Soy yo, el agente I-800 –silbó la bola-. Tengo información. Información *valiosa*. Me he estado deslizado atrás y adelante a través de las líneas enemigas como un pulgar en el juego de los hilos. He estado reuniendo secretos como un jardinero en un terreno peligroso. He estado...

–Oh, agente I-800 –dijo Olivia, tumbándose sobre su estómago para poder acercarse más al gato de la cara pintada a rayas-. Te he echado mucho de menos.

Teodoro la miró durante un momento. Algo en sus ojos se suavizó ligeramente.

–Nunca estuve muy lejos –dijo con un garboso movimiento de cabeza. Varios helechos, pegados a la pintura negra debajo de su oreja, también se movieron con garbo.

–Te he estado vigilando todo el tiempo. Nunca supiste que estaba allí.

–Bueno –objetó Olivia-, hace apenas unos minutos, cuando tú...

–¡Exactamente! –se jactó Teodoro abiertamente-. ¡No tenías ni idea! ¡Por eso me

llaman el mejor espía de todos los tiempos!

–Creí que te llamaban agente I-800 –dijo Leopoldo.

–Me llaman las dos cosas –dijo Teodoro, que empezaba a mostrarse irritable–, porque yo soy... –aquí se interrumpió, mirando con rabia al uno y al otro–. A ver, ¿queréis o no queréis la información?

–La queremos –se apresuró a decir Olivia.

Teodoro asintió solemne.

–Entonces aquí está. Alto secreto. Expediente clasificado. Solo para vuestros oídos. Firmado, sellado y entregado. Previamente empaquetado para vuestra comodidad. ¿Entendido?

Leopoldo solo parecía confuso, pero Olivia asintió con firmeza suficiente para que valiera por los dos.

–El pan está en la panera –susurró Teodoro, con los ojos brillantes como señales en la oscuridad–. Si captas la pista.

–No, yo no –dijo Olivia.

–El pepinillo está en el frasco –miró fijamente a Olivia, a la espera de una señal de comprensión–. El murciélago está en la cueva. La cera está en la oreja.

Olivia tenía tentaciones, no por primera vez, de agarrar a Teodoro y sacudirlo para que saliera de él algo que tuviera sentido.

–¿Quieres decir que el cuadro está en la casa de la señora Nivens?

Teodoro soltó un bufido exasperado a través de la nariz. Luego, a regañadientes, hizo un pequeño asentimiento.

Olivia se puso en pie de un salto y separó el arbusto de lilas.

–Lo sabía. Voy a meterme ahí.

–¡Señorita! –protestó Leopoldo–. ¡Es demasiado peligroso!

–¡Proceda con cautela, agente Olivia! –Teodoro se escabulló entre los troncos de los arbustos de lilas, con los ojos centrados en Olivia mientras ella se aventuraba por la hierba.

Una luz con un débil tono azulado comenzaba a asomar por el horizonte, dando a la casa gris de la señora Nivens un brillo fantasmal, pero quedaba al menos una hora antes del amanecer. Olivia escudriñó las ventanas, pero no pudo ver nada a través de los cristales: ni movimiento, ni una cara helada que le devolviera la mirada. Olivia se agachó y se escabulló a través del pulcro lecho de rosas. Las espigas le desgarraron el pijama.

Saltó por encima de un macizo de petunias y apretó la espalda contra un lateral de la alta casa gris, de modo que no pudieran verla ni desde la calle ni desde las ventanas. Olivia extendió los brazos, aplastándose contra la pared. Trató de imaginarse deslizándose sobre las tablillas de madera con la soltura de una estrella de mar, pero le temblaban las manos y las rodillas, y la respiración se le escapaba por la nariz con pequeños jadeos.

De pronto una roca rodó bajo sus pies desnudos, arrastrando la pierna de Olivia hacia atrás. Se tambaleó y pudo recuperar el equilibrio antes de caerse de espaldas, pero el ruido de la roca reverberó en su cabeza como un disparo. Transcurrieron unos momentos con Olivia apretada contra un lado de la casa, traqueteando con adrenalina. De puntillas, delicadamente, Olivia se acercó al borde de las ventanas laterales. Luego se dio la vuelta y se levantó tan solo unos centímetros hasta que su nariz quedó justo al borde de una ventana.

Bajo la débil luz, Olivia solo podía entrever el interior de la sala de estar de la señora Nivens. Todo en la habitación era blanco: alfombra blanca, sofá blanco, tapetes blancos por todas partes, solo a la espera de que alguien trastabillara con ellos y los manchara. Pero aparte de esa blancura, no había nada extraño en la habitación. No había libros, al menos hasta donde Olivia alcanzaba a ver. Los objetos exhibidos en brillantes cajas de vidrio parecían mucho más rompibles que interesantes: pequeñas muñecas de porcelana con ojos caídos, huevos de cristal, jarrones en miniatura con flores. La señora Nivens no estaba allí. Y no había cuadros ni gafas que ver. Pero de alguna parte al otro lado de la casa, tal vez deslizándose a través del hueco que quedaba bajo la puerta cerrada, salía un delgado haz de luz dorada.

Olivia se dejó caer y avanzó medio agachada y medio gateando hasta el lado opuesto de la casa de la señora Nivens.

–¡Señorita! –se oyó silbar la voz de Leopoldo desde el rosal cercano.

–Agente Olivia, ¿qué estás haciendo? –susurró Teodoro, pestañeando ante ella desde las ramas espinosas.

–Quédate ahí y sigue vigilando –le susurró Olivia en respuesta–. Si no vuelvo en diez minutos... –alzó la vista ante la altísima casa gris–. No lo sé. Pero tengo que conseguir las gafas.

–¡Vuelve, señorita! –la llamó Leopoldo. Pero Olivia ya doblaba la esquina impulsada como una bala.

Tuvo que retorcerse detrás de una hilera de hortensias para acercarse a las ventanas de ese lado. Mientras estaba allí agazapada, jadeando un poco, aguzó el oído a la espera de escuchar pisadas o puertas que chirriaran, pero la alta casa de madera permanecía silenciosa. Olivia se agarró al alféizar con los dedos y se puso de puntillas.

Las cortinas de esa habitación estaban cerradas. A través del diminuto hueco de un centímetro que había entre ellas, Olivia pudo ver el haz de luz dorada. Alguien se movía dentro de la habitación, y una sombra ondeante pasaba por delante de las cortinas, pero Olivia no podía saber a quién pertenecía la sombra, si era de la señora Nivens... o de otra persona.

*Piensa, se dijo a sí misma. Si estás en lo cierto, y ves a la señora Nivens con las*

*gafas, o el cuadro, o incluso (tuvo que tragar saliva) con Annabelle McMartin, ¿qué es lo que vas a hacer?*

*Bueno, se respondió a sí misma, me quedaré escondida. Primero, robaré las gafas sin que me vean. Si tengo suerte y Annabelle sigue dentro del cuadro, también lo robaré. Y si Annabelle no está dentro del cuadro...*

Olivia negó con la cabeza. Se las vería con esa posibilidad si era necesario. Lo importante ahora era que no la descubrieran. Annabelle ya había tratado de matarla una vez, y eso había sido *antes* de que Olivia hubiera destruido la última imagen que existía del abuelo de Annabelle y enterrado a Annabelle bajo una pila de abono. Si la señora Nivens y la señora McMartin –o Lucinda y Annabelle– llegaran a verla, no había modo de saber qué es lo que harían.

Cautelosamente y en silencio, Olivia se incorporó un poco y apretó la nariz contra el cristal. Estaba vigilando tan atentamente el interior de la habitación que no veía ni oía nada de lo que sucedía fuera. No oyó los suaves pasos sobre la hierba, ni el débil crujido de las hojas de las hortensias. No advirtió que ya no estaba sola hasta que una mano fría y suave se cerró con firmeza en torno a su muñeca.

**V**en conmigo, ahora mismo –dijo la señora Dewey al oído de Olivia. Su voz era suave, pero algo en ella consiguió abatir cualquier intento de resistencia en la cabeza de Olivia.

Sujetando con fuerza la muñeca de Olivia, la señora Dewey se dio la vuelta y se alejó de la casa de la señora Nivens a tanta velocidad que Olivia tuvo que ir trotando para seguirle el paso. Iba tropezando a través del oscuro césped, detrás de la ancha espalda de la señora Dewey, envuelta en un albornoz. Pasaron alrededor de un grupo de árboles y llegaron hasta la puerta principal de la casa de la señora Dewey.

Olivia nunca había estado dentro de la casa de la señora Dewey. Ahora, estaba demasiado asustada para echar un buen vistazo alrededor y, además, la señora Dewey seguía llevándola a un paso tan rápido que lo único que pudo ver Olivia fue un borroso conjunto de hojas y flores y helechos verdes saliéndose de sus macetas por todas partes.

La señora Dewey soltó a Olivia con un gesto seco ante la mesa de la cocina y comenzó a hacer ruidos estrepitosos en los fogones. Olivia se quedó sentada y aturdida, mirando fijamente el mantel de cuadros amarillos, y preguntándose si la señora Dewey estaba haciendo los preparativos para comérsela a ella. Por lo que Olivia tenía entendido, gracias a numerosos libros de cuentos de hadas, eso era lo que les pasaba a menudo a los niños entrometidos. Y la señora Dewey comía grandes proporciones de *alguna cosa*, eso estaba claro.

O tal vez la señora Dewey tuviera en mente un castigo todavía peor. Sí... de un momento a otro puede que cogiese el teléfono y llamara a la señora Nivens: «¿Sabes lo que esa niña rara de la casa de al lado estaba haciendo *ahora*? ¿Te gustaría venir aquí y hablarlo con ella tú misma?».

La mente de Olivia quería romper con aquello... saltar desde la mesa, salir corriendo por la puerta principal, y seguir corriendo hasta estar a salvo debajo de su propia cama. Su cuerpo, por otra parte, estaba decidido a no hacer nada. Cada uno de sus músculos se había convertido en gelatina asustada. Incluso sus huesos se habían vuelto blandos. Olivia había aprendido en un documental sobre naturaleza que algunos animales asustados hacían cosas sorprendentes para

salvarse. Echaban chorros de tinta, o lanzaban un olor espantoso, o se hinchaban convirtiéndose en una bola con púas que superaba en veinte veces su tamaño habitual, mientras que otros animales –como las comadreas y otras criaturas parecidas, lentas y peludas– se hacían los muertos. Olivia entró en la categoría de las comadreas.

Se había desplomado tanto en su silla, que en el momento en que la señora Dewey colocó una taza frente a ella casi la golpea con la nariz.

–Es solo chocolate –dijo la señora Dewey cuando Olivia la miró sorprendida–. Y también he preparado un poco para ti porque sabía que podrías aparecer por aquí –añadió en dirección a la puerta, donde una de las lentes sucias de Rutherford se asomaba sin mucho disimulo.

Rutherford, vestido con un pijama extremadamente arrugado, atravesó la cocina para servirse su propia taza de chocolate. Su pelo castaño rizado, que estaba todavía más despeinado y enredado que de costumbre, se le ponía de punta en la cabeza como una gran criatura marina asimétrica. Se sentó al lado de Olivia en la mesa de la cocina. Intercambiaron una mirada corta y tímida.

La señora Dewey suspiró, y se colocó frente a Olivia con una taza de flores rosas y un platito.

–Sé lo que estás a punto de hacer, Olivia –comenzó–. Pero escucha lo que tengo que decirte. Es necesario que tengas cuidado. No te acerques a la casa de la señora Nivens a menos que no tengas más remedio que hacerlo. Y si tuvieras que hacerlo... –hizo una pausa–, entonces debes estar preparada –desvió la mirada rápidamente hacia Rutherford–. Esto también va por ti, Sir Habla-demasiado.

Olivia tragó saliva, todavía demasiado gelatinosa como para moverse.

–¿Por qué? –graznó.

–Creo que ya sabes por qué –la señora Dewey le dirigió una mirada significativa, golpeó la diminuta cucharilla de té contra el borde de la taza y tomó un delicado sorbo–. ¿No sabes por qué me mudé a esta casa? –preguntó, después de una breve pausa–. ¿A esta casa en particular en esta calle en particular?

Olivia se encogió de hombros.

–¿Intereses hipotecarios razonables? –preguntó Rutherford. Tanto la señora Dewey como Olivia lo miraron fijamente durante un momento.

–No –dijo la señora Dewey–. Fue por causa de los McMartins, y por extensión, también por causa de la señora Nivens. Estoy aquí para mantenerlos vigilados.

–¿Quieres decir... que realmente eres una espía? –susurró Olivia, preguntándose si por una vez Teodoro había interpretado bien los hechos.

La señora Dewey frunció su pequeña boca rosada.

–No exactamente –bajó la mirada hasta la taza que había frente a Olivia–. No estás bebiendo tu chocolate, Olivia. ¿Quieres un poco de nata montada? ¿O unas nubes?

–No, es que...

Pero la señora Dewey ya se había levantado, y trotaba por la cocina con sus pequeños tacones.

–Estoy segura de que tengo algunas nubes por aquí.

Después de rebuscar un poco en los armarios atiborrados, la señora Dewey encontró una bolsa de nubes y la dejó sobre la mesa. Para ser educada, Olivia cogió un puñado, las dejó caer en su chocolate, y se tragó varias enteras al dar el primer trago. –Tengo algo más para ti –dijo la señora Dewey. Olivia alzó la vista. La señora Dewey sostenía una pequeña bolsa de lona, casi lo bastante grande para contener un juego de naipes. Levantó la tapa de un frasco de galletas de cerámica floreada y sacó de allí un mostachón de almendras de un amarillo pálido, para colocarlo dentro de la bolsa. –¿Se supone que lo tengo que guardar para más tarde? –preguntó Olivia, confundida. –No es para comer –dijo la señora Dewey–. Rutherford, ¿por qué no traes la miniatura que pintaste para Olivia? Rutherford vaciló durante un momento, mirando duramente a Olivia desde detrás de sus gafas ligeramente ladeadas. Luego miró a su abuela, que hizo un pequeño asentimiento de cabeza para animarlo. Lentamente –más lentamente de lo que Olivia lo había visto moverse nunca–, Rutherford se levantó y salió de la cocina. Volvió un minuto más tarde con una diminuta figurita metálica pintada: un caballero montado a caballo. Lo sostuvo en la palma de su mano para que Olivia pudiera verlo mejor.

–Tiene un blasón francés en el escudo –dijo, mirando la miniatura, y no a Olivia–. Se remonta a los caballeros de Agincourt.

Olivia examinó los diminutos símbolos. Cada mechón de pelo del pequeño caballo de metal y cada detalle de la armadura del caballero habían sido pintados con pinceladas tan delgadas que parecían hechas con un hilo de telaraña.



–Es realmente bonito –dijo ella suavemente, tratando de mirar a Rutherford a los ojos, aunque solo alcanzó a ver su barbilla.

–De nada –dijo Rutherford, a pesar de que Olivia no había dicho «gracias». Luego él entregó la miniatura a su abuela, que la metió dentro de la bolsita de lona.

La señora Dewey ajustó el cordón de la bolsa, que era lo bastante largo como para que Olivia pudiera pasarlo fácilmente por su cabeza y colgarlo del cuello.

–Ya está –dijo, enderezando la pequeña bolsa–. Para tu protección.

–¿Una galleta y la miniatura de un caballero? –preguntó Olivia muy dudosa, metiendo la pequeña bolsa por dentro del cuello de su pijama.

Los ojos de la señora Dewey se movieron hacia los suyos. Por primera vez, Olivia advirtió la brillante tonalidad azulada que tenían.

–Dos regalos, hechos con cuidado y buenos deseos, solo para ti –dijo ella con firmeza–. No toda la magia es oscura, ya sabes –dedicó a Olivia una pequeña sonrisa y luego llevó su taza y su platillo al fregadero–. Pero no durará para siempre. Tres o cuatro días, como mucho –añadió, mirando hacia el exterior por la ventana de la cocina–. Está saliendo el sol. Ahora estarás a salvo fuera. Vuelve deprisa a casa antes de que tus padres se preocupen.

Rutherford acompañó a Olivia hasta la puerta. Olivia vaciló en la escalera de entrada durante un momento, mirando la calle Linden. El cielo se había vuelto pálido, de un azul acuoso, y los primeros débiles rayos solares aterrizaban sobre las casas dormidas, haciendo brillar las hojas verdes y las flores cubiertas de rocío. Incluso la casa de la señora Nivens parecía tranquila. La luz que antes ardía en el piso de abajo ahora había desaparecido.

Olivia miró largamente a Rutherford por el rabillo del ojo.

—Ahora creo que ya entiendo por qué sabías tanto sobre grimorios.

Rutherford le devolvió la mirada, con una expresión casi avergonzada, aunque no del todo.

—Mi abuela ni siquiera me deja mirarla —explicó—. Dice que no me empezará a enseñar hasta que sea considerablemente más mayor, porque un uso inapropiado de la magia puede ser demasiado peligroso, y porque mis padres tendrían por hijo un pájaro. Esas son *sus* palabras —añadió rápidamente—. A mí ni se me pasaría por la cabeza que un ser humano pudiera dar a luz un pájaro, o poner un huevo que contenga un pájaro, como sería más bien el caso.

—¿Entonces cuando nos vio en mi jardín con el libro de hechizos por qué no nos detuvo?

Rutherford se encogió de hombros.

—Ella quería que te vigilara, por decirlo así. Se suponía que yo tenía que averiguar lo que estabas haciendo con el grimorio y tratar de determinar de qué lado estabas antes de que mi abuela te contara algo sobre nosotros.

Olivia se cruzó de brazos.

—¡Así que era verdad que me estabas espiando!

—Yo no te estaba espiando —discutió Rutherford—. Solo se suponía que te estaba supervisando. Y protegiendo, si podía.

—¿Y era esa la razón de que merodearas tanto alrededor de mi casa? —dijo Olivia, sintiéndose ligeramente herida, y luego sorprendiéndose ante sus propios sentimientos.

—Esa es una parte —Rutherford inclinó la cabeza—. ¿Pero tú sabes que todo objeto tiene una fuerza gravitacional de atracción en relación a su masa?

—...Más o menos.

—Tu casa tiene una fuerza gravitacional de atracción mucho más fuerte de lo que su masa podría sugerir.

—Sé a qué te refieres —Olivia hizo una pausa, alzando la vista hacia la calle, donde se veía asomar el acechante tejado de la vieja casa de piedra—. Rutherford... yo... creo que voy a necesitar que me ayudes a hacer algo muy importante. Pero primero... tendré que explicarte algunas cosas. Cosas sobre mi casa. Te van a resultar extrañas y difíciles de creer...

Pero Olivia no llegó más lejos. En aquel momento, un gran gato negro y otro

gato más pequeño cubierto de motas de pintura negra salieron precipitadamente de entre las sombras hacia la escalera de entrada.

–¡Agente Olivia! –exclamó Teodoro, sin advertir que Rutherford estaba junto a ella–. ¿Estás bien...?

Leopoldo le tapó la boca a Teodoro con una pata.

Rutherford abrió los ojos con asombro.

Olivia respiró profundamente.

–Cosas que te van a sonar extrañas y difíciles de creer –repitió–, pero te juro que son todas verdaderas.



Varios minutos más tarde, una Olivia Dunwoody mustia y muy cansada caminaba de vuelta por la acera de su casa. Leopoldo y Teodoro trotaban junto a ella, ambos lanzando frecuentes miradas de desconfianza a la silenciosa casa contigua, la de la señora Nivens.

El señor Dunwoody estaba de pie en el porche de la gran casa de piedra, ya vestido para el día, bebiendo la que evidentemente era su sexta o séptima taza de café y sonriendo deleitado ante la calle tranquila. Los gatos atravesaron corriendo la puerta principal por delante de él. El señor Dunwoody les hizo un alegre saludo con la cabeza.

—¡Olivia! —la llamó mientras ella subía pesadamente las escaleras del porche con su pijama embarrado—. Veo que has estado disfrutando del aire fresco. ¿No es una mañana gloriosa?

Olivia le dedicó una débil sonrisita. Pasó de costado cuidadosamente junto a su padre —que había vuelto a susurrar y sonreír rebotante de alegría ante al sol de la mañana—, se deslizó a través de la puerta y subió las escaleras hasta su dormitorio.

El libro de hechizos yacía sobre la cama, con sus tapas de cuero brillando en medio de las mantas arrugadas. Ahora el brillo no parecía seducir a Olivia. Ahora parecía malicioso, como el brillo en los ojos de alguien justo antes de que te arroje una pelotilla de papel masticado. Olivia se dio la vuelta.

Primero, se puso ropa limpia, escogiendo los pantalones y la camisa más oscuros. Se puso la pequeña bolsita de la señora Dewey cuidadosamente en torno al cuello, de manera que esta le raspaba ligeramente la piel. Luego cogió un trozo de papel y un bolígrafo de su cajón de útiles artísticos y se sentó a escribir en el borde de la cama.

«Horacio», leyó en voz alta, «no sé si estás cerca, ni sé si puedes oírme, o si ya nunca más escucharás nada de lo que diga. Es por eso que estoy escribiendo esta nota, solo por si acaso. Debería haberte creído acerca del libro. Debería haberte escuchado. Lamento haberlo usado. Yo no quiero ser como *ELLOS*, y sé que el libro les pertenece a ellos y no a mí, y que no es bueno para mí. Así que quiero que lo pongas lejos en alguna parte. Escóndelo para que nadie pueda encontrarlo, ni siquiera yo. Porque confío en ti. De verdad, de verdad confío. Con amor, Olivia».

Olivia dobló la nota por la mitad y escribió «Horacio» en la parte exterior. La dejó encima de la brillante cubierta del libro. Luego salió al pasillo y cerró la puerta firmemente detrás de ella.

Olivia, Leopoldo y Teodoro (que todavía estaba cubierto de pintura negra y tenía bastantes hojas pegadas, ya que hay asuntos más importantes de los que ocuparse que los baños de gatos) estaban juntos al pie de la colina del interior del cuadro de la calle Linden. Olivia temía aquel próximo paso, pero sabía que no había forma de eludirlo. Se lo debía a Morton.

Una vez más, comprobó que la fotografía de Lucinda y Annabelle siguiera todavía a salvo en su bolsillo. Teodoro había estado más que encantado de recuperar la foto del álbum de recortes que había entre las manos incorpóreas del ático, una vez que Olivia le hubo explicado que aquella era una misión de alto secreto, tipo A, expediente oculto, que debía ser acometida por un círculo interno de espías.

–¡Vamos, agente Olivia! –la llamó Teodoro por encima del hombro, emprendiendo el rumbo hacia la calle–. ¡El tiempo es oro!

A su vez Leopoldo le hizo un gesto de aliento con la cabeza, y los tres apresuraron el ascenso por la colina brumosa hacia la hilera de casas.

Cuando se acercaron a la alta casa gris, una voz familiar se rezagó tras ellos a través del césped crepuscular. Los gatos se encogieron detrás de un pequeño montículo del camino, asomándose por el borde.

–¡Preparados... listos... ya! –se oyó un *pum* amortiguado–. ¡He ganado otra vez!

Olivia pudo oír el crujido del holgado camión de Morton antes de alcanzar a verlo. Iba corriendo hacia su casa, subió los escalones, saltó sobre la barandilla del porche y se subió encima del tejado del porche.

–Preparados... –gritó, retrocediendo hacia el borde interior del tejado–. Listos...

–¡Morton, NO! –gritó Olivia.

Morton titubeó, mirando a su alrededor hasta reparar en Olivia, que lo miraba fijamente.

–¿Por qué me has detenido? –agitó los brazos enfadado–. Este ha sido empate, Elmer. Este no cuenta –dijo, girándose hacia otro lugar del terreno–. Ya lo sé. Ella siempre estropea las cosas –lanzó a Olivia una mirada rabiosa.

–Lo único que quiero es que no te hagas daño –dijo Olivia, intentando mantener su paciencia, la cual, en presencia de Morton, a menudo se comportaba como un pez escurridizo.

–Mírame –dijo Morton. Luego corrió por el borde del tejado del porche.

Involuntariamente, Olivia dejó escapar un chillido. Morton aterrizó sobre sus pies con un buen *pum* y se volvió hacia ella con una pequeña sonrisa engréida.

–Ya te lo dije –soltó–. Antes he saltado desde arriba del todo, y ni siquiera hace

daño. Bueno, hace daño, pero el daño se va, ¿ves? –se levantó el dobladillo del camisón y le mostró a Olivia la parte inferior de la pierna–. El hueso se pone todo extraño, pero luego vuelve a su sitio otra vez. Ni siquiera me quedan moretones.

Olivia forzó la vista a la luz del crepúsculo para ver la espinilla de Morton.

–¿Quieres decir que se te rompe la pierna y luego se te cura?

–Supongo que sí –dijo Morton.

–Supongo que tiene sentido –murmuró Olivia, pateando una bellota que al momento saltó de nuevo al mismo lugar–. ¿Con quién estás jugando?

–Con Elmer Gorley –dijo Morton, dejándose caer sobre la hierba y mirando por encima del hombro el lugar donde se suponía que estaba Elmer–. Estamos viendo quién puede saltar más lejos. Yo siempre gano.

–No suena muy divertido. Si ya sabes que siempre ganas, me refiero.

Morton la miró entrecerrando los ojos. Se encogió ligeramente de hombros.

–Es mejor jugar con alguien que con nadie.

Olivia no supo qué decir a eso. Excepto que lo sentía. Así que eso dijo.

–Lo siento, Morton –dijo suavemente, bajando la vista a la tierra cubierta de rocío, cerca de los pies descalzos de Morton. De algún modo, los dedos de Morton parecían acusadores–. No he sido muy buena amiga...

–¿Amiga? –repitió Morton. Cruzó sus brazos flacos contra su pecho–. No creí que quisieras seguir siendo mi amiga.

Las palabras de Morton se hundieron en el estómago de Olivia como un puñado de rocas. Pensó en todas las veces que había escogido el libro de hechizos antes que a él, ignorándolo porque tenía cosas más excitantes que hacer. Tragó saliva. Iba a ser muy alarmante lo que iba a decir a continuación.

–Quiero ser tu amiga, Morton –susurró–. Trataré de ser una amiga mejor. Quiero ayudarte. Porque yo... porque tú a mí me importas. Y creo que por fin he descubierto algunas cosas sobre tu familia. Cosas importantes.

Sintiéndose como alguien a punto de cruzar un puente muy tambaleante, Olivia sacó la fotografía del bolsillo. Se la ofreció a Morton.

–Esta es tu hermana, ¿verdad? –preguntó mientras Morton fruncía el ceño ante la fotografía–. ¿Lucinda? ¿O Lucy, en diminutivo?

Morton no respondió.

–Y la que está con ella es Annabelle McMartin. La nieta del Hombre Viejo.

Morton se retorció ligeramente.

–Esa que creció en mi casa, y que salió de su retrato... –Olivia tosió, decidida a no mencionar que era ella quien la había sacado del retrato– y que trató de atraparnos dentro del cuadro del bosque...

Morton seguía mirando fijamente la fotografía.

–Eran amigas, ¿verdad? Annabelle y Lucinda... –preguntó Olivia, casi en un susurro–. Y Lucinda quería...

Morton saltó sobre sus pies como si lo hubieran pellizcado.

–¡No hables así de mi hermana! –gritó.

–¿Así cómo? –preguntó Olivia, estupefacta–. Solo creo que sé...

–¡No, no sabes! –chilló Morton, apretando los puños–. ¡Lucy nunca lo habría hecho! ¡No fue ella! ¡Tú no lo sabes! ¡Tú no sabes NADA!

–¡Bueno, desde luego no sé *de qué ESTÁS HABLANDO!* –chilló Olivia en respuesta.

A lo largo de la calle Linden, algunas caras curiosas se asomaron a través de las ventanas abiertas.

–Ella no lo habría hecho... –gritó Morton, ahogando un sollozo. Se giró bruscamente hacia Olivia–. ¡No estás *ayudando!* –chilló–. ¡Solo vienes aquí porque estás aburrida, me haces sentir mal, y luego te vas otra vez y yo me quedo aquí metido! ¡Lo único que haces es empeorar las cosas! –Morton corrió hacia el roble gigante que se cernía sobre el césped–. ¡Vete de aquí! ¡LÁRGATE!

–¡Bien! –chilló Olivia. Y, como no había nada más que hacer, pateó una pila de bellotas con todas sus fuerzas, de modo que salieron repiqueteando con estrépito calle abajo antes de girar y regresar hacia sus lugares originales. Pero antes de que Olivia pudiera alejarse sigilosamente por la calle, aparecieron los gatos, impidiéndole el paso.

–No abandone, señorita –dijo Leopoldo suavemente.

–¿Quieres que vaya y lo derribe yo por ti? –le ofreció Teodoro, mirando hacia el roble con un brillo entusiasta en los ojos.

–No –suspiró Olivia. Se tiró del pelo exasperada por un momento, alzó los ojos hacia el cielo color púrpura, respiró profundamente y se dio la vuelta, para encaminarse en dirección al roble.

Morton había desaparecido entre las hojas. Olivia se acercó más al tronco, alzando la vista hacia las ramas con la expresión más dulce y paciente que pudo.

–¿Morton? –llamó.

Una bellota le dio encima de la cabeza.

–¡Ay! –gritó Olivia, frotándose el cuero cabelludo–. ¡Morton, eso hace daño!

Por un segundo, no hubo respuesta. Luego una voz en lo alto de las ramas murmuró:

–Me alegro.

Sosteniendo las manos en alto para protegerse la cabeza, Olivia examinó de nuevo las hojas.

–Mira –empezó–. No te estoy pidiendo esto para molestarte. Necesito tu ayuda, Morton. Por favor.

El árbol emitió un sonido de enfado.

–Estoy segura de que tu hermana te quería, Morton –dijo Olivia–. De hecho, creo... creo que todavía te quiere. Pero los McMartins tienen formas de lograr que

las personas hagan cosas que normalmente no harían –miró por encima del hombro a los brillantes ojos de Leopoldo y Teodoro–. Pueden conseguir que hagamos daño a la gente que verdaderamente queremos.

Las ramas empezaron a crujir. Mientras Olivia observaba, aparecieron los pies de Morton, seguidos por el resto de su cuerpo cubierto con el camisón, y finalmente su cara desconfiada. Se detuvo a unos pocos pies por encima de la cabeza de ella.

–Morton –comenzó Olivia–. Yo no quería hacerte...

Pero Morton la interrumpió antes de que pudiera terminar.

–Lucinda era buena conmigo –dijo–. Me hacía cosas. Como tortitas. Me arreglaba los calcetines cuando tenían agujeros. Pero entonces se hizo amiga de... de... –Morton parecía luchar con las palabras–... de la gente de la casa de al lado. De esa chica. Esa insoportable. Y entonces dejó de ser buena.

Olivia observó cómo Morton se dejaba caer al suelo desde las ramas más bajas. Se agachó, recogió una bellota y la arrojó calle abajo con todas sus fuerzas.

–Mamá y papá dijeron que no podía volver a la casa de piedra nunca más. Y entonces Lucy se volvió realmente loca. Y luego las cosas empezaron a ir mal... – Morton se detuvo. Cogió de nuevo la misma bellota, pero esta vez la tiró con menos fuerza. La bellota rebotó unos metros a lo largo de la acera y luego dio un salto de vuelta a su lugar asignado.

Olivia se mantenía muy quieta.

–Yo no creo que ella les haya hecho daño... –susurró Morton. Miraba el suelo fijamente, así que Olivia no podía verle la cara.

Olivia se dejó caer de rodillas frente a él.

–Morton, tal vez ella no lo hizo –le susurró en respuesta–. Tal vez los McMartins los metieron dentro de alguna pintura en alguna parte.

Morton abrió los ojos con asombro. Sus cejas se alzaron tanto que parecían querer escaparse dentro de su pelo.

–¿Dónde?

–Bueno, ese es el problema. No sabemos dónde –dijo Olivia, deseando con todo su corazón encontrar algo mejor que decir–. Pero si alguien lo sabe, esa es tu hermana. Y ella continúa viva. Más o menos. Ella... es como tú.

Las cejas de Morton se alzaron hasta juntarse, volviendo su cara como una luna arrugada.

–Vive en la casa de al lado –continuó Olivia–. Es una pintura, pero nadie lo sabe. Solo yo y los gatos y Rutherford.

–¿Rutherford? –Morton frunció aún más el ceño.

–Un chico vecino que me ha estado ayudando –continuó Olivia con dificultad–. Pero la señora Nivens... quiero decir, Lucinda... probablemente no va a decirnos dónde están tus padres. Ella todavía está intentando ayudar a Annabelle McMartin.

–Es verdad, agente M –dijo Teodoro, acercándose a través de la hierba–. Ella ya

ha recuperado la prueba y planea hundir el gobierno *desde el interior*.

–Quiere decir que tiene el cuadro con Annabelle dentro –tradujo Olivia–. Y que va a sacarla.

–Si es que no lo ha hecho ya –señaló Teodoro amablemente.

Olivia miró con odio al gato.

–Gracias, agente I-800 –se volvió de nuevo hacia Morton–. Es por eso que te necesitamos. Tú sabes moverte por esa casa. Nos puedes ayudar a colarnos allí. Puedes ayudarnos a buscar. Y tal vez si Lucinda te ve... –Olivia terminó lentamente–. ¿Quién sabe?

Todavía con el ceño fruncido, Morton se puso en pie. Pateó el suelo y cruzó sus flacuchos brazos contra su pecho. Luego asintió.

–Puedo ocuparme de ella –dijo–. Solo es mi hermana mayor.



**R**esultó que distraer al señor y la señora Dunwoody mientras los gatos sacaban a escondidas a Morton de la pintura fue mucho más fácil de lo que Olivia temía.

Después de comer, los tres Dunwoodys salieron al porche principal para acabar su limonada y sus galletas. Mientras sus padres se mecían en la hamaca del porche, Olivia se quedó de pie junto a la barandilla dando golpecitos impacientes con los pies. Cerca de esos pies que golpeteaban, una hilera de hormigas subía por el porche, y unas usaban los cuerpos de las otras como puentes para cruzar los agujeros que había entre los tablones del suelo y llegar hasta el montón de migas de galleta.

–¿Cómo saben hacer eso las hormigas? –preguntó Olivia en voz alta.

El señor Dunwoody se levantó de la hamaca del porche. Se inclinó sobre la hilera de hormigas.

–Ah, sí –soltó, con los ojos brillantes detrás de las gruesas gafas–. Es fascinante, ¿verdad? Incluso sin ningún sistema central de control, la comunicación entre varias entidades es capaz de alcanzar una meta común.

La señora Dunwoody se levantó y miró con entusiasmo por encima del hombro de su marido.

–Sí –aseguró–. Esto requiere la transmisión de un mensaje, pero en este caso, cada entidad computacional autónoma solo puede comunicarse con sus vecinos más próximos. Eso hace que uno se sorprenda del tipo de diseño que emerge...

Los ojos del señor y la señora Dunwoody se encontraron.

Olivia retrocedió de puntillas hacia la puerta mientras sus padres se tomaban de las manos y comenzaban a susurrarse cosas románticas acerca de un modelo autómatas celular y la computación paralela.

–¿Puede venir Rutherford Dewey? –preguntó justo antes de deslizarse en el interior.

Sus padres asintieron distraídamente.

Olivia subió corriendo las escaleras, haciendo señas a los gatos, que la esperaban en el pasillo, Leopoldo de pie atentamente con la barbilla levantada, y Teodoro escondido, al estilo de un espía, detrás de la barandilla. Luego se apresuró escaleras

abajo hasta el teléfono mientras los dos gatos atravesaban el marco y entraban dentro del cuadro de la calle Linden.

Al cabo de diez minutos, Rutherford, Morton, Leopoldo y Teodoro se hallaban reunidos en la habitación de Olivia. Olivia cerró la puerta detrás de Rutherford y señaló a Morton, que estaba sentado sobre la cama con las rodillas levantadas y la barbilla apretada firmemente contra su pecho, como un erizo en posición de defensa.

–Morton, este es Rutherford, de esta calle más abajo. Rutherford, este es mi amigo Morton... del cuadro que hay al lado de mi habitación.

Los ojos de Morton destellaron al mirar a Rutherford. Lo miró fijamente durante un momento, sin hablar. Bajo el brillo de la luz del día que se colaba a través de las ventanas, su piel pintada parecía resbaladiza y manchada, y su camisón anticuado parecía extrañamente fuera de lugar.

Rutherford, a quien nunca le faltaban palabras, rompió el silencio.

–Hola –dijo–. Soy Rutherford Dewey. Vivo dos casa más abajo. Soy experto en la Edad Media, y semiexperto en dinosaurios, así que tengo previsto acabar convirtiéndome en profesor de Historia, a menos que decida volverme paleontólogo de vertebrados, especializándome en dinosaurios acuáticos. Pero si has estado en una pintura desde hace más de ochenta años, como dice Olivia, puede que no hayas oído hablar mucho de dinosaurios. En realidad, la palabra dinosaurio fue acuñada en 1842, y la llamada Gran Fiebre de los Dinosaurios tuvo lugar en América a finales del siglo XIX, así que tal vez sí hayas oído algo. En cualquier caso, puedes llamarme Rutherford.

Morton ahora fruncía el ceño ante Rutherford. Olivia no podía saber si era porque le desagradaba, o porque se estaba esforzando mucho en seguir todo lo que Rutherford había dicho.

–¿Cuántos años tienes? –preguntó Morton.

–Once y medio –dijo Rutherford.

–¡Oh! –dijo Morton, con aire de decepción. Se puso rígido de nuevo–. ¿Pero sabes deletrear *neumonía*?

–N-E-U-M-O-N-Í-A –dijo Rutherford.

–Es correcto –murmuró Morton. Miró con rabia a Rutherford por el rabillo del ojo–. ¿Alguna vez... –comenzó, vacilante antes de jugar su última carta de triunfo– alguna vez has ganado el primer premio en una carrera de sacos?

–¿Una carrera de sacos? –repitió Rutherford–. No, nunca.

Morton pareció considerablemente aliviado. Sin embargo, mantuvo un ojo atento a Rutherford mientras todo el mundo se disponía a trabajar.

Tanto la colcha de la cama como el suelo estaban atiborrados de bocetos, mapas dibujados a mano y cartas de estrategias. Sin embargo, la ausencia de Horacio hacía que la habitación pareciera vacía. El libro de hechizos –y la nota que Olivia había

dejado con él– habían desaparecido. Aunque Horacio hubiera hecho lo que ella le solicitó, el hecho de que se mantuviera fuera de la vista significaba que todavía no la había perdonado... y ella empezaba a preguntarse si alguna vez lo haría.

Leopoldo mantenía la mirada en los documentos como un general en su despacho de guerra, y trataba de realizar solo observaciones hoscas e importantes. Teodoro, por su parte, se mantenía a su lado en un estado de excitación.

–¡Eh! –jadeó, gateando hasta el centro de la alfombra y empujando a un lado una libreta–. Atención todo el mundo. Nos podemos llamar Los Indomesticables. ¿Lo pilláis? Como los Intocables...

No hubo respuesta.

–¿O qué tal FBI, por Felinos Beligerantes Independientes?

–Creo que ya hay alguien usando ese acrónimo –dijo Rutherford.

–Eso es porque funciona –insistió Teodoro. Rutherford parecía escéptico–. De acuerdo, bien. Nada de FBI. ¿Y qué tal los Mataharis?

–Teodoro, necesitamos concentrarnos –dijo Olivia, deseando por enésima vez que Horacio estuviera allí para mantener las cosas bajo control–. Todavía no hemos resuelto el primer problema. ¿Cómo nos aseguramos de que la señora Nivens esté fuera de la casa y  *siga* fuera de la casa mientras nosotros la registramos?



–Tal vez podemos provocar algún tipo de distracción –dijo Rutherford.

–Podríamos liderar y hacer avanzar un batallón hasta la entrada de la casa, y mientras el enemigo está involucrado, nos acercamos a pie y asaltamos la casa por la parte trasera –propuso Leopoldo.

–¿Qué batallón? –dijo Olivia.

–¡Oh! –dijo Leopoldo, alicaído–. Ya veo.

–Dejad esto para el agente especial –dijo Teodoro, con los ojos iluminados–. Me infiltraré en el territorio enemigo al abrigo de la noche, y luego... ¡prenderemos fuego a su patio delantero!

–No –dijo Olivia.

Teodoro hizo una mueca.

–Necesitamos algún tipo de distracción simple... algo que no llame la atención de los otros vecinos pero que nos proporcione tiempo suficiente para registrar la casa –dijo Rutherford.

Olivia y Leopoldo asintieron en señal de acuerdo.

–Y si eso no funciona, puedo envenenarla con una pluma estilográfica de arsénico modelo MI6.

–NO –dijo Olivia.

Teodoro hizo un ruido de indignación.

Todo el mundo se quedó callado durante un momento, pensando.

–Siempre podemos usar el grimorio... –dijo Rutherford.

–No –dijo Olivia–. No, no podemos –miró a Leopoldo por el rabillo del ojo. Este se había tensado ante la palabra *grimorio*, girándose para mirarla–. No vamos a usar el libro nunca más.

–Acabo de pensar en otro problema –dijo Rutherford–. Es muy probable que la señora Nivens sepa que tú vas a intentar recuperar las gafas. ¿Qué le impide llevarlas consigo allí donde vaya?

Era una buena consideración que había que tener en cuenta. Olivia se desmoralizó, recostándose en los cojines.

–Ojalá Horacio estuviera aquí –dijo suavemente.

Pero Horacio no estaba.

Y siguió sin estar allí mientras los cinco ponían en marcha su plan, cubriendo a Morton con un ancho sombrero de fieltro y apresurándose a través de la casa. En la cocina, Olivia deslizó una linterna en su bolsillo, solo por si acaso.

El señor y la señora Dunwoody estaban todavía en el porche principal, ocupados con lápices y papeles con gráficas.

–¡Estamos jugando fuera! –gritó Olivia, sin esperar una respuesta antes de que todo el grupo saliera en tropel por la puerta trasera.

El cielo se había cubierto de nubes, con una gruesa niebla bloqueando el sol de

última hora de la tarde. El aire estaba quieto y pesado. Todos bajaron corriendo los escalones hasta el patio trasero... todos menos Morton. Olivia miró por encima del hombro.

Morton seguía quieto de pie en el porche, mirando a través del descuidado patio hacia los pisos superiores de la casa de la señora Nivens. Excepto por la débil brisa que agitaba el borde de su camisón, no se movía en absoluto.

–¿Morton? –preguntó Olivia suavemente–. ¿Estás bien?

–Parece tan diferente –susurró él–. Pero a la vez parece la misma.

–Sí –dijo Olivia. Miró la casa un momento, luego volvió a subir los escalones y le extendió su mano–. ¿Estás preparado?

Morton asintió. La manga demasiado larga de la gabardina que llevaba retrocedió y Morton cogió la mano de Olivia.

Los cinco se escabulleron por uno de los costados de la gran casa de piedra y se agacharon cerca del seto de lilas, observando las ventanas de la señora Nivens.

–Muy bien –susurró Olivia–. Teodoro, recuerda mantener los dos ojos fijos en Rutherford. Si algo sale mal, intenta alertarnos inmediatamente.

Teodoro, cubierto de la cabeza a los pies con hojas de camuflaje, asintió con firmeza.

–Rutherford, mantenla entretenida todo el tiempo que puedas.

–No te preocupes por eso –dijo Rutherford–. Muy raramente me quedo en blanco sin saber qué decir.

–¿Todo el mundo está preparado? –preguntó Olivia, tratando de que su voz sonara atrevida y animada.

Los otros cuatro asintieron. Rutherford partió hacia la puerta principal de la señora Nivens. Teodoro avanzó sigilosamente detrás de él, manteniendo su panza pegada al suelo y escabulléndose detrás de cada planta o ramita. Olivia, Morton y Leopoldo esperaron hasta oír que Rutherford daba tres golpecitos fuertes a la puerta. Entonces se precipitaron a través del patio, alrededor del lado más lejano de la alta casa gris, y se agacharon apiñados junto a unas hortensias desde donde tenían una visión clara de la posición de Rutherford ante la escalera de entrada.

Las pisadas de la señora Nivens hicieron el típico taconeo femenino mientras caminaba por el pasillo hasta la puerta principal. Desde su posición detrás de las hortensias, no podían verla, pero sí podían oír su voz.

–¡Vaya, Rutherford Dewey! –exclamó con su tono más dulce. Morton se sobresaltó como si hubiera recibido una corriente eléctrica–. ¿Qué puedo hacer por ti esta tarde?

–Hola, señora Nivens –dijo Rutherford, en voz muy pero que muy alta–. Estoy haciendo «truco o trato».

–¡Oh! –la señora Nivens vaciló–. Pero Rutherford, querido, faltan más de dos meses para Halloween.

–Ya lo sé –respondió Rutherford mientras Leopoldo se escabullía de las ramas más bajas y se dirigía hacia la casa–. Digamos que estoy practicando. Estoy planeando la ruta ideal para visitar el mayor número de casas en el menor tiempo posible, sin retroceder nada o casi nada.

–Entiendo –dijo seriamente la señora Nivens, con tono de entenderlo–. ¿Y por qué no llevas un disfraz?

–Como le decía, es simplemente una ronda de práctica. Un ensayo general. Pero sin vestuario. Un preensayo general, podríamos llamarlo –la voz alta y rápida de Rutherford tapaba el suave crujido en la hierba mientras Olivia, Morton y Leopoldo avanzaban sigilosamente hacia la casa–. Entonces... ¿truco o trato?

La señora Nivens soltó una torpe risita nerviosa. Era evidente que le faltaba práctica con la risa.

–Bueno, estás de suerte, Rutherford. Creo que tengo algunas golosinas que me quedaron del Halloween del año pasado. Ahora te las traigo.

–Sí –anunció Rutherford, hablando todavía más fuerte que antes–. Vaya a coger las golosinas, *que según supongo estarán en la cocina*, mientras yo me quedo aquí esperando en el escalón de la entrada.

Hubo un momento de pausa mientras la señora Nivens dedicaba a Rutherford una mirada larga y confundida. Luego se oyó un crujido en el suelo seguido del sonido de pisadas repiqueteando pasillo adelante hacia la parte posterior de la casa.

–Hay una ventana en el sótano que se cierra desde el exterior –susurró Morton, guiando a Olivia y a Leopoldo por la base de la casa–. Es esta. No está a demasiada distancia del suelo –Morton tiró del pestillo y levantó la pequeña ventana rectangular.

Leopoldo fue el primero en saltar dentro.

–Todo despejado –murmuró desde abajo.

Olivia fue la siguiente en escurrirse dentro, con los pies por delante. Cuando su cabeza pasó junto a Morton, que sostenía abierta la ventana, este susurró:

–Realmente ella no suena como Lucy. Pero al mismo tiempo sí.

Olivia asintió, hizo una última torsión y cayó de golpe dentro del sótano de la señora Nivens. Morton tenía razón: la caída no era de mucha altura, pero aun así Olivia logró aterrizar de forma muy torpe, golpeando con las manos y las rodillas en el suelo, y casi termina aplastando a Leopoldo. Morton se escurrió ágilmente detrás de ella. La ventana se cerró.

Olivia encendió la linterna y dio un vistazo alrededor. Unas pequeñas ventanas en la parte superior de las paredes permitían que la luz gris del exterior entrara tamizada. Por lo demás, el sótano estaba a oscuras. Era una habitación grande y cuadrada, vacía excepto por una lavadora y una secadora brillantes, con un estante lleno de detergentes encima.

–Parece diferente pero a la vez el mismo –susurró Morton.

–Vaya al frente, sir –dijo Leopoldo.

Morton se precipitó a través de la oscuridad hasta un grupo de escalones de madera chirriantes. Olivia y Leopoldo corrieron tras él. A pesar de su tamaño, Leopoldo pudo subir sin hacer ruido. Morton era pequeño y ligero y parecía saber dónde pisar para evitar que las escaleras hicieran mucho ruido, pero Olivia resonaba tras ellos, sintiéndose como un hipopótamo sobre una escalera construida con palillos de dientes.

–¡Shhh! –siseó Morton mientras ella llegaba a lo alto de la escalera.

–¡Estoy tratando de shhh! –siseó Olivia en respuesta.

Morton giró el pomo y abrió la puerta. Olivia apagó la linterna y la deslizó de vuelta en su bolsillo. Un haz de luz cayó sobre los tres cuando se amontonaron junto a la abertura para mirar fuera. Lo que vieron fue un pasillo con suelo de madera flanqueado por puertas cerradas. En la distancia, a su izquierda, había una luz eléctrica encendida.

Se oían sonidos provenientes de la cocina, donde la señora Nivens buscaba las golosinas. Luego se oyó el taconeo de sus pasos de vuelta por el pasillo, moviéndose rápido. Su sombra, con su falda cuidadosamente almidonada y su pelo igual de cuidadosamente almidonado, revoloteó hacia ellos. Olivia, Leopoldo y Morton salieron corriendo por el pasillo hasta el salón, pegando la espalda a la pared.

–Aquí están –oyeron que decía la señora Nivens alegremente a Rutherford–. Dos chocolatinas. Pero no estropees tu cena.

–De hecho –dijo Rutherford, todavía hablando como si se dirigiera a alguien que se encontrara al otro lado de una calle muy transitada–, no puedo tomar golosinas de este tipo. Soy alérgico a los cacahuets. La reacción puede ser muy grave.

–Bueno, entonces toma solo la otra. Esta no tiene cacahuets.

–La cuestión –dijo Rutherford– es que no puedo tomar nada que contenga productos derivados de los cacahuets, o que haya estado en contacto con cacahuets o con productos derivados de los cacahuets. Probablemente usted debería comprobar los ingredientes de la bolsa, solo para estar seguros.

La señora Nivens dejó escapar un suspiro que Olivia pudo oír desde la vuelta de la esquina.

–De acuerdo –dijo, habiendo perdido algo del brillo alegre en la voz–. Eso es lo que haré.

–De hecho –gritó Rutherford detrás de la señora Nivens–, probablemente usted debería asegurarse de que las golosinas provengan de una fábrica que no procese ningún producto que contenga cacahuets. Si no lo especifica en el paquete, debería llamar a la compañía. Solo para estar seguros.

En la cocina, la señora Nivens murmuró algo que Olivia no pudo entender del todo.

Olivia, Morton y Leopoldo se asomaron al pasillo. De la cocina salían sonidos amortiguados. Con un asentimiento marcial, Leopoldo indicó que el pasillo estaba despejado. Morton se colocó al borde de la pared principal del salón, giró a la izquierda y se precipitó escaleras arriba hasta el segundo piso con Leopoldo pisándole los talones. Mientras tanto, Olivia se deslizó a través del pasillo y cruzó la puerta de la habitación donde había visto la luz encendida la noche anterior.

La habitación estaba vacía... vacía salvo por una larga mesa de comedor cubierta con un mantel de encaje, un juego de sillas con pinta de ser incómodas y una lámpara con una pantalla de cristal pasada de moda. Dos de las sillas estaban ligeramente separadas de la mesa, como si las hubieran usado recientemente. En cuanto al resto de la habitación, parecía que no se hubiera tocado, o que ni tan siquiera se hubiera respirado allí desde hacía unos cincuenta años. No había a la vista ningún cuadro ni tampoco unas gafas.

Olivia regresó de nuevo lentamente al pasillo. Podía oír a la señora Nivens haciendo ruidos sordos con las puertas de los armarios de la cocina. Olivia hizo a Rutherford un gesto tranquilizador con la cabeza y se precipitó escaleras arriba.

Encontró a Morton de pie en el pasillo del piso de arriba. Miraba de un lado a otro, observando las paredes vacías.

—Antes aquí había cuadros —susurró mientras Olivia avanzaba de puntillas detrás de él—. Y justo aquí, había una mesa pequeña. Mamá solía poner flores encima.

Olivia asintió, tratando de que se diera prisa.

—¿Dónde crees que podría haber escondido el cuadro Lucinda?

Pero Morton no parecía escucharla. Todavía mirando fijamente las paredes vacías, avanzó unos pocos pasos y se volvió a la derecha, para girar el pomo de una puerta cerrada. Sus bisagras crujieron suavemente mientras la abría.

Olivia se quedó helada. Ella y Leopoldo intercambiaron una mirada. ¿La señora Nivens los habría oído? Olivia se esforzó por oír las voces de abajo. Todavía llegaba la voz de Rutherford desde la distante puerta principal. Creyó distinguir las palabras «periodo Cretácico» y «K-T extinción», lo cual significaba que Rutherford se hallaba probablemente en medio de alguna larguísima explicación. Tras hacer un gesto con la cabeza a Leopoldo, Olivia siguió a Morton a través de la puerta abierta.

Fue Leopoldo quien recordó cerrar la puerta tras ellos. Olivia estaba demasiado ocupada observando a Morton. Y Morton estaba demasiado ocupado mirando a su alrededor.

La habitación en la que se hallaban estaba pintada de un tono azul pálido. En una esquina había una pequeña cama de hierro forjado, mientras que en la pared opuesta había una cómoda y una estantería de libros. En un rincón había una carretilla de madera vieja, que contenía un bate de beisbol, un tambor de juguete y una pelota de rayas que parecía un poco desinflada. Había fotos en blanco y negro

clavadas en las paredes, muchas de ellas recortadas de periódicos y catálogos: fotos de jugadores de baloncesto, de animales exóticos y de curiosos coches pasados de moda que a Olivia le parecieron más bien trineos sobre ruedas. El papel de las fotografías estaba amarillento y doblado por los bordes. La cama estaba perfectamente hecha y todos los muebles desempolvados, pero por la soledad que colgaba del aire, Olivia podía ver que nadie había usado esa habitación en mucho muchísimo tiempo.

Leopoldo se aclaró la garganta e hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta. Era hora de moverse. Olivia miró a su alrededor, fijándose en todos los rincones. Allí no había ningún cuadro.

–Morton... –comenzó.

Morton no se dio la vuelta.

–Esta es mi habitación –dijo suavemente–. Está exactamente igual. Ella la ha conservado exactamente igual.

Olivia envolvió su mano dentro de la holgada manga de Morton.

–Tenemos que seguir buscando, Morton. No sé cuánto tiempo más podrá mantenerla ocupada Rutherford.

Morton asintió con aire ausente.

–Id vosotros –susurró, mirando fijamente la pequeña cama de hierro. Sobre los cojines había tendido un pequeño caballo azul hecho con tela de pana–. Yo voy dentro de un minuto.

Con un suspiro de preocupación, Olivia se giró hacia la puerta.

–Quédate con él –susurró a Leopoldo antes de deslizarse de nuevo furtivamente en el pasillo del piso de arriba.

Olivia avanzó pegada a la pared, al estilo de una estrella de mar. Podía oír la voz de Rutherford todavía dispersa en la distancia. Cuando sus dedos tocaron el metal frío del siguiente picaporte, Olivia abrió la puerta, pasó de espaldas suavemente a través de ella y la cerró de nuevo.

Por un momento, prácticamente resplandecía de orgullo. Nunca había hecho algo con tanta gracia y tan silenciosamente en toda su vida. Incluso Horacio habría quedado impresionado. La sangre bombeaba con fuerza a través de su cuerpo, pero la mente de Olivia estaba sorprendentemente calmada y despejada. Podía hacer aquello. Todavía sonriendo para sí misma, echó un vistazo a su alrededor.

Se había metido en un cuarto de baño. Al igual que el salón y que el pasillo, estaba impecable y brillante. Las baldosas en torno a la bañera resplandecían, los grifos no goteaban, el espejo no tenía ni una sola manchita de pasta de dientes. Incluso el plato lleno de jabones con forma de conchas marinas estaba tan limpio y parecía tan nuevo que era como si nadie lo hubiera tocado nunca.

No había gafas a la vista. Olivia registró los cajones y el botiquín, solo para asegurarse. Pero estaban completamente vacíos. Al principio parecía raro, hasta que

Olivia se dio cuenta de que la señora Nivens, al ser una pintora, no tenía necesidad de usar un baño ni nada de lo que hubiera en él. Todo aquello era solamente para sus invitados inexistentes, como la mayoría de los dormitorios en la casa de los Dunwoodys. La diferencia era que la señora Nivens obviamente *limpiaba* para esos invitados inexistentes.

Olivia se asomó al pasillo.

–Celacanto de hecho significa «espina dorsal hueca», en griego. Pero la espina dorsal de los celacantos en realidad no está hueca, sino que es una especie de conducto cartilaginoso lleno de fluido –esas fueron las palabras que Olivia pudo oír decir a Rutherford, aunque a la señora Nivens probablemente le sonaron más o menos así:

perolaespinadorsaldelos-  
celacantosenrealidadnoestá-  
huecasinoqueesunaespeciede-  
conductocartilaginosollenodefluido.

La voz de Rutherford seguía zumbando mientras Olivia se deslizaba hacia la tercera puerta.

–Otra cosa interesante de los celacantos es que dan a luz a crías vivas. Bueno, técnicamente son ovovivíparos...

Acababa de colocar la mano en el pomo de la puerta cuando, detrás de ella, alguien soltó un grito ahogado.

Morton estaba de pie en el pasillo, con el caballo azul apretado entre sus brazos. Sacudió la cabeza con énfasis y echó a correr hacia ella. Leopoldo se pegó a él silenciosamente.

–¡No puedes entrar ahí! –susurró Morton una vez alcanzó el umbral de la puerta–. ¡Es la habitación de Lucy!

–Tenemos que registrar en todas partes –discutió Olivia por lo bajo–. Además, ¿acaso no es lo más probable que esconda cosas en su habitación?

–¡No! ¡Se va a poner realmente como loca! –discrepó Morton, tratando de apartar las manos de Olivia del pomo de la puerta.

Tal vez fuera la viscosidad de las manos hechas de pintura de Morton, o tal vez Olivia fuese más fuerte, el caso es que a Morton se le escaparon las manos de Olivia y retrocedió estupefacto hacia el pasillo. De repente Olivia se vio luchando en una batalla de un solo bando y retrocedió pasmada también, abriendo la puerta de un tirón demasiado brusco. La pesada puerta hizo un ruido de traqueteo grave contra el marco.

Olivia contuvo la respiración. Morton le lanzó una mirada horrorizada por encima de la cabeza del caballo azul. Leopoldo se quedó helado, haciendo su mejor molde de pequeña pantera disecada.

La voz clara y rápida de Rutherford seguía resonando por las escaleras.

–Claro que por esa época se extinguieron los ictiosaurios, de manera que los mosasaurus se convirtieron en los depredadores dominantes del océano. Mucha gente no está al tanto de esto, pero los ictiosaurios dan a luz crías, como los celacantos, excepto que los ictiosaurios además respiran aire...

Tal vez la señora Nivens ni siquiera los había oído por encima del sonido de las divagaciones de Rutherford. No hubo pasos apresurados escaleras arriba; nadie gritó «¿quién anda ahí?». Estaban a salvo.

Con Olivia abriendo la marcha, Leopoldo siguiéndola y Morton a la cola de mala gana detrás de ellos, se colaron en la habitación de Lucinda.

Era la habitación más pulcra que Olivia había visto jamás. Una colcha de encaje blanco cubría la cama, que parecía limpia y fresca como un copo de nieve gigante. Cortinas de encaje blanco a juego colgaban de las ventanas, todos sus bordes de volantes ordenados simétricamente. Olivia se preguntó si la señora Nivens los enderezaría con una regla. Las paredes estaban desnudas, excepto por dos arreglos de flores secas enmarcados que parecían como petrificados por una conmoción. En las estanterías de un rosa pálido había una fila de libros con tapas rosadas a juego, rodeados por una colección de delicadas bailarinas de porcelana y rosas de cristal soplado y otra serie de cosas a las que habría que quitar el polvo con un bastoncillo.

Y sin embargo, a pesar de esa pulcritud, había algo horrible en aquella habitación. Era femenina, fría y serena, como un pimpollo de rosa incrustado en hielo: si se descongelaba, se pudriría al instante. Olivia avanzó de puntillas a través de la habitación y tocó la colcha de encaje con la punta de un dedo. No era de extrañar que la habitación estuviera tan pulcra, pensó. Era un museo. Nadie dormía allí, allí no había provisiones de galletas escondidas, nadie tenía pesadillas allí ni se despertaba para leer libros a la luz de la lamparita de noche. Allí no vivía nadie. Esa habitación –y toda esa casa enteramente perfecta y pulcra– era un gigantesco ataúd.

Preparada para escapar de nuevo al pasillo, Olivia se giró hacia Morton y Leopoldo. Pero Morton no la miraba a ella. Sus ojos estaban fijos en un espejo de cuerpo entero con marco blanco apoyado de pie contra la pared de la izquierda.

–Eso no estaba aquí antes –susurró.

Olivia corrió hasta un lado del espejo y Morton se precipitó hacia el otro. Con mucho cuidado, tratando de evitar que sus patas rasparan el suelo de madera pulida, deslizaron el espejo hacia un lado. Detrás de él, inclinado contra la pared blanca inmaculada, había una pintura: una pintura enmarcada con un pesado marco dorado.

Olivia conocía ese cuadro muy bien. Había estado colgado una vez en el pasillo del piso de arriba. Había reparado en él durante su primera visita a la vieja casa de piedra, y había sabido, incluso entonces, que tenía algo extraño. Era el primer cuadro que había explorado con las gafas mágicas. Era allí donde había conocido a

Morton, y había sido rescatada por los gatos, y perseguida por una... *una cosa* hecha de las cenizas de Aldous McMartin. Era el cuadro de un bosque oscuro y fantasmal, donde un camino iluminado por la luna desaparecía en el delgado encaje de árboles desnudos. La última vez que Olivia había visto aquel cuadro, lo había enterrado en su patio trasero, y la imagen atrapada de Annabelle McMartin la había mirado furiosa con el ceño fruncido desde el lienzo. Había todavía rastros de tierra en la pintura, pegados a las volutas del marco.

Pero donde debería haber estado la cara furiosa de Annabelle no había nada... nada salvo el brillo de la luna llena cayendo sobre las piedras con hojas esparcidas. Leopoldo y Morton se apresuraron a acercarse, mirando por encima de los hombros de Olivia mientras ella se arrodillaba frente al cuadro.

–Oh, no –soltó Olivia.

Absurdamente, agarró los lados del pesado marco y lo agitó, como si Annabelle pudiera volver a la vida como si fuese una hormiga oculta en el borde de un hormiguero. No ocurrió nada. No había rastro de Annabelle por ninguna parte. Y si ella no estaba allí, eso significaba que Annabelle McMartin estaba en alguna parte... *ahí fuera*.

–Olivia Dunwoody –dijo una voz de mujer.

Olivia se giró de golpe. Por supuesto, es muy difícil darte la vuelta cuando estás a cuatro patas, así que se desplomó de rodillas en una posición parecida a la de un cangrejo, con la espalda apretada contra el cuadro. Morton se dio la vuelta también, tropezando con el dobladillo de su gabardina y cayendo sobre el regazo de Olivia. Leopoldo saltó delante de los dos y mostró los dientes, bufando.

Annabelle McMartin se deslizó con elegancia a través del umbral de la puerta.

La última vez que Olivia había visto a Annabelle, su bonito rostro estaba retorcido por la rabia y su largo cabello castaño se veía salvaje por el azote del viento helado. La Annabelle que ahora estaba de pie frente a ella parecía una persona distinta. Parecía de nuevo la joven del retrato; la mujer que la había invitado dulcemente a tomar el té y a escuchar todos sus secretos; la mujer que había llevado a Olivia hasta el centro de un lago embravecido y la había dejado allí para que se ahogase.

Cada mechón de pelo pintado de Annabelle había sido alisado y colocado en su sitio. Su collar de perlas estaba enderezado y su antiguo vestido de volantes había sido reemplazado por un remilgado conjunto de falda y blusa de la señora Nivens. Pero sus ojos eran los mismos charcos de pintura color miel, y su boca, al sonreír, tenía la misma engañosa dulzura.

Olivia sintió que el cuerpo se le congelaba. Casi podía oír diminutos cubitos de hielo tintineando en sus venas. Morton y Leopoldo tampoco se movieron.

–Has traído a tus amigos –continuó Annabelle, dirigiendo esta vez su diminuta sonrisa hacia Morton y luego hacia Leopoldo–. Qué amable por tu parte, mezclarlos a todos ellos de nuevo en esto. Hola, Leopoldo –el gato se puso rígido–. Hola, Morton. Me preguntaba cuándo volvería a verte.

Manteniendo el brazo cuidadosamente escondido detrás de Morton, Olivia buscó a tientas la linterna que llevaba en el bolsillo. Pero antes de que pudiera siquiera cerrar su mano temblorosa en torno a ella, la linterna se le escurrió entre los dedos, rodando ante los pies de Annabelle, con sus pequeños tacones altos, y saliendo hasta el pasillo.

–Eso no va a funcionar esta vez –dijo Annabelle dulcemente, bajando su mano–.

Estoy mejor preparada para tus trucos. Y, obviamente, no has venido con nada nuevo –se rio, con una risa ligera y suave–. En realidad, has hecho casi exactamente lo que quería que hicieras. Usaste el libro, te distanciaste de tus amigos, desenterraste el cuadro, trajiste las gafas. Si hubieras saltado del techo anoche, habría sido un poco más fácil, pero... en fin –Annabelle suspiró débilmente, como si hubiera horneado un lote de galletas y estas se hubieran tostado demasiado–. Supongo que podemos hacerlo de esta manera también –se acercó un paso más, sus ojos viajando de Olivia a Morton y a Leopoldo–. Tres pájaros de un tiro, como suele decirse.

–Se dice *dos* pájaros de un tiro –soltó Morton.

La sonrisa de Annabelle se ensanchó.

–Bueno, mira que eres irritante –dijo a Morton, con la misma inflexión de voz que si hubiera dicho *mira que eres precioso*–. Entiendo por qué tu hermana quiso deshacerse de ti.

Morton saltó del regazo de Olivia. Cuadró los hombros y apretó con fuerza el caballo azul entre sus brazos.

–No es verdad –dijo en voz alta–. Tú la hiciste hacer cosas malas. Lucy nos quería. Tú la obligaste a hacerlo –dio un golpe con los pies, y el sombrero de fieltro de su cabeza redonda se le inclinó hacia un lado sobre una oreja.

–Vamos a preguntarle a ella, ¿de acuerdo? –Annabelle, todavía sonriendo, hizo una pequeña señal con una mano en el aire. Se oyó el ruido de una puerta dando un portazo, seguido de pisadas repiqueteando al subir rápidamente las escaleras.

–¿Sí, Annabelle? –jadeó la señora Nivens, cruzando apresuradamente el umbral de la habitación. Se detuvo de golpe, como si hubiera sido golpeada por una pared invisible.

Sus ojos se movieron desde Olivia, todavía apoyada contra el cuadro, hasta el gran gato negro, situado de forma protectora delante de ella, y luego hasta el pequeño chico de gabardina y copete en la cabeza que apretaba contra él un caballo de pana azul.

–Morton –dijo en un grito ahogado. Se llevó las manos al pecho, agarrándose con los puños su blusa pulcramente planchada. A Olivia le habría preocupado el corazón de la señora Nivens, pero se recordó a sí misma que la señora Nivens no tenía corazón... Ya no.

–¿Lucy? –susurró Morton. Se acercó unos pasos a ella, mirándola fijamente. Una pequeña arruga apareció en su ancha frente blanca–. Estás tan... *diferente*.

Los ojos vidriosos de la señora Nivens estaban muy abiertos. Una sonrisa temblaba en sus labios, sacudiendo las comisuras mientras hablaba.

–Y tú estás exactamente igual, Morton.

Al observarla, Olivia se preguntó si la señora Nivens estaba a punto de llorar.

Pero por supuesto *no podía* llorar. Por lo menos no lágrimas de verdad. Solo una cosa parecía segura: por un momento, la señora Nivens había olvidado a todos los demás en la habitación. Tan sutilmente como pudo, Olivia empujó a Leopoldo con el pie y le hizo una seña con la cabeza hacia el pasillo, donde estaba tirada la linterna. Leopoldo se movió lentamente hacia el costado de Morton. Olivia trató de ponerse de rodillas, preparándose para salir corriendo si era necesario, pero los ojos de Annabelle se concentraron en ella, esos charcos pintados recelosos y brillantes. Olivia se quedó helada.

–¿Fuiste tú? –estaba preguntando Morton, con una voz que todavía no era más que un susurro–. ¿Fuiste tú? >¿De verdad le pediste al Hombre Viejo que se me llevara?

–Le pedí que no te hiciera daño –dijo la señora Nivens, eludiendo la pregunta–. Y no te lo hizo, ¿ves? –la señora Nivens se agachó delante de Morton, de modo que sus caras quedaran al mismo nivel. Por un segundo, Olivia casi vio el retrato de Lucinda Nivens a la edad de ocho años, arrodillándose para hablar cara a cara con su hermano pequeño–. Conseguiste vivir para siempre. Igual que yo.

Morton sacudió la cabeza. La sacudió con fuerza y cada vez con más fuerza hasta que su rostro se desdibujó.

–No –dijo, deteniéndose–. Solo estoy atascado. Estoy atascado para siempre en los *nueve* años –miró con rabia a su hermana–. Pero al menos no me he quedado atascado en una fea mujer vieja.

–¡Morton! –dijo con un grito ahogado la señora Nivens.

–¿Qué? ¿Vas a darme lecciones? –se burló Morton–. Siempre era lo mismo: *Morton el chico malo y Lucinda la niña buena*. Pero solo estabas fingiendo. Los engañaste –Morton se conmovió por la emoción, de repente solo le salió un hilo de voz–. ¿Qué hiciste con ellos? –preguntó débilmente–. ¿Dónde están mamá y papá?

La señora Nivens negó con la cabeza.

–Morton... –comenzó–. Yo no lo sé.

–Sí lo sabes –discutió Morton–. ¿Qué les hiciste?

–Él... él los puso en algún lugar seguro. Como a ti. No les hizo daño. Yo le pedí que no les hiciera daño...

–¡Eres tan ESTÚPIDA! –chilló Morton, con el cuerpo temblando de rabia–. ¿Por qué iba a hacer lo que tú le pidieras? ¿Dónde están? ¿QUÉ LES PASÓ?

–Morton, honestamente no lo sé. Honestamente –dijo la señora Nivens, con una nota de súplica deslizándose en su voz–. Annabelle –se aventuró–, ¿tú lo sabes?

Annabelle soltó un suspiro. Leopoldo aprovechó que momentáneamente cerrara los ojos para escurrirse un poco más cerca del umbral de la puerta.

–De verdad, Lucinda... –dijo Annabelle–, deberías ser mucho menos sentimental si alguna vez esperas

convertirte en uno de nosotros.

–Lo siento, Annabelle –dijo la señora Nivens, poniéndose en pie rápidamente y retrocediendo para alejarse de Morton.

De repente se oyó un gran aullido cuando Leopoldo voló por el aire, lanzado hacia atrás por el alto tacón de Annabelle. Aterrizó junto a Olivia, frente al cuadro.

–Sabes que no me gusta luchar con una dama –dijo enojado el gato, volviendo a ponerse en pie y mostrando las uñas.

–¿Luchar conmigo? –Annabelle lo interrumpió con una risotada–. Una vez me haya encargado de esos dos, me ocuparé de ti, Leopoldo. Ahora te quedarás al margen –Annabelle murmuró algo e hizo un movimiento rápido con un brazo.

Arrastrado por una correa invisible, Leopoldo resbaló hacia atrás por el suelo y se dio un golpe contra la pared de enfrente. Allí se quedó pegado, bufando y gruñendo, como si su piel estuviera sujeta al yeso con velcro.

–Ahora saca tus gafas, Lucinda.

Obedientemente, la señora Nivens sacó las gafas del bolsillo de su falda. La débil luz del día se filtraba a través de las cortinas de encaje y brillaba suavemente sobre las lentes. El corazón de Olivia dio un vuelco desesperado antes de caer de golpe de nuevo en su sitio. Aunque consiguiera quitarle las gafas a la señora Nivens, no habría manera de que pudiera dominar físicamente a ambas mujeres. Se mordió el interior de la mejilla con tanta fuerza que hasta pudo notar el sabor de la sangre.

–¿Qué es lo que vas a hacer? –preguntó la señora Nivens con esa voz suya tan fina, mirando a Annabelle.

–Solo lo mismo que ellos me hicieron a mí –dijo Annabelle–. Voy a meterlos a los dos en esta pintura. Luego la vamos a destruir antes de que consigan salir y volver a molestarnos.

–¿Destruirla? –repitió la señora Nivens.

–Sí –dijo Annabelle con voz jovial–. Vamos a quemarla.

Morton soltó un grito y retrocedió rápidamente hacia Olivia. Olivia lo hizo sentarse junto a ella y le abrazó por los hombros, apretando la espalda contra la pintura para estar tan lejos de Annabelle como fuera posible. Lanzó una mirada a Leopoldo, que se retorció y bufaba salvajemente contra la pared.

–No puedes hacer eso –dijo Olivia, tratando de sonar más enfadada que aterrorizada, y sin mucho éxito.

Las bonitas cejas arqueadas de Annabelle se alzaron.

–Olivia, querida –dijo dulcemente–, tú te metiste en esto –se volvió hacia Lucinda–. Ponte las gafas.

La señora Nivens vaciló.

–¿Por qué tiene que entrar él ? –susurró, inclinando la cabeza hacia Morton,

acurrucado contra el hombro de Olivia-. ¿No podemos meterlo de vuelta en otra pintura?

-No, no podemos -dijo Annabelle-. Demasiado sentimentalismo, Lucinda. ¿Quieres ser parte de nuestra familia o no? ¿Quieres que te enseñe o no? -su voz iba perdiendo su dulzura-. ¿Eres leal a nosotros... o no?

La señora Nivens titubeó, mirando a Morton.

-¿Pero qué ha hecho él? Todo es culpa de Olivia. ¿Por qué hay que castigar también a Morton?

-Porque lo digo yo -contestó Annabelle, con voz muy grave, acercándose a la señora Nivens. Eran prácticamente de la misma altura, pero algo en la voz de Annabelle o en su manera de moverse la hacía parecer dos veces más grande que la señora Nivens-. Dame las gafas si tú eres demasiado débil para hacer esto -al segundo siguiente, las había arrancado de la sumisa mano de la señora Nivens.

Annabelle cruzó la habitación tan rápido que Olivia ni siquiera pudo apartarse de su camino. Antes de que se diera ni cuenta, Annabelle estaba agachada frente a ella, con sus ojos marrones brillando detrás de las gafas y apretando su mano de pintura fría contra el pecho de Olivia.

En el momento en que Annabelle la tocó, Olivia sintió que el lienzo se transformaba en gelatina. Su columna comenzó a hundirse dentro. La fría brisa nocturna del bosque pintado se deslizó a través de la tela de su camisa. A su lado, Morton también era empujado hacia atrás, mientras luchaba por ponerse de nuevo de pie. -¡Morton! -gritó Olivia-. ¡Agárrate al marco! Los dedos de Morton, perdidos en el interior de las mangas de la gabardina, arañaron el pesado marco dorado. Olivia lo sujetó con un brazo y trató de alcanzar el otro lado del marco, sujetándolo con una mano. En el otro extremo de la habitación, Leopoldo bufaba y luchaba inútilmente.

-¡Ayuda! -gritó Morton-. ¡Lucy, ayuda! Pero la señora Nivens no se movió. Estaba de pie quieta, varios pasos detrás de Annabelle, y parecía más que nunca una figura tallada en mantequilla, incapaz de moverse por sí misma.

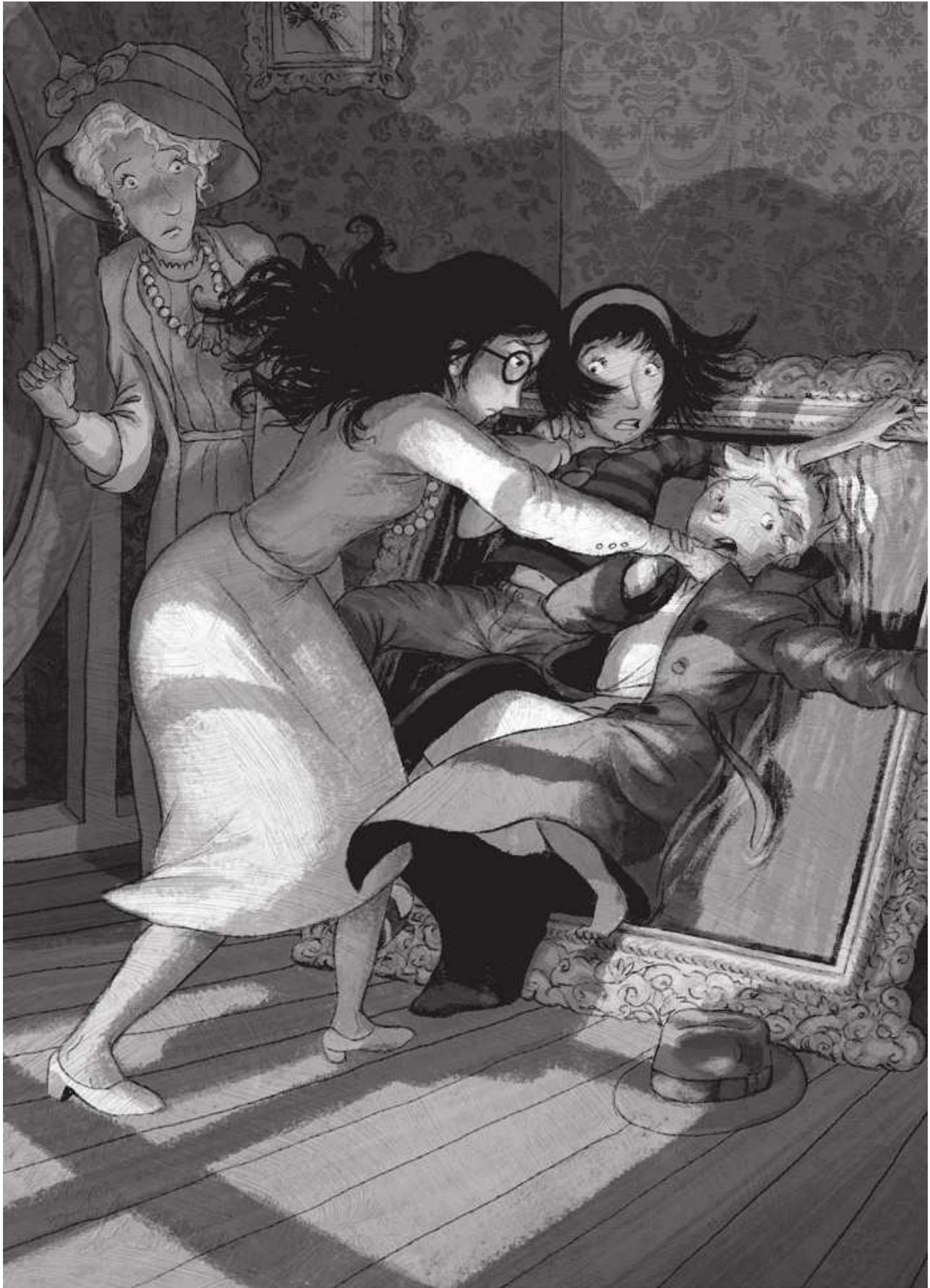
-Shhh -susurró Annabelle, con los labios curvados en una dulce y pequeña sonrisa-. No molestemos a los vecinos.

Sus manos fuertes y frías se aferraron en torno a las gargantas de Olivia y de Morton. Los dos soltaron el marco, para tratar de quitarse esos dedos de encima, e inmediatamente comenzaron a inclinarse hacia atrás dentro del oscuro y ventoso bosque.

-¡NO! -gritó Olivia con voz ahogada, golpeando y pateando en un intento de arrancar las gafas a Annabelle de su cara sonriente. Los músculos del estómago y de las piernas le ardían por el esfuerzo, y cada vez se le hacía más difícil respirar-. ¡Teodoro! ¡Rutherford! ¡Ayuda! -pero Annabelle tenía los brazos largos y

mantenía su mano helada aferrada con fuerza alrededor de la garganta de Olivia, obligándola a entrar en el cuadro.

–¡Ayuda! –gritó Olivia de nuevo, justo antes de que toda la parte superior de su cuerpo se derrumbara hacia atrás. Annabelle le dio un poderoso empujón, y Olivia se halló de pronto colgada patas arriba dentro del cuadro, con las piernas cerradas en torno a la parte inferior del marco como si esta fuera una anilla en la jaula de los monos. El aire frío y la oscuridad la inundaron. Los árboles huesudos colgaban frente a ella vistos del revés, llamándola con sus ramas desnudas. Justo por encima de ella, vio la cara aterrorizada de Morton y sus brazos agitándose mientras Annabelle trataba de empujarlo detrás de ella.



–No –oyó decir a alguien–. ¡No puedes hacerle esto a él!

El rostro de Annabelle desapareció del marco. Morton alcanzó un brazo de Olivia y ella consiguió impulsarse hasta volver a una posición sentada. Sujetándose el uno al otro, gatearon sobre el borde del marco. Olivia sintió que el viento del bosque se extinguía mientras el lienzo se volvía sólido detrás de ellos.

La señora Nivens había agarrado a Annabelle por la parte de atrás de la blusa, tirando de ella hacia el centro de la habitación. Mientras Olivia y Morton observaban, acurrucados contra un lado del marco, Annabelle dio un giro alrededor y abofeteó a la señora Nivens con fuerza en la mejilla. Luego, sujetándola de las dos muñecas, Annabelle empujó a la señora Nivens hacia atrás en dirección a la pintura.

–Entra ahí –dijo Annabelle–. Tú y tu hermanito podéis arder juntos. Será agradable y calentito.

–Espera –dijo la señora Nivens, alzando la voz, estridente y susurrante–. Tú dijiste... tú prometiste que me enseñarías, que me introducirías en tu familia. Te he servido durante todo este tiempo; te traje de vuelta...

Annabelle soltó una risa ligera y tintineante, como pedazos de cristal roto cayendo a un suelo de piedra.

–¿Tú, Lucinda? –negó con la cabeza–. Si esta noche nos ha demostrado alguna cosa, es que tú no eres el tipo de aprendiz que necesitamos –Annabelle giró rápidamente su muñeca, murmurando unas palabras que Olivia no alcanzó a captar. Flotando por encima de las yemas de sus dedos apareció una pequeña y reluciente bola de fuego–. Ahora, trepa ahí dentro, o quemaré a tu hermanito aquí mismo.

Morton soltó un aullido estrangulado. Una lluvia de palabras furiosas se coló a través del cerebro de Olivia, pero no se le ocurría nada que decir que no fuera a empeorar la ira de Annabelle. Envolvió a Morton entre sus brazos con actitud protectora y notó que la pequeña bolsita de tela pegada al interior de su camisa se movía contra su piel.

–Te... te lo suplico, Annabelle –tartamudeó la señora Nivens mientras Annabelle la conducía hacia el cuadro–. No hagas esto. Hemos sido amigas desde niñas. Yo...

Annabelle soltó un ligero suspiro de irritación.

–Ya es suficiente, Lucinda. *Entra ahí.*

Pero la señora Nivens no se movió... o tal vez no pudo moverse.

La pequeña bola de fuego reluciente flotaba unas pulgadas por encima de la mano de Annabelle.

–La elección es tuya –dijo.

Entonces, antes de que Olivia pudiera moverse o pensar o ni tan siquiera estar segura de lo que estaba pasando, Annabelle giró su muñeca y la bola de fuego salió disparada a través de la habitación, directamente hacia Morton.



Olivia siempre había asumido que si la señora Nivens se movía demasiado rápido –es decir, si fuera capaz de moverse rápido–, se rompería en pedazos, como una barra de mantequilla congelada. Sin embargo, resultó que la señora Nivens *sí podía* moverse rápido. Muy rápido.

Morton y Olivia no tuvieron ni tiempo de escabullirse a un lado antes de que la señora Nivens se lanzase delante de ellos. La bola de fuego la golpeó en el pecho, estallando como un cohete de fuegos artificiales en rayos de color centelleante. Las llamas ondulaban en torno a sus brazos, subían por su cabello pulcramente peinado, bajaban hasta las puntas de sus zapatos de tacón alto. Aldous McMartin había lanzado un chillido aterrador cuando la luz del farol de camping de Olivia lo destruyó, pero Lucinda Nivens dejó escapar simplemente un gemido indignado, como si alguien *extremadamente maleducado* hubiese arrojado el envoltorio de un caramelo en sus rosales. Luego, en una sola y repentina nube azulada, la señora Nivens quedó reducida a una mancha chamuscada sobre el suelo del dormitorio, que por lo demás estaba impecable.

Morton gritó. Olivia se puso delante de él, intentando evitar tanto que se arrojara corriendo contra Annabelle como que viera más de cerca la mancha chamuscada.

–Pintura al óleo –explicó Annabelle con un ligero encogimiento de hombros–. Arde tan rápido... –alzó la mano otra vez, y una nueva bola iridiscente de llamas amarillas y azules se formó encima de las yemas de sus dedos–. La carne arde un poco más despacio –sonrió–. Pero podrás comprobarlo por ti misma, Olivia.

Annabelle se acercó, mientras la bola de fuego parpadeaba y su luz se reflejaba en las dos lentes de las gafas.

–Hagamos esto con pulcritud, dentro del cuadro, ¿no os parece? –dijo, alternando su sonrisa falsamente dulce entre Olivia y Morton, que estaba atrincherado detrás de ella–. Es lo que Lucinda hubiera querido.

Eso por lo visto fue demasiado para Morton.

–¡Usted es una SEÑORA MALA! –gritó, escabulléndose desde detrás de Olivia antes de que ella pudiera detenerlo. Agarró a Annabelle del brazo y la sacudió ferozmente.

–¡Aguanta, Morton! –exclamó Olivia.

Uno de los brazos de Annabelle seguía apresado entre las manos de Morton, y aunque trataba de defenderse con el otro, Olivia le llevaba ventaja. Se abalanzó contra Annabelle, con los brazos extendidos, y arañó su cara pintada. Olivia sintió la frialdad resbaladiza de la piel de Annabelle, y al momento el vidrio y el metal de las gafas, ya familiares, estaban a salvo dentro de su puño.

Con un gruñido, Annabelle empujó hacia atrás a Morton y a Olivia, de manera que aterrizaron amontonados sobre el suelo, con Olivia arriba sujetando todavía las gafas con ambas manos. El caballo de pana azul se le escapó de las manos a Morton y resbaló a través de las pulidas tablas del piso.

–Las gafas no tienen ninguna importancia, niña estúpida –rugió Annabelle–. Me puedo deshacer de ti con la misma facilidad aquí fuera. Observa –Annabelle hizo de nuevo un golpe de muñeca y la bola de fuego arremetió contra el pecho de Olivia. Debajo de ella, Morton dio un chillido. Olivia cerró los ojos con fuerza y se preparó para recibir el impacto de las llamas.

Estas la golpearon como la ráfaga de aire de un secador del pelo, ondeando sobre su camisa de una manera bastante agradable antes de dispersarse y desaparecer. La pequeña bolsa de lona colgaba en torno a su cuello, tibia y a salvo, contra sus costillas superiores. Olivia abrió los ojos. El fuego había desaparecido.

Los ojos de Annabelle se abrieron con asombro. Su sonrisa se esfumó.

–¿Cómo? –susurró.

Olivia consiguió ponerse de pie, ayudó a levantarse a Morton y lo protegió con su propio cuerpo. Le puso las gafas en las manos.

–Quédate detrás de mí –le dijo por encima del hombro. Morton la miró fijamente, su rostro era una arrugada mezcla de rabia, sorpresa y confusión–. Yo te protegeré –le prometió.

–¡Olivia! –gritó una voz desde el umbral de la puerta... una voz con un vago acento británico.

Olivia se dio la vuelta.

Junto al borde de la habitación había dos gatos: uno con la piel manchada cubierta con pintura negra y hojas muertas... y el otro con una hermosa piel color naranja que destellaba a la luz de un efímero rayo del sol poniente.

–¡Horacio! –susurró ella. Podía sentir cómo su corazón se hinchaba, elevándose hasta que creyó que su cuerpo entero podría levantarse del suelo.

Y en esa misma fracción de segundo en que Olivia había bajado la guardia, Annabelle arrojó una centelleante bola de fuego hacia Morton.

Golpeó contra él con un suave siseo. Las llamas subieron por las solapas y bajaron por las mangas de la vieja gabardina del señor Dunwoody, extendiéndose como hilos desenredándose. Al igual que su hermana, Morton no gritó. Solo dejó

escapar un débil gemido, mientras se mantenía rígido dentro de un cascarón de llamas.

El tiempo parecía estirarse como si apenas avanzara. Olivia observó el fuego deslizándose por la tela de la gabardina. Observó el salto que dieron Teodoro y Horacio. Observó cómo se movía la boca de Horacio, pero no fue hasta más tarde, al volver a repasar el instante en su mente, cuando se dio cuenta de que esa boca enunciaba las palabras: *pintura al óleo*. Observó cómo los grandes ojos de Morton, llenos de confianza, se volvían hacia ella. Y observó cómo sus propias manos agarraban la gabardina ardiendo, cómo su piel atravesaba sin miedo las llamas para arrancar la prenda con un solo movimiento del cuerpo de Morton.

Morton dio media vuelta y se derrumbó sobre el suelo. Teodoro y Horacio saltaron delante de él, gruñendo y mostrando sus afilados dientes.

Lentamente, el tiempo volvió a contraerse y recuperar su normalidad, pero Olivia seguía allí, sujetando en sus manos la gabardina en llamas y sintiendo cómo el fuego la envolvía sin hacerle daño. No quedaban pensamientos en su mente... solo la mirada confiada de los ojos de Morton mientras ella introducía sus propios brazos en las mangas y apretaba en torno a su cuerpo la gabardina ardiente.

Se volvió hacia Annabelle.

Annabelle empezó a recular hacia la ventana.

–¿Quién te crees que eres, Olivia Dunwoody? –preguntó, pero su voz ya no sonaba tan poderosa como antes–. ¿De quién son los trucos que estás robando ahora?

Olivia no respondió. Simplemente dio un paso más en dirección de Annabelle. Por el rabillo del ojo, veía llamas rojas y doradas y azules extendiéndose como rayos y volviéndose más espesos sobre su cuerpo, pero lo único que sentía era un calor movedizo, como el que se nota al sentarse cerca de una hoguera. El cuello de la gabardina ardía cerca de su mandíbula. Pétalos de fuego lamían los bordes de su rostro y bailaban a lo largo de sus muñecas. Las llamas se deslizaban por las tablas del piso mientras Olivia caminaba, arrastrando detrás de ella el dobladillo de la larga gabardina.

Annabelle sacudió la cabeza, con una sonrisa de superioridad, pero seguía reculando mientras Olivia avanzaba. Muy pronto Olivia llegó a ver las motas doradas de pintura en sus ojos, los bucles con rayitos que conformaban las ondas de su suave pelo oscuro. El lustre del fuego se reflejaba en la piel pintada de Annabelle.

Ahora se veía el miedo en sus ojos.

–Piénsalo detenidamente, Olivia –dijo en voz baja. Tenía la espalda apoyada contra el alféizar de la ventana–. ¿Estás segura de que ese es el bando en el que quieres estar?

–Estoy segura –dijo Olivia. Se podían oír las llamas crepitando detrás de sus

orejas. La pequeña bolsa de lona golpeaba contra sus costillas, justo encima de su corazón.

Los ojos de Annabelle se estrecharon hasta convertirse en hendiduras.

—¿Te crees lo suficientemente lista para vencer a toda nuestra familia, nuestros siglos de poder, tú sola?

Olivia sentía los cuatro pares de ojos que la miraban: los de Leopoldo, los de Teodoro, los brillantes ojos verdes de Horacio y los ojos azul pálido de Morton, atentos a cada movimiento suyo.

—No estoy sola —dijo.

Levantó ambos brazos, como alguien que espera un abrazo. Las mangas ardientes estaban a pocos centímetros de distancia de la piel pintada de Annabelle.

—Dime dónde están los padres de Morton —dijo Olivia.

Annabelle negó con la cabeza. Un hilillo de su dulce sonrisa volvió a aparecer.

—Olivia Dunwoody —suspiró—. No eres lo bastante lista para estas cosas.

Olivia avanzó un paso más.

Se oyó un golpe y un estallido cuando Annabelle balanceó su puño para romper la ventana que había tras ella. Las cortinas de encaje se agitaron y oscilaron. La barra de la cortina cayó estrepitosamente al suelo. Una ráfaga de aire nocturno llenó la habitación, extinguiendo las llamas que correteaban en todas direcciones por la gabardina. Algo extraño sucedió en aquel instante, cuando el perfecto dormitorio de Lucinda Nivens se llenó con el aire fresco del verano, las cortinas que caían y los pedazos de vidrio roto. Olivia lo sintió como si un hechizo se hubiera roto, o como si una capa de hielo se hubiera derretido, y de repente todo estuviera vivo, despierto y cambiante. Y entonces, antes de que los primeros fragmentos de vidrio alcanzaran a tocar el suelo, Annabelle saltó a través de la ventana.

Olivia se giró hacia Morton. Aunque las llamas estaban ya apagadas, la gabardina seguía echando humo alrededor de ella. De puntillas, se acercó a él tanto como se atrevió. Morton había recuperado el caballo de pana azul y estaba enroscado en torno a él formando una apretada pelota blanca. Hasta donde Olivia alcanzaba a ver, su camión estaba intacto, y su piel pálida parecía entera y sin heridas.

—¿Estás bien, Morton? —preguntó suavemente.

Morton asintió. No levantó la vista.

—Me dolió durante un minuto —murmuró—. Pero luego el dolor se fue.

Horacio, Teodoro y Leopoldo, libres de la magia de Annabelle, se habían asomado a través del vidrio roto. Olivia cruzó rápidamente la habitación para unirse a ellos.

Leopoldo se volvió hacia ella, con los ojos abiertos de par en par.

—Señorita, ¿cómo lograste...?

Olivia extrajo la pequeña bolsa de lona del cuello de su camisa.

–La señora Dewey –susurró.

Un temblor de alegría la recorrió mientras recordaba las palabras de la señora Dewey: *No toda la magia es oscura, ya sabes*. Olivia entonces *no* lo sabía. Pero ahora quería saber más. Poniendo la bolsita por fuera de su camisa, se metió entre los gatos para mirar por la ventana.

Abajo el césped estaba a oscuras. Las brisas nocturnas jugueteaban con las hortensias, haciendo que las matas florecidas asintieran como pesadas cabezas. Un último vestigio del sol poniente coloreaba el aire con humo púrpura. Annabelle había desaparecido.

–Misión abortada –dijo Teodoro, dirigiéndose a un imaginario reloj-transistor en su pata delantera derecha–. El blanco ha evadido captura y eliminación.

–¿Se ha ido? –preguntó Olivia, estirándose para ver sobre las esquirlas de vidrio roto.

–No –dijo Horacio susurrando–. Está esperando. Escondida en algún lugar. No se ha ido para siempre.

–¡Oh! –dijo Olivia. A través de las volutas de humo que surgían de su cuerpo, contempló la calle Linden y el brillo atenuado de las luces de las casas donde las gentes preparaban la cena, y se acurrucaban en sus sofás, y no se dedicaban a inmolarsse los unos a los otros–. Ya me lo imaginaba.



–No es culpa tuya, Olivia –dijo Horacio. Y luego, antes de que Olivia pudiera sentirse *demasiado* reconfortada, añadió–: Quiero decir, no toda la culpa es tuya. Nosotros... –Horacio se detuvo, con una expresión de incomodidad extrema– te distrajimos al llegar en un momento muy inoportuno.

Olivia bajó la vista hacia Horacio. Él no le devolvió la mirada, pero el hecho de tener allí los tres gatos, rodeándola, le hacía sentir que todo volvía a estar bien. Casi.

–Me alegro de que hayas venido –le dijo–. Y a propósito, ¿cómo supiste dónde encontrarnos?

–Teodoro vino a...

–Agente I-800 –lo corrigió Teodoro, hablando por una comisura de la boca.

Horacio puso los ojos en blanco.

–Sí, el *agente I-800* vino a buscarme. Entre sus delirios en torno al «pan en la panera» y «la cera en la oreja», fui capaz de deducir algunos hechos reales sobre lo que estaba sucediendo.

–Horacio... –dijo Olivia tragando saliva, mientras observaba las luces reconfortantes que brillaban en las casas al otro lado de la calle–. Siento haber permitido que el libro nos distanciara. Siento no haber sido lo bastante fuerte, o lo bastante lista...

Horacio negó con la cabeza.

–La casa buscaba formas de manipularte. Y sigue haciéndolo –miró a Olivia, capturando con sus brillantes ojos verdes la pequeña bolsa de lona que colgaba contra su camisa–. Sean cuales sean los errores que has cometido, creo que has empezado a comprender de quién puedes fiarte. Es solo que has tardado un poco más de lo que debías.

Olivia dio una patada a una esquirra de vidrio iridiscente.

–¿Tú sabías lo de la señora Nivens? ¿Si sabías que ella era una pintura, quiero decir?

–Tenía mis sospechas –respondió Horacio, volviéndose para observar la calle–. Pero no sabía que seguía intentando servir a los McMartins. Supuse que la muerte de la señora McMartin y el hecho de que se negara a dejar los contenidos de la casa a Lucinda habrían puesto fin a ese error necio. Por primera vez, parece que tú sabías más que yo, Olivia.

En un primer momento, eso hizo sonreír a Olivia. Pero luego algo en las palabras de Horacio la hizo sentirse sola y un poco asustada... como si se aventurara a salir a solas en la oscuridad. Y no estaba muy segura de querer salir fuera sola.

Respiró profundamente y volvió hacia el dormitorio.

Morton se había desenroscado de su bola defensiva. Estaba arrodillado en el reluciente suelo de madera, al lado de la mancha chamuscada. El sombrero de fieltro estaba en el suelo junto a él. Tenía el rostro inclinado hacia abajo, de modo que Olivia no lograba ver su expresión, sino solo la parte superior de su cabeza, con su pelo casi blanco. Los escasos mechones se agitaban en la brisa.

Detrás de Olivia, los gatos se dejaron caer con ligereza desde el alféizar, para reunirse en torno a Morton y la mancha chamuscada en el suelo. Leopoldo le dirigió un saludo militar.

–Ella la mató –dijo Morton con una voz tan débil que al principio Olivia no sabía con seguridad si había oído las palabras o las había imaginado–. Es una asesina –se volvió para mirar hacia Olivia, con los ojos abiertos de par en par–. Tenemos que contárselo a la policía.

–Morton... –comenzó Olivia–. No creo que la policía nos creyera. Y además, Annabelle en realidad no la *mató*. Ella era solo una pintura.

–Pero *yo* soy solo... –Morton se detuvo. Volvió a observar la mancha chamuscada.

–Lucinda seguía ayudando a los McMartins –se apresuró a continuar Olivia, intentando debatir para contrarrestar el extraño sentimiento de culpa que aumentaba progresivamente en su pecho–. Habría permitido que Annabelle nos atrapara y nos hiciera daño.

La cabeza de Morton se agitó muy ligeramente, y Olivia supo que la estaba escuchando.

–Y tú no querías permitir que los McMartins hicieran daño a nadie más de la manera en que os hicieron daño a ti y a tus padres. ¿No es cierto?

La cabeza de Morton se movió para asentir muy débilmente.

Al ver sus encorvados y flacos hombros, Olivia quiso inclinarse para envolverlo en sus brazos, para abrazarlo hasta que los dos se sintieran mejor. Pero tal vez Morton no quería que lo abrazara. Aunque Olivia se sintiera a veces como la hermana mayor de Morton, *no lo era...* En realidad, no. La verdadera hermana mayor de Morton era la mancha chamuscada delante de él sobre el suelo de madera.

Vacilante, Olivia se agachó y le puso una mano sobre la cabeza.

–Lo siento, Morton.

Morton exhaló largamente.

–Sí –murmuró–. Lo sé.

Luego, tambaleándose un poco, Morton se puso en pie. Su cara redonda brillaba bajo la pálida luz púrpura que entraba por la ventana rota. Sin llegar a encontrarse con los ojos de Olivia, apretó el caballo de pana entre sus brazos.

Olivia se enderezó.

–Vamos a casa.

**M**ientras Olivia, con el cuadro bajo el brazo, Morton, disfrazado con la chamuscada pero ya no ardiente gabardina, y los tres gatos salían de puntillas silenciosamente por la puerta trasera de la señora Nivens, Rutherford surgió de repente desde detrás del grupo de abedules y estalló como un volcán de palabras.

–¡Me interrumpió! –exclamó–. Estaba justo en medio de una explicación sobre los posibles vínculos evolutivos del celacanto cuando me dijo que tenía algo en el horno y simplemente me cerró la puerta en la cara. Siento no haber podido entretenerla durante más tiempo. He estado intentando entrar...

–No pasa nada –lo interrumpió Olivia–. Ya se ha ido. Para siempre –a sus espaldas Morton se agitaba incómodamente.

–Entiendo –dijo Rutherford–. ¿Y Annabelle McMartin?

–Ella también se ha ido. Pero no para siempre.

Rutherford asintió con la cabeza.

–Bueno –dijo después de una pausa–. Más tarde podemos considerar un plan de acción razonable. Pero ahora debería irme a casa, o mi abuela se va a preocupar.

–Adiós –dijo Olivia. Tocó la pequeña bolsa de lona que seguía llevando al cuello–. Gracias por esto. Por todo. Y dale las gracias a la señora Dewey también.

Rutherford señaló la bolsa con la cabeza.

–Recuerda que el hechizo se desgasta. Más vale comer el mostachón de almendras antes de que se ponga rancio. Y puedes quedarte el caballero andante.

–Vale –dijo Olivia lentamente, preguntándose cuántas cosas podía saber de magia Rutherford que no le estaba contando–. ¿Te volveré... te volveré a ver algún día?

–Naturalmente –dijo Rutherford, con expresión sorprendida–. Estoy a solo dos puertas de distancia; sería muy improbable que no volvieras a verme. Y ya sabes cómo convocarme si me necesitas.

Con una reverencia caballerosa, dio media vuelta y desapareció rozando los abedules. Olivia recorrió con la mirada el patio trasero, cada vez más oscuro. Las ordenadas filas de plantas y el césped perfectamente recortado se estaban desvaneciendo en el aire negro azulado. Sin nadie para arreglarlos y podarlos, no tardarían en desvanecerse por completo. La casa de la señora Nivens parecía

inclinarse hacia ella, fantasmal y acusadora, oscura y vacía. Permanecería oscura y vacía a partir de ahora, al igual que su versión espejo dentro del cuadro de la calle Linden.

–Continúa, señorita –dijo Leopoldo en un susurro desde algún lugar cerca de sus rodillas.

Olivia asintió y los condujo de vuelta a través del seto de lilas hasta llegar a su propio patio.

–¿Eres tú, Olivia? –gritó su madre desde la cocina mientras Olivia, Morton y los tres gatos se escurrían por la puerta trasera.

–Soy yo –gritó Olivia en respuesta. Morton y los gatos se apresuraron en silencio escaleras arriba.

–Bien. Casi llegas tarde para la cena –dijo la señora Dunwoody, sonriendo a Olivia desde la entrada de la cocina, con un montón de platos en las manos–. Tienes exactamente –miró por encima del hombro el reloj del microondas– un minuto antes de que todo esté sobre la mesa. Ve a lavarte las manos.

–Bajo enseguida –dijo Olivia por encima del hombro, mientras corría tras sus amigos hasta el segundo piso.

El clavo donde había estado colgado el cuadro del bosque seguía fijo en su lugar. Olivia levantó el pesado marco y lo enganchó sobre la punta del clavo. Retrocedió, contemplando el lienzo. El bosque se extendía bajo su luna invariable, el sendero blanco desaparecía entre los árboles, y el cuadro estaba otra vez donde le correspondía estar. A pesar de los malos recuerdos que este traía consigo, Olivia se sentía mejor sabiendo que estaba seguro dentro de la gran casa de piedra, donde nadie más podría aprender sus secretos.

Extendió una mano para enderezar el cuadro con un último empujón. El marco no se movió. Se detuvo, luego cogió con sus dedos el borde, tironeando en una dirección y luego otra. Nada. Con el corazón martilleando, Olivia se dirigió apresuradamente a su derecha, hasta el cuadro de la calle Linden, y empujó y tironeó del marco con todas sus fuerzas. Tampoco se movía. Ya sabía que iba a ser así. Y sabía que lo mismo ocurriría con cada uno de los demás cuadros de la casa, tal y como sucedió cuando los Dunwoodys acababan de mudarse. Las manos de Olivia soltaron débilmente el borde del marco. Con Annabelle suelta, Otrolugar debía de haber recuperado parte de su poder.

Olivia se desplomó contra la pared, demasiado agotada para sorprenderse. La rabia que había recorrido su cuerpo mientras se enfrentaba a Annabelle se estaba evaporando, y ahora se sentía débil y confusa y lista para acurrucarse hecha una bola en algún lugar oscuro. Estaba cansada de sentir miedo. Estaba cansada de luchar. Estaba cansada de *todo*. Levantando su pesada cabeza, volvió a mirar el cuadro de la calle Linden.

A lo lejos, a través de un velo de neblina, creyó ver a la gente atrapada dentro. Se mecían en sus porches a la luz de aquel crepúsculo interminable; contemplaban a través de sus ventanas una vista que no cambiaba nunca. Podía ver el gris armatoste vacío que era la casa de Morton, a lo lejos... la casa a la que Morton tendría que regresar, totalmente solo.

Pero *no* estaba totalmente solo.

Aquella idea se encendió en el interior de Olivia como un diminuto fuego blanco. Morton todavía la tenía a ella. Y ella lo tenía a él. Y ambos tenían los gatos... por más que Olivia casi los hubiera perdido. Y Rutherford. Y la señora Dewey. Olivia tenía incluso dos padres que en aquel mismo instante la esperaban en el piso de abajo para amontonar en su plato porciones perfectamente simétricas de pastel de carne y puré de patatas. Y tal vez... de algún modo, en algún lugar... Morton tuviera dos padres que lo esperaran también.

Olivia apretó sus dedos con fuerza en torno al marco del cuadro de la calle Linden. Hizo una promesa silenciosa a Morton y a Horacio y a Leopoldo y a Teodoro y a toda la gente que seguía esperando en el interior de Otrolugar. Luego enderezó los hombros y entró en su dormitorio.

Dentro, encontró a Morton retorciéndose para librarse de los restos chamuscados de la gabardina. Leopoldo, Teodoro y Horacio estaban sentados sobre los cojines, observándolo. Sus ojos parpadearon en la dirección de Olivia cuando entró.

–Creo que pasaremos la noche en casa de Morton, señorita –dijo Leopoldo–. Es decir, si ya no nos necesita.

–No –dijo Olivia–. Es una buena idea. Estoy contenta de que tenga compañía.

Teodoro asomó al pasillo su cabeza manchada de pintura.

–El corredor está libre –susurró a la habitación–. Debemos ponernos en marcha.

Empujándose el uno al otro, Teodoro y Leopoldo se escabulleron por la puerta del dormitorio. Morton iba a la zaga, llevando en sus manos el caballo de pana azul. No alzó la vista al pasar junto a donde estaba Olivia, ni siquiera cuando ella le puso la mano sobre su brazo. Pero sí dejó de caminar.

–Morton –susurró ella–, siento mucho que las cosas hayan sucedido de este modo. Quiero decir, me encantaría que todo pudiera haber sido diferente para ti. Ojalá yo pudiera haberlo hecho diferente. Ojalá... Ojalá esta noche no hubiera ocurrido. Ojalá nada de esto hubiera ocurrido jamás.

Morton dejó caer la cabeza. Olivia no sabía discernir si lo hacía para expresar su acuerdo, o si solo estaba mirando fijamente la alfombra. Pero entonces él se volvió para mirarla por encima del hombro, y sus miradas se encontraron.

–Yo no quiero dejar de intentarlo –dijo con firmeza–. No quiero que *tú* dejes de intentarlo –luego, sin decir una palabra más, se escurrió hacia el pasillo. Horacio y Olivia se quedaron a solas.

–Tengo miedo, Horacio –susurró Olivia, que sentía cómo volvían a colarse las dudas–. Ya no me siento segura aquí.

–No estás segura –contestó Horacio. Se dejó caer elegantemente al suelo y su cuerpo naranja tocó tierra sin hacer ruido–. Pero nos tienes a tu lado. Recuerda eso.

Después de lanzar una mirada de cautela en todas direcciones, Horacio se deslizó hacia el vestíbulo. Cuando Olivia dio un paso detrás de él, ya había desaparecido dentro del cuadro de la calle Linden.

Olivia permaneció ante la puerta abierta de su dormitorio. La casa crujía y se movía a su alrededor, zarandeada por el viento crepuscular. El pasillo oscuro menguaba a lo lejos en dos direcciones. Desde la planta inferior llegaba el sonido de las voces de sus padres y el tintineo de los platos, llevando consigo una suave oleada de aromas de cocina. Olivia descendió lentamente por la escalera y hacia la luz.

La lámpara de araña del comedor brillaba alegremente. La señora Dunwoody dejó que Olivia encendiera las velas sobre la mesa, y los tres Dunwoodys se sentaron juntos. La oscuridad del exterior se cernía sobre las ventanas como cortinas de terciopelo. Olivia no veía a través del cristal. Lo único que pudo ver, al mirar el vidrio, fue el reflejo de su propia pequeña familia reunida alrededor de la mesa, pasándose los platos humeantes, sanos y salvos allí dentro, sonriendo como si todo anduviera bien en el mundo. Sería tan fácil creer que todo estaba bien...

Arriba y abajo por la calle Linden, unos cuantos pétalos marrones comenzaban a caer de las flores del verano. Las hojas crujían suavemente en los árboles. La íntima luz de las lámparas brillaba tras las cortinas cerradas. El primer soplo del otoño colgaba en la brisa que susurraba a través de los porches y las escaleras de entrada, golpeando suavemente las puertas cerradas. Y en algún lugar allí fuera, en la oscuridad, Annabelle McMartin estaba de nuevo libre.

Edición en formato digital: octubre de 2013

© 2011 by Jacqueline West.

First published by Dial Books for Young Readers. A division of Penguin Young Readers Group. Published by The Penguin Group.

Translation rights arranged by Upstart Crow Literary LLC and Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.

All rights reserved

© De la traducción, Denise Despeyroux, 2013

© Ediciones Siruela, S. A., 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Título original: *Spellbound. The books of Elsewhere*

Colección dirigida por Michi Strausfeld

© De las ilustraciones , Poly Bernatene, 2011

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15937-71-5

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

# Índice

Portadilla	2
1	7
2	11
3	19
4	25
5	30
6	40
7	47
8	58
9	66
10	71
11	78
12	82
13	88
14	95
15	100
16	108
17	113
18	119
19	127
20	132
21	138
22	144
23	150
24	163
25	172
26	180
Créditos	184

